

EL  
SECRETO  
DE LA  
VIDA CRISTIANA

Watchman Nee

EDICIONES «AGUAS VIVAS»

# EL SECRETO DE LA VIDA CRISTIANA

Watchman Nee

Primera edición: Marzo 2010

Las citas de las Escrituras corresponden a la versión Reina-Valera 1960, salvo donde se indique otra cosa.

Título en inglés: *The Secret of Christian Living*.

Traducción al español: Fred Malir & Rodrigo Abarca.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

ISBN # 0935008934

EDICIONES «AGUAS VIVAS»

Temuco - CHILE

## PRÓLOGO

El deseo apasionado de todo cristiano verdadero es ser como Jesucristo. Sin duda, esa santa ambición es inspirada por el Espíritu Santo. Porque la eterna voluntad de Dios es que todos aquellos que son llamados por él sean conformados a la imagen de su amado Hijo. Sin embargo, cuán irónico resulta el que muchos cristianos parecen sufrir una gran frustración, ya que no logran alcanzar esa meta. ¿Lo ha planeado Dios así, o es que nosotros hemos fracasado en conocer y apropiarnos de la provisión de Dios? Gracias a Dios, él nunca llama sin proveer lo necesario. Por tanto, es nuestra responsabilidad entrar en el secreto de la vida cristiana.

La verdad es siempre sencilla en su naturaleza. Todo el secreto de la vida cristiana nos ha sido dado en dos frases sencillas: *“en Cristo”* y *“Cristo en nosotros”*.

En el presente volumen, el hermano Watchman Nee presenta el secreto de la vida cristiana en tres partes, a saber: en Cristo, Cristo en nosotros, y algunas aplicaciones. Se trata de mensajes que fueron predicados mayormente entre 1934 y 1938, en varias ciudades de China. Son directos, ilustrativos y fáciles de entender. Este libro puede ser considerado como un volumen complementario del ya clásico, *La Vida Cristiana Normal*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Watchman Nee, *La Vida Cristiana Normal*.



# EL SECRETO DE LA VIDA CRISTIANA

Un complemento del libro *La Vida Cristiana Normal*

## Prólogo

### Primera Parte - *En Cristo*

1. En Cristo
2. En Adán o en Cristo
3. En Cristo Subjetivamente
4. La Sangre de Cristo
5. La Cruz de Cristo
6. La Resurrección de Cristo
7. Cómo Estar en Cristo

### Segunda Parte - *Cristo en nosotros*

1. La Semilla de Dios
2. La Plenitud de Cristo
3. La Muerte de Cristo Libera Vida
4. La vida victoriosa
5. Cómo Experimentar la Vida Victoriosa (1)
6. Cómo Experimentar la Vida Victoriosa (2)
7. Cargando Nuestra Cruz

### Tercera Parte - *Ejemplos*

1. Lavándonos los Pies (1)
2. Lavándonos los Pies (2)
3. La sentencia de Muerte (1)
4. La sentencia de Muerte (2)
5. Conociendo a Cristo y el Poder de Su Resurrección
6. La Mente de Jesucristo (1)
7. La Mente de Jesucristo (2)



Primera Parte:  
*En Cristo*





# 1

## EN CRISTO

«Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús...» (1ª Cor. 1:30a).

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Ef. 1:3).

La frase «*en Cristo*» es sumamente simple, sin embargo su significado es muy profundo. Porque no hay evangelio sino «*en Cristo*». Ni tampoco hay iglesia, sino «*en Cristo*». Sin la frase «*en Cristo*», no habría cristianismo, ni redención, ni salvación. Porque todo lo que Dios hace, lo hace en Cristo, no en el hombre. Todo lo que Dios hace en nosotros, lo hace en Cristo.

Efesios 1:3 dice que Dios «*nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*». La palabra «*toda*» es muy significativa. Al leer este versículo, posiblemente consideremos que la palabra de Dios es redundante y por eso, cansadora. Parece innecesario agregar «*en Cristo*» a «*bendición espiritual en los lugares celestiales*». ¿Por qué ha sido articulada de ese modo la palabra de Dios? Si entendiéramos esto, sabríamos sin duda alguna lo que es el cristianismo. Conoceríamos el plan redentor de Dios y también la forma en la cual Dios obra. Porque en el plan redentor de Dios, él no trata directamente con el hombre. La Biblia nos muestra que la forma en la cual Dios trata con la humanidad no es en base a individuos, sino más bien, sobre una base corporati-

va o colectiva. Dios no pregunta cuántos pecados has cometido, ni cuántas malas acciones has hecho. Solamente te pregunta si estás en Adán. El hombre, a menudo, da atención a los pecados personales, pero Dios incluye a toda la humanidad en una única persona, que es Adán. Porque en este único hombre te puedes ver a ti mismo. Si él no tiene problemas, entonces tampoco tú tienes problemas. Si él puede ser cuestionado, entonces también tú puedes ser cuestionado.

## Solamente Dos Hombres

De acuerdo con este principio bíblico, hay dos hombres en el mundo. Está escrito en la Biblia, «*el primer hombre, Adán*». Se llama a Adán, el primer hombre. Cristo es el segundo hombre y es también llamado el último Adán (ver 1ª Cor. 15:45). Alguien pudiera preguntar: «¿Qué me dices de la gran cantidad de hombres que vivieron entre ambos? Es evidente que hay muchos, muchísimos hombres en el mundo. ¿Cómo puedes decirme que hay sólo dos hombres?». Esto es porque a los ojos de Dios toda la humanidad está incluida en estos dos hombres. Además de estos dos, no hay un tercer hombre, ni ningún hombre más. Así que, tú estás en Adán o en Cristo. Adán, por lo tanto, parecería ser un hombre increíblemente grande, por el hecho de que cuando sales del vientre de tu madre ya existes en ese gran Adán. Pero, cuando crees en el Señor Jesucristo y naces de nuevo, inmediatamente eres transferido hacia Cristo.

## En Adán

Cierta vez vi un dibujo de una mujer con un enorme delantal, debajo del cual se escondían muchos niños. Esta es exactamente la manera en la cual Dios mira a la humanidad. Todos los hombres viven en Adán. Dios junta a todos los hombres en Adán. Podemos trazar el origen de los niños a sus padres y de los padres a los abuelos: una generación tras otra generación, hasta que

retornamos a Adán. Así comprendemos que toda la humanidad está en Adán. Y por consiguiente, todo lo que Adán hizo en aquel lejano día, nosotros también lo hemos hecho. Cuando Adán y Eva pecaron en el jardín de Edén, tú y yo pecamos igualmente. Porque todo lo que Adán hizo, tú y yo lo hicimos también.

¿Cuál es el exacto significado de estar «en Adán»? Permítanme ilustrarlo: Cuando yo estaba en Kaifeng, alguien me pidió que ilustrara lo que significa estar en Adán. Respondí: «Los chinos reconocemos que hemos descendido de nuestro antepasado Huang-ti. Cierta vez hubo una batalla entre Huang-ti y Si-iu. Supongamos que en ese tiempo no hubiese sido Si-iu quien murió, sino que Huang-ti hubiese muerto. ¿Existiría hoy la raza china?». Mi inquiridor me respondió: «No». «¿Por qué no habría raza china si Huang-ti hubiera muerto?», le pregunté. «Porque si Huang-ti hubiese muerto, nosotros no habríamos nacido de él», me respondió. «Pero Huang-ti puede morir su muerte y nosotros podemos vivir nuestras vidas», le respondí. «No es así», insistió, «porque todos descendemos de Huang-ti, y por eso, si en aquel entonces lo hubieran matado, nosotros también habríamos muerto».

Comprenden ustedes que Si-iu no necesita matarnos a cada uno de nosotros. Si sólo hubiera logrado matar a Huang-ti, no hubiera quedado ni uno de nosotros, porque estamos «en Huang-ti». Es de este modo que las Escrituras ven a Adán. No hay necesidad de que cada uno de nosotros peque, pues como descendemos de Adán, ya hemos pecado en el pecado de Adán. Todo lo que experimentó Adán es nuestra experiencia. «En Adán todos mueren», dice en 1ª Corintios 15:22. Adán murió, de modo que todos sus descendientes también murieron. No tienes necesidad de trazar tu historia personal. Mientras estás en Adán, todo lo que Adán ha experimentado es también tu historia.

## En Cristo

Dios utiliza el mismo principio para salvarnos. Porque en Cristo somos salvos. ¿Cómo murió el Señor Jesucristo para que pudiéramos ser salvos? Mirándolo desde un punto de vista per-

sonal, soy salvo cuando creo. Pero viendo el asunto desde el punto de vista corporativo, hemos sido juzgados en Cristo. Por ejemplo, supongamos que un montón de pedacitos de tiza dentro de una botella nos representan a todos nosotros en Cristo crucificado. No necesito arrojar los trozos de tiza uno por uno al mar. Si simplemente arrojó la botella al mar, todos los trozos de tiza dentro de la botella estarán también en el mar. Porque donde se encuentre la botella, allí también se encontrarán los trozos de tiza que están dentro de la botella. Del mismo modo, ya que estamos en Cristo, la experiencia de Cristo se convierte en nuestra propia experiencia. Cuando él sufrió el juicio, la muerte de cruz, fue resucitado de entre los muertos y ascendido al cielo, nosotros que estamos en Cristo también fuimos juzgados, crucificados, resucitados y ascendidos con él. Todo lo que Cristo experimentó se convierte también en nuestra experiencia. Dios nos ve en Cristo, como habiendo tenido todas las experiencias de Cristo. Esta es, por consiguiente, la obra redentora de Dios.

## Cómo Estar en Cristo

Algunos me han preguntado cómo podemos estar en Cristo. Mi respuesta es: «Suponga que yo, Nee, que peso solamente ochenta kilos, puedo poner todos esos trozos de tiza dentro de una botella. ¿No puede Dios, que es miles de millones de veces más fuerte, ponernos a todos nosotros en Cristo?». Les ruego que lean 1<sup>a</sup> Corintios 1:30a: «*Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús*». ¿Quién nos pone en Cristo? Dios. Yo estoy en Cristo, aunque no sé como estoy en Cristo, tal como un trozo de tiza no sabe cómo está en la botella. Sin embargo, puesto que los trozos de tiza han sido puestos en la botella, todo lo que le suceda a la botella le sucede también a los trozos de tiza que están dentro de ella. Yo no sé cómo entré en Cristo, pero sé que Dios ya me ha puesto en Cristo. Como Cristo es, así también soy yo. Aquí notamos una cosa: Que en la obra redentora de Dios, él no trata con individuos, sino con Cristo. Hoy, Dios establece dos campos en el mundo: el campo de Cristo y el campo de Adán. Tú tienes hoy

el derecho de elegir si estás en Adán o en Cristo. Si estás en Adán, mueres. Pero si estás en Cristo, eres salvo. Porque Dios no hace nada, ya sea fuera de Adán o de Cristo.

Alguien me preguntó: «¿Piensa usted que yo podría ir al infierno?». Le dije: «Me parece que usted está bien capacitado para ir allá». Me replicó: «¿Cómo es posible que una persona tan buena como yo vaya al infierno?». Le respondí: «Porque usted ya está calificado. No le estoy preguntando cuán bueno o malo es usted. Sólo le pregunto si usted está en Cristo o en Adán. Usted no necesita robar, asesinar, o cometer algún crimen muy serio. Mientras usted permanece en Adán, usted es candidato al infierno».

Recuerdo un maravilloso relato en la Biblia. Está escrito en la Epístola a los Hebreos, la cual es algo difícil de entender. Para demostrar que Cristo es más excelente que Moisés, Josué, Aarón y los ángeles, el autor de esta epístola los compara con Cristo. En una de esas comparaciones menciona que el sacerdocio de Cristo es más excelente que el sacerdocio de Aarón. ¿Cómo demuestra esto? El muestra que Cristo fue hecho sacerdote según el orden de Melquisedec, mientras que el sacerdocio de Aarón vino según el orden de Leví. Aarón tuvo un antepasado llamado Abraham. Cierta vez, cuando Abraham retornó tras una batalla victoriosa, le dio el décimo de los despojos de guerra a Melquisedec. Ahora bien, Aarón fue descendiente de Leví, Leví de Jacob, Jacob de Isaac, e Isaac de Abraham. Cuando Abraham dio el diezmo a Melquisedec, Isaac estaba en sus entrañas y también Jacob y Leví. De modo que por medio de Abraham, Leví también ofreció los diezmos a Melquisedec. Por esta razón, el sacerdocio de Cristo, que es según el orden de Melquisedec, es superior al sacerdocio de Aarón, que era según el orden de Leví.

## Cada Bendición Espiritual Está en Cristo

Cierta vez tuve una conversación con algunos estudiantes que se estaban graduando en biología. Les dije que de acuerdo a la Biblia, la edad del padre es inferior a la edad de su hijo. ¿Por qué

dije algo así? Porque podemos trazar el origen de la vida hasta nuestros primeros antepasados. Si sólo consideramos al padre, la vida ya habría estado sobre la tierra durante seis mil años, y si, a continuación, el hijo viviera hasta los treinta años, entonces, al sumar treinta años a los seis mil anteriores, ¿el total de los años de la vida del hijo no sería mayor que todos los años de la vida de su padre?

Tal como antes teníamos la vida de Adán, así tenemos ahora vida de Cristo. Cuando aceptamos la vida de Adán, llegamos a ser parte de Adán. Del mismo modo, al recibir la vida de Cristo, llegamos a ser parte de Cristo. Todo lo que está en Cristo nos pertenece. Esta es la manera bíblica por la cual Dios nos da la salvación.

Aquí tenemos un problema. ¿Necesito perseguir estas bendiciones espirituales en Cristo? ¿Puedo vencer al pecado sin necesidad de buscar la santidad? Por favor, recuerda que para ser santo y perfecto tienes que mirarte a ti mismo con los ojos de Dios. Olvida por el momento el asunto de si pecas o no pecas, de si vences o no. Mientras estás en Cristo, lo que eres en ti mismo no cuenta. Si tú, como un trozo de tiza, sólo permaneces en la botella, todo lo que le suceda a la botella te sucede a ti. Esas son las buenas noticias. De modo que declaramos que el evangelio es gracia gratuita. Básicamente, no depende de ti. Si estás en Cristo, entonces todo es tuyo. Porque todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales nos han sido dadas en Jesucristo. Es imposible que Dios rehúse darnos todas esas bendiciones espirituales si estamos en Cristo. Dios mismo nos ha puesto en Cristo; por tanto, Dios no puede rehusar darnos todas esas bendiciones. Nada nos puede ser rehusado. Cristo no puede tener diez y nosotros sólo nueve. Todo lo que está en Cristo nos ha sido dado. Tal es la obra de Dios. Ya sea la salvación, la vida victoriosa, el poder, el camino y todo lo demás, todas las cosas nos han sido dadas en Cristo.

Puesto que Dios te ha puesto en Cristo, incluso si dices que eres el primero de los pecadores, ya fuiste juzgado y castigado cuando Cristo fue juzgado y ejecutado en la cruz. En Cristo todos tus pecados han sido perdonados. Dios no puede traerlos de

regreso. Porque se trata de la gracia y la justicia de Dios. Esto es lo que la epístola a los Romanos nos dice. Hay una diferencia de tiempo entre la gracia de Dios y la justicia de Dios. Dios en Cristo nos revela la gracia de Dios. ¿Qué puede hacer el hombre si Dios no lo ha puesto en Cristo? Que estemos en Cristo se debe a la gracia de Dios. Pero, tras ponernos en Cristo, Dios ha juzgado a aquellos que están en Cristo. De este modo, nuestra salvación involucra no sólo la gracia de Dios, sino también la justicia de Dios. Considerando que ya Dios nos ha juzgado en Cristo, ¿Acaso puede Dios castigarnos otra vez a aquellos que estamos en Cristo? Nunca. Después que él ha juzgado a Cristo en la cruz, está obligado a justificarnos a nosotros que estamos en Cristo. Dios es justo. Él no puede sino aceptar lo que Cristo ha hecho.

Como cristianos, todo depende del hecho de nuestro estar en Cristo. Estando en Cristo, disfrutamos grandes bendiciones.

## Viendo a Cristo

El tiempo no me permite hablar en detalle de todas las cosas que pertenecen a nuestro estar «en Cristo». Porque en Cristo existen abundantes bendiciones espirituales, tales como santidad, victoria, poder, espiritualidad, fe, crecimiento espiritual, humildad, paciencia, amor, etc. Toda las bendiciones espirituales que puedas imaginar ya están en Cristo. El problema está en que hoy los cristianos tienden a mirar dentro de sí, en lugar de mirar hacia afuera. Si miras dentro de ti mismo procurando hallar santidad, te puedo asegurar que no hallarás nada bueno dentro de ti. Somos propensos a olvidarnos de que cuando Dios nos salvó, nos salvó en Cristo. Frecuentemente nos preguntamos: «Ahora que ya soy salvo, ¿por qué a menudo pierdo los estribos y me encolerizo; por qué sigo siendo tan orgulloso; por qué mis pensamientos siguen siendo tan sucios?». Anhelas ser victorioso, pero cuando miras dentro de ti mismo, no logras hallar paciencia, humildad, santidad, etc. Por el contrario, encuentras toda clase de pecados, tales como lujuria, mal genio, vanidad, orgullo y otros. ¿Por qué? Porque olvidas que la forma en la cual Dios sal-

va es en Cristo, no en tu propio ser. La paciencia está en Cristo, la humildad está en Cristo, la santidad está en Cristo. Todo está en Cristo. En ti mismo hay siempre pensamientos sucios y falta de santidad ¡Si vives en Cristo, lo tienes todo! Pero si vives en ti mismo, permaneces sin cambio alguno.

## Unido con Cristo

Nunca imagines que Dios ha hecho algo en ti, porque tú aún eres tan sucio de pensamientos, malvado, nefasto, impío y orgulloso como siempre lo has sido. Esto es así porque la gracia de Dios no obra en ti, sino que sólo obra en Cristo. Cuando tú estás unido a Cristo, todo lo que está en Cristo fluirá dentro de ti; pero si tú fueses arrojado fuera de Cristo, todos tus sucios pensamientos volverán a ti. Esto es como estar conectado a una tubería de agua limpia por medio de la cual recibes agua potable, clara y limpia; pero, si estuvieses conectado a una cañería de agua sucia, sólo obtendrías agua sucia.

Te imaginabas que después que eres salvo tu viejo Adán iba a cambiar gradualmente. Pero, ahora Dios te probará que nunca va a suceder tal cosa. Mientras estás en Adán, estás siempre sucio. Lo que te hace diferente es estar en Cristo. Solamente estando en Cristo serás cambiado. Por ejemplo, ¿cómo brilla una ampolleta? La ampolleta en sí misma no irradia luz. Logra brillar cuando la corriente eléctrica fluye a través de su filamento de tungsteno. Lo mismo pasa con las virtudes, el fruto del Espíritu Santo, y del poder de Dios, pues estos están en Cristo. Al estar unido a Cristo, el cristiano lo logra todo. La electricidad está en la toma de corriente eléctrica. Tan pronto como la lámpara es conectada a la toma de corriente eléctrica, da luz. Erróneamente, decimos que la lámpara da luz. Sin embargo, estrictamente hablando, no es la lámpara la que da luz, más bien es la corriente eléctrica, fluyendo a través de la lámpara, la que produce luz. La lámpara anula la oscuridad por medio de la luz de la electricidad. De manera similar, mientras estemos en Cristo, conectados con Cristo y relacionados con Cristo, el poder de Cristo fluirá a través de nosotros.



Personalmente, vi una lámpara eléctrica por primera vez cuando tenía diez años. Quedé muy sorprendido al ver iluminarse súbitamente la ampolleta oscura. Después de verla brillar por dos horas, la desenrosqué y la llevé a un cuarto completamente oscuro, pensando que allí continuaría brillando. ¿Por qué sucedió que tan pronto como la quité de su lugar dejó de brillar? La razón, naturalmente, es que la ampolleta en sí misma no tiene luz; está apagada en sí misma; está en oscuridad. Sólo cuando entra en contacto con la corriente eléctrica puede brillar sin más.

Originalmente, todos estábamos en la oscuridad. Ahora que estamos en Cristo, podemos brillar con paciencia y humildad. Tenemos la tendencia a olvidarnos de que dicho brillar se debe únicamente a que estamos en Cristo. Después de que hemos sido cristianos por unos pocos años, comenzamos a considerar estas virtudes como si fueran nuestras, sin comprender que, en el momento en que abandonamos a Cristo, no tenemos nada en absoluto.

## En Cristo

En 1 Juan 5:11 leemos: *«Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo»*. Dios nos da vida eterna en su Hijo. No nos ha dado vida eterna aparte de su Hijo. Supongamos que yo envuelvo un trozo de hierro en una hoja de papel. Cuando levanto el envoltorio de papel, levanto simultáneamente el pedazo de metal que está dentro de ese envoltorio. *«El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida»* (1ª Juan 5:12). Fuera de Cristo, nada recibimos, porque nada nos es dado independientemente de Cristo. Todas las cosas nos son dadas en Cristo. Si solamente comprendieras y creyeras esta verdad, podrías descansar pacíficamente cada noche. El hecho de que estemos en Cristo es obra de Dios, porque nosotros nada podemos. Todo es de Cristo. Todo proviene de Cristo. Nada bueno procede de nosotros mismos. Como consecuencia, al comprenderlo perderás por completo toda esperanza de cambiarte a ti mismo en lo más mínimo. La lámpara eléctrica no pue-

de dar luz sin la electricidad. Del mismo modo, tampoco puedes cambiarte a ti mismo si estás desconectado de Cristo. Si ha de haber algún cambio, si ha de haber algo diferente en ti, no es debido a que tú has cambiado, porque todo está en Cristo. Esta es la manera en la cual recibimos y expresamos la salvación de Dios.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Mensaje predicado en Kulongyu, el 17 de Octubre de 1936.

## 2

# EN ADÁN O EN CRISTO

*«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Cor. 5:17).*

*«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?» (Rom. 6:3).*

### Heredamos en Adán

#### *1. El Poder del Pecado*

Maravillosa es la manera por medio de la cual Dios nos redime. Las personas piensan en lo que tienen que hacer para ser salvos, pero Dios no requiere que hagamos nada para ser salvos. Porque lo que Dios hace, lo hace en Cristo. Mientras Satanás obra en Adán, Dios obra en Cristo. Una cosa necesitamos saber antes de comprender la forma en que Dios logra nuestra salvación. ¿Sabes cómo un ser humano peca? ¿Te parece que alguien necesita decidir que va a pecar antes de pecar? ¿Cómo pierdes los estribos? ¿Acaso te es necesario decidir la noche previa que mañana vas a enojarte y perder los estribos? Por cierto, no haces esa deliberación previa. Porque, para que alguien pierda sus estribos no se requiere predeterminación. Puede lograrse fácilmente sin que te esfuerces. Pecar no te demanda esfuerzo alguno, mientras que no pecar te demanda un gran esfuerzo para controlarte a ti mismo.

Toma la luz y la oscuridad como ilustración. En el mundo tenemos compañías generadoras de electricidad para anular la oscuridad por medio de la luz, pero no tenemos institución alguna para producir la oscuridad. Necesitamos comprar luz, pero la oscuridad nos llega gratis. ¿Acaso alguna vez has comprado oscuridad de alguna compañía generadora de oscuridad? Jamás. Porque la oscuridad es natural y nos llega sin esfuerzo alguno. La luz, en cambio, requiere esfuerzo y es costosa. Del mismo modo, pecar es fácil, pero no pecar es sumamente difícil.

## *2. Pecar es Natural*

Nadie necesita orar para pecar. Tampoco te es necesario esforzar tu voluntad para pecar. Cometer pecado te sucede rápidamente y sin preparación previa. ¿Por qué es eso? Porque pecar es natural a la humanidad. Hacer el bien es difícil, porque no es algo natural al ser humano. La Biblia nos dice claramente que todos los humanos heredamos la naturaleza de Adán, y la naturaleza de Adán es pecadora. «...*el pecado entró en el mundo por un hombre*» (Romanos 5:12a). El pecado entró en el mundo a través de Adán. Todos los que estamos en Adán hemos heredado la naturaleza pecaminosa de Adán. De modo que pecar es algo sumamente natural para nosotros.

Satanás desea que toda la humanidad peque. Pero no tiene tiempo para tentar a los seres humanos a pecar uno por uno. De modo que lo que hizo fue derramar veneno dentro de la matriz del agua. Todos los que beben de esa agua mueren. Satanás puso el veneno del pecado en Adán. Adán pecó, así que todos los que pertenecen a Adán pecan de manera natural. Hoy me es posible pecar repetitivamente sin esfuerzo alguno, sin premeditación, ni determinación. Mientras esté relacionado con Adán pecaré naturalmente. Porque hemos heredado la naturaleza pecaminosa de Adán y su poder de pecar.

## *3. Heredamos Todo lo que Está en Adán*

Ya que la humanidad tiene tal relación con Adán, ¿Es acaso sorprendente que toda la gente del mundo peque con tanta natu-

ralidad? Pecamos con tanta facilidad. En el transcurso de sólo dos segundos podemos encolerizarnos y perder los estribos. Porque de Adán ya hemos heredado todo el poder, las ideas y los planes de pecar. Porque estamos en Adán hemos heredado todo lo que en está Adán. Todo lo que es de Adán también ha llegado a ser nuestro. Como hemos nacido de Adán y le pertenecemos, nos ha dejado como herencia todas sus propiedades, de acuerdo a lo que está escrito en su último testamento y voluntad. Por eso, no es necesario que aprendamos cómo pecar, porque ya hemos heredado el poder de pecar.

La Biblia nos muestra que todo lo que poseemos procede de Adán. ¿Cómo recibimos todo eso? Ilustrémoslo de la siguiente manera: Supongamos que tú, como padre, has ganado y acumulado una gran suma de dinero. Y tienes un hijo nacido de ti, y amas a tu hijo. Quieres dejar todo tu dinero a tu hijo. Esta gran suma de dinero no ha sido producida por él. Procede de tu trabajo y de tus inversiones acumuladas. Ahora, das todo ese dinero a tu hijo. Eso es heredar. Podemos decir que Adán nos ha dado mucha «gracia» como herencia, pues hemos obtenido su herencia sin esfuerzo alguno. Todo lo que Cristo nos da es por gracia, todo nos ha sido dado gratuitamente. Así también, el pecado cometido por Adán nos ha sido dado por «gracia», porque hemos hecho nada para poseerlo. A todos los que son nacidos de Adán, éste les da gratis la «gracia» de pecar. En consecuencia, todos somos pecadores. Nadie necesita aprender a pecar, porque todos sabemos cómo pecar.

Somos pecadores por nacimiento. Nos es posible pecar naturalmente, sin esfuerzo alguno, y continuar pecando. Esta es nuestra herencia en Adán. Adán nos hace ser pecadores. Él ha transferido a nosotros, que estamos en él, el poder y la naturaleza del pecado.

## La Salvación en Cristo

### *1. Opera el Mismo Principio*

La manera por medio de la cual Dios nos salva nos llega tan gratuitamente como el acto en el que Adán nos hizo pecadores.

El principio de la salvación de Dios en Cristo es análogo al principio que, en Adán, nos hace a todos pecadores. En Adán, tú heredas la naturaleza de Adán y el poder de pecar, sin que necesariamente hagas algo. Así también en Cristo, tú puedes recibir la salvación sin planificarlo y sin hacer obra alguna. Porque la salvación que Dios ofrece no tiene otro requerimiento excepto que estés en Cristo. Te es dada gratuitamente, sin reserva alguna. Mientras estás en Cristo, todo lo que pertenece a Cristo es tuyo. No necesitas planificar o hacer buenas obras para obtenerlo. Es un obsequio gratuito. Yo peco porque tengo la vida de Adán. Así mismo, estoy capacitado para vivir con rectitud, santidad y justicia porque ahora tengo la vida de Cristo dentro de mí. No necesito esforzarme en tanto permanezca en Cristo.

El evangelio anula nuestra previa relación en Adán. Tal como era tu vieja relación con Adán, así es ahora tu nueva relación con Cristo. ¡Oh, qué gracia asombrosa nos ha concedido Dios! Ahora puedo gritar con gozo, diciendo: ¡Hoy puedo disfrutar todo lo que está en Cristo! Sin importar cuán fuerte es el poder de Cristo, ni cuán rica es la posesión de Cristo, nosotros, que estamos en Cristo, podemos participar de todo y disfrutarlo todo. Y tal participación nos es ahora natural, sin esfuerzo alguno. Anteriormente, podíamos pecar naturalmente y sin esfuerzo alguno en Adán. De la misma manera, en Cristo estamos ahora capacitados para ser humildes, pacientes, gentiles, santos y victoriosos sin esforzarnos en absoluto. Mientras tú estás en Cristo, tú puedes ser todas estas cosas, porque has heredado toda esa habilidad.

## 2. Nueva Creación en Cristo

Veamos ahora lo que Dios nos dice en 2ª Corintios 5:17: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*». Nótese que no dice: «Si alguien hace buenas obras, llega a ser una nueva criatura». No, la Biblia no lo dice de esa manera. No dice el que se dispone, se esfuerza y tiene los cambios de conducta correctos, abandonando el viejo vivir de la vieja criatura para procurar ser una nueva. En vez de eso, simplemente nos dice que, «*si alguno está en Cristo, nueva criatura es*». El llegar a ser una nueva criatura no de-

pende de cómo te comportes, ni de cómo te dispongas, ni de lo que hagas o no hagas. Más bien, es porque ahora estás en Cristo que llegas a ser una nueva criatura. Normalmente, pensamos que mejorándonos poco a poco llegaremos a ser, gradualmente, una nueva criatura. Tal vez a mi corazón le falte humildad, de modo que al menos mi boca procurará hablar humildemente primero, para aprender a ser humilde comenzando a hablar de manera humilde. O tal vez, procuro aprender primero una manera de conversar santa, para así, eventualmente, lograr tener pensamientos santos. Aunque no soy santo, cambiaré gradualmente y llegaré a ser santo. De esa manera paulatina, espero ir cambiando hasta llegar a ser una nueva criatura. Es difícil calcular cuánto tiempo podría llevar todo ese proceso. Difícilmente diez años, si se logra con rapidez, o veinte años, si se alcanza lentamente; o quizá se nos vaya la vida sin conseguirlo. Pero, leamos lo que la palabra de Dios dice: «...*si alguno está en Cristo, nueva criatura es*». No tiene nada que ver con lo que yo o tú hemos hecho. Si tú estás en Cristo, eres una nueva criatura. Eso es todo.

Cierta vez, predicando en Kaifeng, fui confrontado por el hermano de un alto oficial, quien me dijo: «Usted me dice que yo tengo pecados. Estoy de acuerdo, los tengo. Pero no me importa lo que usted me diga, yo estoy determinado a mejorarme estudiando los libros clásicos budistas. He estado haciendo eso durante algunos años ya. No sigo el camino de los ignorantes, porque abordo el tema filosóficamente. Estoy buscando tener paz en mi corazón. Confieso que cuanto más estudio, cuanto más persigo mi meta, menos paz y tranquilidad tengo. Hace ya años que estoy procurando lograr esto. No ha habido mucho progreso en mi esfuerzo. De modo que he determinado dedicar treinta años a este propósito. Espero tener éxito finalmente. Pero, de acuerdo a lo que usted me dice, una persona puede llegar a ser una nueva criatura en apenas un día si está en Cristo. ¿Cómo es posible que esto sea así? He leído muchos libros religiosos y he descubierto que el camino del cristianismo es el más rápido. ¡Pero usted tiene la osadía de decirme que su manera de lograrlo es aún más rápida que la ofrecida por el cristianismo! De modo que, dígame, cómo se logra esto».

No le expliqué más. Solo le pedí que lo pusiera a prueba. Al día siguiente vino a la reunión evangelística y me dijo: «De veras que su camino es el más rápido. La próxima vez que ustedes tengan un bautismo, les ruego me notifiquen, porque yo quiero ser bautizado».

Todos los que están en Cristo llegan a ser nuevas criaturas rápidamente. No es por medio de mejoras graduales, ni lentos avances. Todas las virtudes están en Cristo. No llegan a ser realidad en la persona por medio del auto mejoramiento, ni por fabricación humana. Si tú estás en Cristo, ya posees todas estas virtudes.

Consideremos nuevamente el ejemplo de la lámpara eléctrica. No es necesario que la lámpara ore por largas horas, ni se esfuerce mucho para irradiar luz. Deja simplemente que la electricidad pase a través de la lámpara y esta dará luz. La lámpara no tiene luz en sí misma. Sencillamente, necesita estar en contacto con la electricidad para dar luz. Lo mismo ocurre con el cristiano. El cristiano no depende de mejorarse a sí mismo, ni de sus esfuerzos por mejorarse, para expresar a Cristo. Sólo necesita estar en contacto con Cristo, porque Cristo es la fuente y origen de la vida cristiana. Nuestro nuevo nacimiento, santidad, poder, y todas las demás cosas, están en Cristo; ninguna de estas cosas es producida por nosotros mismos. Solamente en Cristo poseemos todas estas virtudes. Por eso, podemos decir con entera confianza: «Gracias a Dios y no a nosotros. Damos toda la gloria a Dios, porque él lo ha hecho todo y nosotros no hemos hecho nada. Todo lo recibimos en Cristo». Estar en Cristo es el único requisito. No hay otro requisito más que este. En Cristo, tú eres una nueva criatura y todas las cosas viejas pasaron.

De modo que la cuestión final es: ¿Estás en Cristo o en Adán? Pecar o vencer cuando somos tentados, perecer o vivir una nueva vida, no depende de ti, sino de la persona en la cual estás. Así es la salvación de Dios según la Biblia. Dios nos salva colocándonos en Cristo. Al obrar Dios en Cristo, obra simultáneamente en todos nosotros. ¿Recuerdas la ilustración de la botella con los trozos de tiza? Dondequiera que la botella esté, allí también estará la tiza, porque la tiza está dentro de la botella. El destino de la



botella es el destino de los trozos de tiza. Nadie necesita preocuparse dónde está la tiza; simplemente debe preguntar dónde está la botella con la tiza. Es una ilustración de nuestra relación con Cristo. Donde Cristo está, allí estamos nosotros en él.

### 3. Ninguna Condenación en Cristo

Leamos dos versículos de las Escrituras: «*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*». (Romanos 8:1-2). Estos dos versos nos dicen quiénes no son condenados. ¡Cuán a menudo la gente piensa que si solamente nos arrepentimos, hacemos el bien y somos buenos, no seremos condenados! Pero Dios dice que únicamente los que están en Cristo no serán condenados. Nuestro estar en Cristo es suficiente. Nada más es necesario. No hay otro requerimiento. ¿Por qué no hay condenación en Cristo? Se debe al hecho de que, cuando Cristo fue juzgado en la cruz, todos nosotros fuimos juzgados en él. El enjuiciamiento de Cristo ha llegado a ser nuestro propio enjuiciamiento. La experiencia de Cristo en la cruz es considerada, por Dios, como nuestra propia experiencia. En Cristo no hay condenación. Y no hay tampoco condenación por segunda vez. Sólo una vez fue Cristo juzgado y condenado en la cruz. Él cargó en su cuerpo nuestra condenación y nuestro juicio. No puede haber una segunda condenación en Adán. Supongamos que yo deba a alguien mil pesos. Si pago mi deuda, mi acreedor ya no me puede pedir ese dinero. Ya que hemos recibido nuestro juicio en la cruz de Cristo, *ahora* en Cristo ya no tenemos condenación.

Aunque soy alto de estatura, soy bastante cobarde. En el pasado pensaba con frecuencia en qué me ocurriría si iba al infierno. De hecho, me enfermé algunas veces debido al miedo de ir al infierno. Hoy soy muy feliz porque creo que Dios me ha juzgado y castigado de una vez en Cristo, de modo que ahora estoy en Cristo y, en consecuencia, no hay más condenación para mí. Gracias a Dios, mi deuda ya ha sido totalmente pagada por Cristo en la cruz. Dios jamás volverá a exigir que sea pagada nuevamente.

#### 4. *En Cristo no Hay Incapacidad*

Cuando tengo deudas, vivo con miedo de mi acreedor. Así que, quien no está endeudado tiene temor a endeudarse. Pero somos tan débiles, que no podemos evitar acumular deudas. Así también nos sentimos después de creer en el Señor Jesucristo. Tenemos miedo de pecar después de haber sido perdonados. ¿Qué hemos de hacer? La palabra «condenación» en Romanos 8:1, posee, según su significado en el griego original, dos usos diferentes: el uso oficial y el uso civil. Oficialmente, conlleva el significado de «condenación», pero en su uso civil su significado no es «condenación», sino «incapacidad». Por eso, este verso también puede ser traducido de la siguiente manera: «*Por lo tanto, no hay ninguna incapacidad en Cristo Jesús*». En Adán no tenemos fuerza para resistir al pecado, porque somos incapaces de resistirlo. Nos es imposible resistir el deseo de cometer muchos pecados. Tal vez ejercitemos nuestra voluntad, probablemente oremos y nos esforcemos mucho; sin embargo, nada dará resultado. Siempre seremos derrotados. Pero ahora, que estamos en Cristo, tenemos al fin el poder para vencer. Siendo Cristo todopoderoso, todos los que estamos en él ya no somos incapaces, sino que tenemos su poder. De modo que el asunto no radica en cuán poderoso eres, sino que depende de si te ha sido dado el poder de Cristo. En Cristo tú heredas todo lo que en está él. Por lo tanto, el asunto está centrado en si estás o no estás en Cristo.

#### 5. *La Ley del Espíritu de Vida te Liberta*

¿Por qué cualquiera que está en Cristo tiene ahora fuerza y no está más incapacitado? La respuesta es: «*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*» (vers. 2). La palabra «*porque*» demanda un antecedente. Explica lo que ha sido propuesto en el verso 1. Da razón de lo que se ha dicho en el verso anterior.

Este verso 2 nos habla de la «*ley*». ¿Qué es una ley? La ley es una norma inalterable. Es algo que sucede continuamente. En China existe una ley que dice que el que asesina recibe pena de muerte. Esa es la ley. Ya sea Fulano o Mengano, si asesina, debe

morir. También tenemos la ley de gravedad. Todo lo que soltamos cae a tierra. No importa si soltamos el objeto hoy o mañana, no importa si lo soltamos en Nanjing o en Beijing, siempre cae a tierra. Porque eso es una ley. Y aquí se nos dice que el pecado es una ley. Esto significa que el pecado siempre actúa de la misma manera. La gente siempre peca. Quienquiera que seas, dondequiera que vayas, tú vas a pecar. Por ejemplo: Yo puedo perder pronto mi paciencia. Si me encuentro con el Sr. Cheng y me enojo, también me voy a enojar con cualquiera que sea como el Sr. Cheng. Las mismas tentaciones resultan en las mismas reacciones. Todos nosotros nos enorgullecemos y nos irritamos naturalmente. Cuando nos topamos con la misma tentación, cometemos el mismo pecado. Parece que raras veces cometemos pecados nuevos. Aparentemente, todos poseemos cierta tendencia personal a ciertos pecados especiales. También esto es una ley. Tú ya estás familiarizado con los pecados que has cometido. Tal vez te has topado con ellos repetitivamente, una y otra vez durante varias décadas, y siempre pecas de la misma manera. Realmente nos resulta fácil pecar. ¿Conoces la ley del pecado? El pecado es más que cierto comportamiento, es una ley.

Este mismo verso nos habla de la ley de la muerte. ¿Qué es la muerte? La definición bíblica de la muerte es, «incapacidad extrema». Supongamos que visites a una persona enferma; quieres decirle algo que la consuele, pero no consigues hablar una palabra. Esta es la ley de la muerte. Tú sabes que debes ser santo, recto, justo y paciente, pero aún eres incapaz de serlo. Esto también es la ley de la muerte. Cada uno de nosotros está atado inconscientemente por esa ley del pecado y de la muerte. Tal como caes en el mismo pecado una y otra vez, fracasas también en ser santo, recto, justo y paciente. Es el mismo problema. Quizá, otras personas no cometan los mismos pecados que tu cometes, o posiblemente logran hacer lo que tú no logras hacer; sin embargo, todos estamos bajo la ley del pecado y de la muerte.

He aquí, pues, la manera de derrotar la ley del pecado y de la muerte: Se logra por la ley del Espíritu de vida. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo me libera de la ley del pecado y de la muerte. Solamente Cristo no es tocado por la ley del pecado y de

la muerte. Por ejemplo, tengo en mi mano este libro. Aunque no se mueve, tiene la tendencia interna de caer al suelo. Hoy no cae porque existe otra fuerza que evita que eso suceda; el poder sujetador de mis dedos impide que caiga al suelo. La ley de gravedad es una fuerza que atrae este libro hacia el suelo, pero mis dedos ejercen una fuerza contraria que impide que caiga. De este modo, mi mano libera a este libro de venirse abajo debido a la ley de la gravedad. De la misma manera en que mi mano salva a este libro de caer, también Cristo nos salva. El Señor Jesucristo usa al Espíritu Santo para resistir el poder del pecado. Aunque el poder de mis dedos es mínimo, puedo contrarrestar el gran poder de la ley de gravedad. No es por medio de su voluntad, fuerza, expectativa ni oración que este libro evita caer al suelo. No, es porque tres de mis dedos evitan su caída. Hoy somos salvos de la misma manera. No es debido a lo que nosotros hacemos, sino a que en Cristo la ley del Espíritu de vida nos libera de la ley del pecado y de la muerte. De esta manera somos salvos, y también, somos vencedores. Todo ha sido hecho en Cristo.

## Todo Está en Cristo

Doy gracias a Dios porque mi salvación, mi perdón, mi justificación, la vida eternal –todo– viene de Cristo y por medio de Cristo. Nada viene por medio de mí. Por eso, el Señor Jesucristo declara: «*Yo soy el principio y el fin...*» (Apoc. 22:13). ¡Gracias a Dios! Él me pone en Cristo, que me rodea. Cristo, Cristo, todo es Cristo. Nosotros somos nada, excepto lo que está en Cristo.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Kulongyu, el 18 de Octubre de 1936.

## 3

## EN CRISTO SUBJETIVAMENTE

*«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere, la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas, en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6:3-11).*

## Fuera de Adán y Dentro de Cristo

Cuán maravillosa es la salvación que Dios nos da. Al realizar su obra de salvación, él no ha forjado nada en nosotros; en vez de eso, él ha hecho toda su obra en Cristo. Cristo ya lo ha logrado todo para nosotros. Ahora bien, la única manera de ser salvos es estando en Cristo. No es necesario que le pidamos a Dios que haga algo dentro de nosotros. Tan pronto como entramos en Cristo, todo lo que Cristo ha logrado se hace efectivo dentro de nosotros. Esta es pues, la salvación de Dios. ¿Cómo entramos en Cristo? Es Dios quien nos pone en Cristo. En la práctica, debemos

primeramente salir de Adán antes de entrar en Cristo. Tal como debemos salir del patio para entrar en la sala. Primero salir y luego entrar. Primero salir de Adán, luego entrar en Cristo.

## Entramos en Adán por Medio de Nuestro Nacimiento, pero Salimos de Adán por Medio de Nuestra Muerte

Consideremos, primeramente, cómo hemos entrado en Adán, antes de ver cómo podemos salir de Adán. «*Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*» (Juan 3:6). ¿Quién está en la carne? Pues todo aquel que es nacido de la carne. Desde el momento que nacemos, estamos en Adán. La vida que recibimos cuando nacimos de nuestros padres es la vida de Adán. Aunque Adán ya ha pasado a través de muchas generaciones, la vida humana que hemos recibido sigue siendo aún la vida de Adán. Entramos en Adán por medio de nuestro nacimiento, pero salimos de Adán por medio de nuestra muerte. No hay otra manera. Cuando tú mueres, termina tu lugar en Adán. Gracias a Dios, él nos hace morir para Adán.

Mientras estamos en Adán, no podemos evitar el pecado. La muerte es la gran emancipación del pecado. La muerte concluye con el pasado. Las cosas espirituales comparten el mismo padrón de las cosas físicas. «*Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado*» (Rom. 6:7). Después de que una persona ha muerto ya no puede pecar más. Está libre de pecar. Toda su voluntad, pensamientos, disposición, temple y maldades han muerto. Cierta vez un hombre en Australia fue sentenciado a muerte. El juez lo condenó a 180 penas de muerte, porque era realmente muy malo. Sin embargo, después de que hubo muerto, la totalidad de las 180 penas se consideraron cumplidas. Puede ser que alguien haya fumado opio, consumido cocaína, robado, asesinado, y cometido otros crímenes; con todo, una vez muerto todo termina, pues ya no puede pecar más. De manera que este es el principio escritural: la muerte termina con todo.

## En Cristo Morimos

Ahora sabemos que entramos en Adán por medio de nuestro nacimiento y salimos de Adán por medio de nuestra muerte. Si morimos, quedamos libres del pecado de Adán. El camino es claro. ¿Pero cómo lo experimentamos? Yo ya había nacido en Adán y soy parte de Adán. Para salir fuera de Adán, necesito morir. ¿Pero, cómo puedo morir para poder ser libre de Adán? ¿Puedo acaso morir por mi propio esfuerzo? ¡No hay manera de lograr eso! No tenemos en nosotros mismos manera alguna de morir. Esta forma de morir fue preparada por Dios. Si confiamos en él, moriremos en Cristo y saldremos de Adán. ¡Aleluya! ¡Cuán precioso es estar en Cristo, porque en Cristo nos es posible morir!

Morir en Cristo es obra de Dios. Porque, cuando Cristo murió en la cruz, Dios ya nos había puesto en Cristo. Hemos muerto con él porque estábamos en él. Volvamos a usar nuevamente la parábola de la tiza y la botella. La tiza está en la botella. Si arrojo la botella al mar, la tiza también estará en el mar. Porque donde esté la botella, allí también estará la tiza. Del mismo modo, Dios nos ha puesto en Cristo. Y todo lo que le ha sucedido a Cristo nos ha sucedido a nosotros también. «*Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él*» (Rom. 6:6a). «*Uno murió por todos, luego todos murieron*» (2ª Cor. 5:14b). Hemos muerto en Cristo. ¿Por qué dice Dios que si uno murió por todos, luego todos murieron? Porque todos nosotros estamos en Cristo. Cuando Cristo murió, todos morimos en él. Esta muerte no ha ocurrido en nosotros; en vez de eso, ha ocurrido en Cristo.

## El Ojo de la Fe

Cuando visité a Kaifeng por segunda vez, dije a la gente de allí que habíamos sido liberados del pecado por medio de la muerte. Cierta dama me dijo: «La Biblia me dice que yo estoy muerta, pero en mi vida diaria no me parece que estoy muerta. ¿Hay alguna manera que realmente me haga estar muerta? Yo sé que si realmente muero estaré libre del pecado». Le respondí:

«En Cristo morimos. En nosotros aún estamos vivos. Mientras usted permanece en Cristo, usted permanece muerta. Mientras usted viva en usted misma, usted vive en su carne. Porque la muerte que Dios nos da está en Cristo. Si usted se mira a sí misma, no está muerta; está en su carne y está en Adán. Por eso, usted nunca debe verse a sí misma en su propio ser. Debe usted usar los ojos de la fe para verse muerta en Cristo. Entonces sí, usted realmente muere. Dios nunca obra en usted separadamente. Él obra solamente en Cristo. Si usted permanece todo el tiempo en Cristo, todo lo que él es y todo lo que él logra, fluye dentro de usted».

La lámpara por sí misma no irradia luz, pero cuando la corriente eléctrica entra en ella y la activa, irradia luz y brilla. En nosotros mismos, nunca dejamos de perder los estribos y enojarnos, pero en Cristo podemos ser naturalmente pacientes.

Algunos buscan la muerte en vida, pero nosotros encontramos vida en la muerte. Debemos usar el ojo de la fe para vernos a nosotros mismos como muertos en Cristo. Nosotros, si estamos en nosotros mismos, no somos la meta de nuestra fe. Porque el ancla de nuestra fe es Cristo. Si yo, Nee, miro dentro de mí mismo, no puedo encontrar muerte, aunque ya he muerto en Cristo. No necesito morir nuevamente. Gracias a Dios, en Cristo ya hemos muerto. El fracaso de muchos cristianos estriba en este punto. Buscan la muerte de su yo en sí mismos, y jamás la pueden encontrar allí. Porque, cuando te examinas a ti mismo para verificar si estás muerto o no, continúas viviendo en tu propio yo, y por lo tanto estás sumamente vivo. La muerte está en Cristo, no en ti mismo.

Es cosa rara, pero vivimos en dos reinos. Originalmente estábamos en Adán, pero ahora Dios nos puso en Cristo. Sin embargo hoy, en nuestro vivir actual, retornamos frecuentemente a Adán. La derrota de muchos de nosotros como cristianos acontece porque miramos dentro de nosotros mismos y seguimos, de este modo, viviendo en nuestro propio ser.

Había una hermana que estaba bien experimentada en el Señor Jesucristo. Cuando la gente le preguntaba cuál era el secreto del vivir cristiano, su respuesta era: «Si usted quiere experimen-



tar la vida victoriosa y no ser derrotado, jamás debe mirarse a sí mismo fuera de Cristo. Porque siempre que usted se vea fuera de Cristo se va a encontrar con su previa condición perdida. Al mirar dentro de usted mismo, usted está usando los ojos y sentimientos propios. Solamente cuando usted mira a Cristo, ejercita fe y mira a través de los ojos de Dios».

## El Significado del Bautismo

¿Qué es lo que debemos hacer una vez que hemos muerto en Cristo? La primera cosa después de la muerte es ser sepultados. El bautismo del cual nos habla la Biblia significa ser sepultado. Naturalmente, uno debe morir antes de ser sepultado. Sepultamos a una persona porque estamos seguros de que está muerta. Cierta vez, hubo una mujer que rehusó poner a su esposo en un ataúd, aunque ya hacía tres días y tres noches que había muerto. Tenía miedo de que su esposo se pudiera sofocar si lo ponían en el ataúd, porque no creía que su esposo estuviese realmente muerto. ¿Enterrarías a alguna persona si no creyeses que está realmente muerta? No, no lo harías. Si aún estoy viviendo, no voy a permitir que me entierren vivo. En el bautismo, tú crees en tu posición en Cristo. Crees que ya has sido crucificado con Cristo. Tú tienes parte en todo lo que está en Cristo. Puesto que todos los que creen en el Hijo de Dios están en Cristo, deben creer que han muerto en Cristo. Si esto es cierto en lo que ti se refiere, entonces, teniendo tal fe, ¿cómo vas a expresar la realidad de que ya estás muerto? Al ser bautizado, declaras que en Cristo has muerto con él. Reconoces este hecho por medio del bautismo.

Nosotros los cristianos tenemos una «muerte» que nos saca fuera de Adán. Nos libera. Tenemos también un «nacimiento» que nos lleva a estar dentro de Cristo. Entre esa muerte y ese nacimiento tenemos un puente colgante, que es el ser sepultados. Este nos permite cruzar del lado de Adán al lado de Cristo. Porque el bautismo nos conecta por un lado con Adán y, por otro, nos conecta con Cristo. Nos despidе de Adán y cortamos toda

relación con Adán. Nos trae también dentro de Cristo y a un nuevo comienzo en Cristo.

«*En Cristo*» es el pensamiento más perfecto de Dios que se puede hallar en la Biblia. Su realidad nos permite abandonar el reino adámico y nos une al reino de Cristo. Nuestra tumba está entre estos dos reinos. Después que una persona muere, su acto póstumo es ser sepultado. Es la sangre que nuestro Señor Jesucristo ha derramado la que nos limpia de todos nuestros pecados. Aunque todas las aguas del mundo no pueden lavar, siquiera, uno solo de nuestros pecados, las aguas del bautismo testifican que «por medio de la muerte» yo salgo fuera de Adán, y que, por medio de ser sepultado, entro en Cristo. Ahora estoy en Cristo, por eso mis pecados fueron limpiados por completo y estoy salvado. ¡Sí! ¡Ahora soy salvo!». <sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Nota: Mensaje predicado en Kulongyu, el 19 de Octubre de 1936.

## 4

## LA SANGRE DE CRISTO

## La Doble Necesidad de los Pecadores

Ya que el hombre ha comido del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, y ha sido echado fuera del jardín de Edén, ha perdido por una parte, la oportunidad de recibir la vida de Dios directamente, lo que le hubiera capacitado para cumplir el propósito original de Dios. Por otra parte, el pecado de Adán lo ha hecho pecador. Por eso, Dios ahora no debe resolver solamente el problema de los pecados del hombre, sino también el problema del hombre mismo. Dios envió primero a Cristo al mundo y solucionó nuestro problema con el pecado al derramar la preciosa sangre de Cristo. Pero, incluso después de que Dios nos libertó del pecado, su obra en nosotros no está completa. El mero perdonar nuestros pecados no logra el propósito final de Dios. Aunque nuestros pecados pueden ser perdonados y lavados, no hemos retornado al deseo final de Dios. Por esa razón, no deberíamos sentirnos satisfechos, ni contentos, con el mero perdón de nuestros pecados.

El pecado puede ser comparado al producto de una fábrica, mientras que el pecador es como la fabrica misma. El pecado, como producto, puede ser totalmente destruido, mientras que la fábrica de pecados, si sigue intacta, puede fácilmente volver a

producir más pecados. Nuestro corazón es tan desesperadamente malvado, que nadie es capaz de exponerlo ante otros. Este malvado corazón del hombre no puede ser limpiado por la sangre. Necesita ser cambiado. La eficacia de la sangre del Señor Jesucristo no radica en limpiar el corazón mismo del hombre, sino sólo en limpiarlo de todos sus pecados. La sangre no puede limpiar el corazón sucio; solamente puede limpiar la conciencia del corazón, es decir, las diversas culpas que están en el corazón.

Cuando somos salvos, aceptamos la eficacia de la sangre del Señor Jesucristo para el perdón de nuestros pecados. Su sangre, sin embargo, no cambia nuestro corazón. Por eso, si el corazón era deshonesto antes de que la persona fuera salva, continuará mintiendo después de que ha sido salva. En caso de que hayamos sido avaros antes de ser salvos, continuaremos mostrándonos avaros después de haber sido salvos. Los actos pecaminosos antes de nuestra salvación, también van a resultar pecaminosos después de nuestra salvación. Las acciones carentes de rectitud manifestadas antes de que la persona fuera salva, continuarán careciendo de rectitud después de la salvación. Si antes había pensamientos sucios, después habrá también pensamientos sucios. Si antes éramos mezquinos, continuaremos siendo mezquinos después. Después de que somos salvos, nos inclinamos a pensar que de allí en adelante todo va a ir viento en popa. Pero no es así. Pronto descubrimos que, aunque nuestros pecados han sido lavados por la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo, continuamos pecando. Por esa razón, además de usar la sangre de Cristo para limpiarnos de nuestros pecados, Dios debe proveer los medios para librarnos de la fábrica interna de pecados. Es inútil ir sólo limpiando nuestros pecados sin destruir la fábrica de pecados que tenemos dentro. Para resolver el problema del producto (pecados) tenemos que eliminar la fábrica (la persona misma). El pecado ha sido lavado, pero el problema del hombre que produce los pecados debe ser resuelto también.

En Chuanzhou, un creyente que apenas había sido salvo por dos o tres semanas se encontraba bastante victorioso y en paz. Pero, pocas semanas después se hallaba muy perturbado, porque había perdido nuevamente sus estribos y se había encoleri-

zado como hacía anteriormente. Le hablé por medio de una parábola. Le dije: «Cierta vez conocí una niña cuya muñeca se había ensuciado. Me pidió que se la lavara. Le dije que eso era imposible. Que no podía hacerlo. Pero no me quiso oír, sino que insistió en que le lavara la muñeca. No tuve más remedio que lavarle la muñeca. Cuanto más la lavé, más se destiñó y ensució. Se le cayó todo el cabello. Como resultado, la niña comenzó a llorar amargamente. La consolé, diciéndole que la había advertido previamente que esa muñeca no podía ser lavada, pero que no llorase más, porque yo le compraría una muñeca nueva». ¿Ven ustedes que todos somos como esa muñeca? Si sólo nos lavan exteriormente, quedamos más sucios que antes. Para resolver totalmente todo el problema del pecado, debemos comenzar a tratar con nuestro interior.

## La Doble Salvación que Dios Provee – Sangre y Cruz

El pecado está simultáneamente por fuera y por dentro del hombre. Lo que el hombre comete es pecado; lo que esconde dentro de él es también pecado. La corrupción del hombre comienza desde adentro. Somos como un deudor que debía tanto, que le era imposible pagar su deuda. ¡Pero vino su patrón y pagó totalmente su deuda! Demos gracias a Dios, pues él lo pagó todo en nuestro lugar. La ayuda de Dios es realmente grande. Lamentablemente, continuamos acumulando deudas. Somos adictos a endeudarnos. Vivimos pidiendo préstamos. Nuestros pecados fueron perdonados, pero continuamos pecando. Porque nacemos pecadores, hechos para pecar. Por esta razón, no sólo debemos resolver el asunto del pecado, sino que también nos es necesario resolver aun más drásticamente el problema del pecador consuetudinario. La sangre de Cristo resuelve el problema del pecado y la cruz de Cristo trata con el pecador.

La sangre es para limpiar el pecado; resuelve los actos pecaminosos exteriores del hombre. Sin la sangre, el hombre no puede ser redimido ante Dios. La cruz es para matar al viejo hombre,

pues trata con la naturaleza pecaminosa del hombre. La Biblia nunca dice que la sangre puede lavar y limpiar el yo, el «ego», el «viejo hombre», el «vivir egocéntricamente» o la «carne». Porque somos muñecos de arcilla que no pueden ser lavados y quedar limpios. La manera en que la Biblia resuelve el problema del pecador es lo que ha sucedido en el Calvario: «¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!» (Juan 19:15). Eso es lo que la cruz significa. Porque la cruz quita al viejo hombre, crucifica al viejo hombre (Romanos 6:6). En ningún lugar en la Biblia se nos dice que la sangre nos lava de nuestro propio yo, nuestro «ego», es decir, el viejo hombre con sus pasiones y concupiscencias. Cierta vez un amigo escribió una poesía que declaraba: «La preciosa sangre lava lujurias y pecados». Eso es incorrecto. Porque las pasiones y las lujurias necesitan ser crucificadas (véase Gálatas 5:24). Esto, porque las lujurias no son un acto exterior; son parte de la naturaleza interna del hombre. Necesitamos tener sumo cuidado en distinguir entre las obras de la sangre y de la cruz de Cristo, que son diferentes.

## La Enseñanza de la Biblia acerca de la Sangre

### 1. El Antiguo Testamento

Indaguemos en las Escrituras para encontrar lo que dicen acerca de la sangre. En primer lugar, leamos Levítico 17:11, que dice: «*Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona*». En el Antiguo Testamento la sangre es mencionada más de trescientas veces, sin embargo, en ninguna parte está mencionada la función de la sangre, excepto en este verso de Levítico 17:11. He aquí el único lugar donde dice que la función de la sangre es la expiación.

### 2. Los Cuatro Evangelios

Seguidamente, veremos cómo los Evangelios nos hablan de la sangre. En Mateo 26:28, antes de ser traicionado, nuestro Señor Jesucristo dijo a los discípulos: «*Porque esto es mi sangre del*

*nuevo pacto, que por muchos es derramada, para remisión de los pecados*». Esto también habla acerca del uso de la sangre. La sangre es para la remisión de los pecados. Allí, la noche antes de su muerte, el Señor Jesucristo explicó que la función de la sangre es la remisión de los pecados. Cuán diferente es esto de lo que sugieren los modernistas: que la sangre es simplemente una expresión de sacrificio. No, la sangre de Cristo es para remisión de pecados.

### 3. El Apóstol Pablo

Veremos, además, cómo los creyentes consideraban la sangre durante la era apostólica. Observemos primero, que el apóstol Pablo dijo que la redención es en Cristo Jesús, *«a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados»*. (Romanos 3:25). La palabra *«propiciación»* es *«propiciatorio»* en el griego original. La tapa del arca es llamada el propiciatorio. Dentro del arca estaba la ley que podía acusarnos. La ley también condenaba nuestros pecados. Pero había una tapa encima del arca, que indicaba que todos los pecados estaban cubiertos por el propiciatorio y así Dios no los veía. El apóstol Pablo nos ha mostrado así que el propiciatorio es Cristo y que está establecido en la sangre.

Cierta vez un Adventista del Séptimo Día exhibió un gran letrero con los Diez Mandamientos, excepto que con una tijera había cortado el cuarto mandamiento. Lo hizo para advertir a la gente que si no guardaban el Sábado como día de reposo, violaban el cuarto mandamiento. En realidad, aún si uno guardase hoy el Sábado como día de reposo, violaría los Diez Mandamientos en su totalidad si fracasase en guardar cualquiera de los mandamientos restantes.

Damos gracias a Dios, porque el Señor Jesucristo es hoy nuestro propiciatorio. Él está sentado sobre la ley, de modo que la ley ya no puede acusarnos más. Si tú tuvieses la habilidad de quitar al Señor Jesucristo, entonces la ley nuevamente nos acusaría (véase Romanos 8:33-34).

En Efesios 1:7 y 2:13 y también en Hebreos 9:12-14, 23, se nos dice que la sangre de Cristo es para nuestra redención. La sangre es para lavarnos perfectamente de nuestros pecados. La sangre no es para limpiar el corazón. El corazón humano es tan malvado, que no puede ser lavado por la sangre. *«Engañoso es el corazón más que todas las cosas»* (Jeremías 17:9a). *«Porque de dentro, del corazón de los hombres... todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre»* (Marcos 7:21-23). De modo que la sangre no puede transformar un corazón malvado en un corazón bueno. La sangre es sólo para limpiar los pecados. En ningún lugar de la Biblia se nos dice que la sangre del Señor Jesucristo limpia nuestro corazón. Pero, algunos tal vez respondan diciendo: «¿Acaso no leemos en Hebreos 10:22: *«Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia?»*». Pero este versículo habla de la conciencia. Porque la conciencia está relacionada con el pecado. Cuando uno peca, su conciencia se torna inquieta. Tan pronto alguien peca, no se anima a acercarse a Dios, porque ahora hay una separación entre el que ha pecado y Dios. No se atreve a mirar a Dios. Le tiene miedo. Pero la sangre del Señor Jesucristo ya ha sido derramada. Dios no puede ser injusto, rehusando lavar mis pecados. Estamos endeudados debido a nuestros pecados, pero la sangre de Cristo paga totalmente nuestra deuda. El Señor Jesucristo ya ha derramado su sangre; por lo tanto, Dios no puede rehusarse a reconocer que nuestra deuda ya ha sido pagada. Jamás volverá a reclamarnos su pago. Una deuda sólo puede ser pagada una vez. No puede ser pagada dos veces. Tenemos esta fe y por lo tanto nuestra conciencia está en descanso.

Alguien me preguntó: «¿Somos salvos por la justicia de Dios o por la gracia de Dios?». Le respondí: «Somos salvos por la justicia de Dios. Desde que el Hijo de Dios nació, hasta su muerte en la cruz, es un asunto de gracia. Pero, una vez que el Hijo de Dios fue levantado en la cruz, todo llegó a ser asunto de la justicia de Dios. El Señor Jesucristo ha muerto en la cruz; por eso, Dios no puede rehusar perdonarnos. Si Dios hubiese evitado que su Hijo viniese a morir por nosotros, no hubiera meramente ejercido su gracia. Pero Dios hizo que su Hijo muriese por nosotros;



de modo que Dios está obligado a perdonarnos; pues si no lo hiciera, no sería justo ni recto. La falta de justicia es pecado, y en Dios no hay pecado; por lo tanto, Dios no puede ser injusto. Ya que el Señor Jesucristo ha derramado su sangre, Dios no puede menos que perdonar a todos los que creen en el Señor Jesucristo.

#### 4. El Apóstol Pedro

En 1 Pedro 1:18-19 el apóstol Pedro declara: *«Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación»*. Ni una sola vez nos dice la Biblia que los pecados son resueltos por medio de la cruz, porque la cruz resuelve lo que atañe al viejo hombre. De acuerdo a las Escrituras, el asunto de los pecados es resuelto por la preciosa sangre de Cristo.

#### 5. El Apóstol Juan

En 1 Juan 1:7-9 el apóstol Juan escribe: *«Pero si andamos en luz, como el está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad»*. La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todos los pecados. Nuestro corazón es tan malvado, que ni aun Dios puede lavarlo para que quede limpio. Sin embargo, Dios tiene una manera de limpiarnos de nuestros pecados.

Cuando yo estaba predicando en Shantou, temprano a las seis de la madrugada vino a verme llorando una hermana de mediana edad. Insistió en verme. Era una viuda adinerada, pero había vivido una vida disoluta. Me dijo lo siguiente: *«He cometido muchos pecados. Mi conciencia me molesta. Me pregunto si acaso Dios podría perdonarme»*. Le cité 1ª Juan 1:7-9. Le dije que todos los pecados pueden ser perdonados: pecados que ella considerase perdonables o imperdonables, pecados suaves o rudos, pecados morales o inmorales. Cualquier clase de pecado que ella

podiera mencionar, ya están incluidos en «*nos limpia de todo pecado*», tal como leemos en 1ª Juan. Incluso están incluidos los pecados que ella no era capaz de identificar; éstos también estaban incluidos.

Sin embargo, ella continuó diciéndome: «Estoy demasiado podrida. Creo que Dios no me puede perdonar». De modo que le respondí severamente: «¿Comprende usted que ahora está dudando de la Palabra de Dios? ¿Usted duda de la fidelidad de Dios; duda de aquel que la ama? Dios no puede mentir, pero usted está sospechando que Dios miente. ¿Ve usted cuán serio es este pecado que acaba de cometer ahora? ¡Todos los pecados que usted anteriormente ha cometido ni se pueden comparar con este pecado que usted acaba de cometer ahora!». Inmediatamente irrumpió en risa declarando: «¡Entonces Dios debe habernos realmente perdonado!». Viéndola regocijarse así, por primera vez en mi vida comprendí el dicho: «La risa irrumpe a través de las lagrimas».

La próxima mañana vino nuevamente a verme. Me dijo: «Mis pecados han sido perdonados, pero tienen muchas cicatrices feas. ¿Qué puedo hacer?». A lo que respondí: «Debe usted leer la última parte de 1ª Juan 1:9 que dice, «*y limpiarnos de toda maldad*». La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, es perfectamente idónea y puede lavar sus pecados tan perfectamente, que parecerá como si usted nunca hubiera pecado. Ya que Dios rehúsa recordar sus pecados, ¿por qué habría de recordarlos usted? ¡Debería olvidarse de sus pecados, olvidarse también de los pecados de sus hermanos en la fe, y olvidarse de los pecados de todos los demás; pues de otro modo, su memoria es mayor que la memoria de Dios!».

Hacia el final de Apocalipsis 1:5, Juan escribió lo siguiente: «*Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*». Dios usa la sangre de Cristo para limpiarnos de nuestros pecados, para que seamos libertados de todos nuestros pecados. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento podemos ver que la sangre está allí para lavarnos de nuestros pecados, y eso es la expiación. La preciosa sangre de Cristo ha sido derramada por nosotros. Dios es justo y recto. Él tiene que perdonar a todos los que

vienen a él con la sangre de su Hijo. Todo aquel que no cree estas palabras en las Sagradas Escrituras hace a Dios mentiroso. (Véase 1ª Juan 5:9-10). Aquel que hace a Dios mentiroso comete el pecado número uno. No debemos dudar de la palabra de Dios. Si Dios ha dicho que nuestros pecados han sido perdonados y nuestra conciencia ha quedado limpia, entonces acerquémonos a él de verdad, con corazones sinceros y llenos de fe. <sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Nota: Mensaje predicado en Fuzhou, el 15 de Diciembre de 1936.



## 5

### LA CRUZ DE CRISTO

Después de haber caído en pecado, Adán incurre en el doble problema del pecado y de ser pecador. En la salvación que Dios provee, los pecados del ser humano son resueltos por medio de la sangre del Señor Jesucristo. Pero, en cuanto al pecador, éste ha pecado tan grandemente que Dios tuvo que idear la manera de librarse del viejo hombre. No se trata de que la vieja naturaleza sea difícil de cambiar, es más que eso, pues en realidad la vieja naturaleza es imposible de cambiar. Está totalmente corrupta por fuera y por dentro. Ni Dios mismo puede cambiar la vieja naturaleza humana. Así como un leopardo es incapaz de quitarse las manchas de la piel, tampoco el viejo hombre puede cambiar (ver Jer. 13:23).

En cuanto a lo que concierne a la salvación que Dios provee a los seres humanos, los pecados deben ser quitados en primer lugar. En segundo lugar, es necesario que sea resuelto el problema de la vieja naturaleza del hombre. En tercer lugar, un nuevo hombre debe ser dado; es decir, Cristo, el Hijo de Dios, debe vivir dentro del ser humano. Cuando el Hijo de Dios vive en el hombre, el pecado es vencido fácilmente, porque es como si Cristo mismo viniese personalmente a vivir dentro del ese hombre o mujer.

## El Viejo Hombre no Tiene Cura

«*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*» (Jeremías 17:9). Hace doce años, yo estaba predicando en Xiamen. Un día mi garganta estaba seca, de modo que mi amigo y yo fuimos a comprar peras. Cada uno de nosotros compró dos peras. Descubrimos que todas las peras tenían gusanos dentro. Puse a mi amigo a prueba preguntándole: «¿Sabes si estos gusanos entraron en las peras desde fuera o si salieron hacia afuera desde dentro?». Me respondió: «Estos gusanos deben haber venido de fuera». Pero le respondí: «No, estos gusanos vinieron de dentro de las peras. Porque cuando el peral floreció, los insectos pusieron sus huevos dentro de las flores. De modo que cuando las peras maduraron, esos huevos ya estaban en el centro de las peras y de allí nacieron los gusanos». Así es, también, como el pecado del hombre sale de su corazón, tal como dice Dios. La cantidad de pecados graves que nuestro Señor Jesucristo mencionó en los Evangelios procede del corazón. (Ver Marcos 7:21-23). La relación entre el pecado y el pecador es como la relación entre la tuberculina y la tuberculosis. La sangre de Cristo, que lava nuestros pecados, es parecida a limpiar las mucosidades infectadas, mientras que tratar drásticamente con el viejo hombre puede compararse con tratar con los pulmones infectados que las producen. Para curar la tuberculosis, el pulmón afectado necesita ser quitado. De modo que, para curar a un hombre tan corrompido, es necesario que el viejo hombre sea quitado.

## La Salvación que Dios Provee

«*Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado*» (Romanos 6:7). Tal como entramos en el mundo por medio de nuestro nacimiento, del mismo modo podemos ser librados del pecado por medio de la muerte. Hemos nacido en Adán, por lo tanto podemos salir de Adán a través de la muerte. La cruz significa ser librados. Dios usa la cruz para librarnos de nuestro viejo hom-

bre. Morir con Cristo es la única forma que Dios usa para despojarnos de nuestro viejo hombre. Solamente la cruz tiene el poder de librarnos del viejo hombre.

Veamos ahora varios versos en la Biblia que nos hablan especialmente de la relación entre la cruz y nosotros. «*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos mas al pecado*» (Romanos 6:6). Esto ya ha sido hecho de una sola vez para siempre. La palabra «*destruido*» en la versión Reina-Valera es demasiado drástica. Porque en el griego original esta palabra significa «*apartar a un lado*» o «*cortar*». Significa «*terminar el empleo*». De modo que la traducción más exacta sería «*desemplear*», porque debido a que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, el cuerpo del pecado puede quedar desempleado.

Las relaciones entre el pecado, el viejo hombre y el cuerpo son tales, que el pecado es como el patrón, el viejo hombre es como el capataz, y el cuerpo del pecado es como el esclavo. El pecado yace dentro, el cuerpo se ve por fuera, y el viejo hombre se encuentra entre estos dos. El pecado tienta, sugiere y seduce; el viejo hombre, que está en medio de ambos, concuerda inmediatamente; y el cuerpo exterior se apresura a llevarlo a cabo. De esta manera, estos tres cooperan juntos. En el acto de ser libertados del pecado, se emplean modos diferentes en procura de lograr resultados positivos. El modo del mundo es guardar el cuerpo cuidadosamente para que no cometa pecados. Pero, este modo sólo trata con el cuerpo exterior. También existe gente que aboga por la erradicación del pecado en las «*iglesias de santidad*». Presumen que les es posible desarraigar al pecado de raíz. De manera que el hombre nunca más puede volver a pecar. Pero las Sagradas Escrituras nos dicen claramente que la manera en que Dios lo hace es tratando con el viejo hombre intermedio, por medio de ejecutar su sentencia de muerte. De manera que, cuando el pecado venga a tentar, sugerir y seducir, le falte el poder directo que cause que el cuerpo peque. Este, por lo tanto, es el modo que Dios tiene para tratar con el pecado, solucionando así el problema del pecado.

Cada vez que el pecado nos tienta desde dentro, necesita el

consentimiento del viejo hombre para inducir al cuerpo de pecado a cometer un acto pecaminoso. Dios nos ha salvado matando al viejo hombre, causando así que el cuerpo de pecado quede desempleado. Además, Dios planta su propia vida (simbolizada por el árbol de la vida) dentro de nosotros, para reemplazar así la vida del viejo hombre, lo cual nos capacita para hacer la voluntad de Dios. De esta manera, cuando el pecado nuevamente procure tentarnos, no seremos seducidos, porque ahora la vida de Cristo mora dentro de nosotros y la vida de Cristo no puede pecar. La tentación siempre está presente, pero el pecado ya no tiene poder si es privado de la asistencia del cerebro, ojos, boca y manos. El desempleo del pecado ocurre a través de la crucifixión del viejo hombre. Como el viejo hombre ha sido crucificado, el pecado ya no puede hacer que el cuerpo peque por medio de la asistencia del viejo hombre. De modo que, lo que Dios hizo, fue crucificar al viejo hombre para que ya no estemos más esclavizados al pecado. Para reiterar esto: La sangre nos hace ser salvos ante Dios, dándonos una limpia conciencia y la vida eterna. Esta es el aspecto objetivo de la salvación que Dios nos da. La cruz hace que seamos salvos ante los hombres, porque trata con nuestro corazón en relación a nuestro vivir práctico en la tierra. Y este es el aspecto subjetivo de la salvación que Dios nos da.

«*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20a). La cruz trata con mi yo, mi «ego». «*Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*» (Gálatas 5:24). Este verso no dice que el pecado ha sido crucificado porque Dios usa la cruz para tratar con el hombre y con todo lo que pertenece al hombre. La manera infructuosa por medio de la cual el hombre procura lograr esa meta, es cultivar y controlar su desenfrenado yo. Dios, empero, simplemente mata al viejo hombre con Cristo en la cruz.

Cierta vez visité a una familia y vi a un niño calzado con zapatos rotos. El niño quería que sus zapatos fueran reparados. Pero la madre dijo: «Esos zapatos están tan dañados, que están más allá de poder ser reparados. Ve a comprar un nuevo par de zapatos». Esta, pues, es la manera en la cual Dios trata con el viejo hombre.



Un evangelio completo es, por lo tanto y en primer lugar, que el Señor Jesucristo ya ha lavado y quitado nuestros pecados. «*Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana*» (Isaías 1:18). Todos nuestros pecados han sido lavados por la preciosa sangre del Señor Jesucristo. En segundo lugar, no tenemos ninguna manera de salvar al viejo hombre, pero Dios ya lo ha crucificado. De este modo, hemos salido del problema por medio de la cruz. «*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*». (Gálatas 6:14). Según puedo recordar, estos cuatro versículos –Romanos 6:6; Gálatas 2:20, 5:24 y 6:14– son los únicos que hablan de la relación entre la cruz y nosotros mismos.

## En Cristo

Tal vez algunos pregunten, ya que Cristo fue crucificado dos mil años atrás, ¿cómo puedo hoy ser crucificado juntamente con él? En primer lugar y ante todo, deberíamos comprender una cosa, y esta es que Dios nunca nos pide que veamos nuestra crucifixión en nosotros mismos. En los 260 capítulos del Nuevo Testamento, en ninguna parte se menciona que deberíamos ver nuestra co-crucifixión con Cristo en nuestro viejo hombre. Aún la sangre que limpia nuestros pecados no tiene nada que ver con nosotros, porque nosotros no hemos hecho nada. El Señor Jesucristo ha derramado su sangre para limpiarnos. Alguien dijo: «Lleva tus pecados a la sangre, lávalos y quedarás limpio». Gracias a Dios que hoy no somos nosotros los que lavamos nuestros pecados; más bien, es Dios quien ha lavado nuestros pecados dos mil años atrás.

Cierta vez, en una reunión, alguien sugirió que cantásemos un himno titulado: «Puse mis pecados sobre Jesús». Había misioneros de varios países prontos para cantar este himno, pero dije que no cantaría, porque no me era posible poner mis pecados sobre Jesús. Más tarde, un misionero anciano mencionó que

de acuerdo a Isaías 53, fue Dios quien cargó en Él (en Cristo), el pecado de todos nosotros (v. 6b); no fuimos nosotros los que pusimos nuestros pecados sobre él. De modo que durante la reunión de esa noche, no fue cantado ese himno. Espero que nunca se cante ese himno. Deberíamos ver que nuestros pecados ya fueron lavados por la preciosa sangre del Señor Jesucristo y que nosotros nada hemos hecho en el lavamiento.

Para ilustrar esto mejor, supongamos que hoy un amigo ore: «Oh Señor, por favor, derrama tu preciosa sangre por nosotros; por favor, lava mis pecados». Dios no puede conceder tal petición. Este tipo de oración no te salva. Porque no te es posible orar esto con fe; no puedes pedir que se haga lo que ya ha sido hecho. Del mismo modo, si tú oras, «Oh Dios, por favor, crucifícenos», Dios definitivamente no concederá tu petición. Tú deberías saber que Dios no te ha crucificado a ti en tu propio yo; sino que, más bien, él te ha crucificado con Cristo y en Cristo. Hoy vivimos por Cristo. Somos salvos en Cristo, recibimos perdón en Cristo, y también estamos crucificados en Cristo.

Adán es el primer hombre y Cristo es el segundo hombre (ver 1ª Corintios 15:47). Hay solamente un hombre en el cielo y también un solo hombre en el infierno. En el cielo está solamente Cristo, mientras que en el infierno está solamente Adán. Todos los que están en Cristo están en el cielo, todos los que están en Adán están en el infierno. En todo el mundo hay solamente dos hombres. Adán es el primer hombre, Cristo es el segundo hombre, y Cristo también es el último Adán. Antes estábamos en Adán, pero ahora hemos sido puestos en Cristo. Cuando hablé en Kaifeng, había un hombre que no podía comprender el significado de estar en Cristo. De modo que use una parábola para responderle: «Nosotros los chinos creemos que somos descendientes de Huang-ti. Si durante la batalla entre Huang-ti y Si-iu, no hubiese sido Huang-ti quien mató a Si-iu, sino que hubiera sido Si-iu quien mató a Huang-ti con sus flechas, entonces yo le pregunto: ¿Dónde estaría usted ahora?». «Pues yo no estaría aquí», me respondió. «Es cierto, hoy usted está muerto en Adán y ha sido puesto en Cristo por Dios».

Cuando yo estaba en Chuanzhou, varios hermanos me pre-

guntaron: «¿Cómo es posible que hayamos sido crucificados en Cristo? Cristo es Cristo y nosotros somos nosotros. Es necesario, pues, que haya dos cruces». De modo que les dije: «Supongamos que una mujer que está en los días finales de su embarazo, se sube a un bus. Le fue necesario comprar un solo boleto; porque aunque había un niño en su vientre, el niño aún estaba dentro de la mujer. Por eso, cuando la mujer compró el boleto, era igual que si el niño también estuviese comprando ese mismo único boleto. Del mismo modo, porque estamos en Cristo, lo que haya sido hecho en él, ha sido hecho también en nosotros. No es necesario que seamos crucificados nuevamente».

Alguien, tal vez, pregunte: «De acuerdo a nuestra experiencia, ¿por qué es que a veces sentimos que estamos en Cristo y otras veces sentimos que no estamos en Cristo?». Pues, yo usaría nuevamente una parábola para ilustrar esto: «Cierta vez había un niño que tenía unos diez años de edad. Su madre había visitado la ciudad de Xiamen unos diez años atrás en cierta oportunidad. Yo le pregunte al niño: ‘¿Has estado en Xiamen?’ Me respondió: ‘No’. Volví a decirle: ‘¿De veras que no has estado en Xiamen?’. Entonces el niño cambió su respuesta y me dijo: ‘Si, estuve en Xiamen cuando estaba en el vientre de mi madre. Yo nunca vi Xiamen, nunca estuve en Xiamen personalmente, pero cuando estaba en el vientre de mi madre, visité Xiamen en ella’. ¿Ustedes entienden esto ahora?».

## En Cristo, Considérate Muerto al Pecado

«Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 6:11). Este verso no dice «en nosotros mismos», sino que sólo dice que «en Cristo» hemos de considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios. Si nos distraemos a mirar adentro de *nosotros mismos*, nuestro viejo hombre no ha muerto. De modo que digamos a nuestro Señor Jesucristo: «Oh Señor, te agradezco porque en ti yo estoy muerto».

«En él (Cristo) también fuisteis circuncidados con circuncisión no

*hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo»* (Colosenses 2:11). Este verso dice que es en Cristo que hemos recibido la circuncisión de Cristo. ¿Cómo hemos recibido la circuncisión de Cristo? De la misma manera en que nuestros pecados fueron perdonados por fe y no por vista o sentimientos, así también, por fe recibimos la circuncisión y se nos consideró muertos. Por eso, este asunto de la fe es explicado en Colosenses 2:12b, donde leemos: *«mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos»*. Nuestra co-muerte con Cristo nos llega por la fe. Por lo tanto, podemos venir al Señor Jesucristo y orar: «Oh Señor, tú dices que yo he muerto en ti, y yo creo firmemente que lo que tú dices es cierto».

## Por Fe

Por cinco años, desde el momento en el cual fui llamado a servir al Señor Jesucristo y hasta fines de 1927, había estado predicado la co-muerte con Cristo. Pero, realmente no sabía cómo morir con el Señor Jesucristo. Un día en Shanghai el Señor me iluminó, mostrándome que yo estoy en él, de modo que cuando él murió yo también morí. Vi que mi muerte fue tan real como la de él, porque cuando él murió yo estaba en él. Comencé entonces a ver que yo realmente había muerto con el Señor. Gozosamente bajé las escaleras, porque estaba arriba en ese momento. Grité con regocijo, «¡Oh, Señor Jesús, te agradezco y te alabo porque yo fui crucificado contigo!». Lo vi, lo creí, y lo recibí. Una salvación completa no podía lavar meramente nuestros pecados y permitir que nuestro viejo hombre permaneciese. Gracias a Dios porque la salvación completa incluye que mi viejo hombre ha sido crucificado, como también que todos mis pecados han sido perdonados.

¿Qué es fe? Hay solamente una clase de fe en la Biblia, y esta es creer que algo ya ha sido «hecho». He dicho mucho esta noche, pero nada de lo que dije te puede ayudar si tú no tienes esta fe viviente. *«Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis (gr.: ya recibisteis) y os vendrá»* (Marcos 11:24). Creer

es recibir. Creyendo que algo *acontecerá*, realmente *sucedirá*. Tener una mera esperanza de que va a suceder no es verdadera fe. En el reino espiritual, hay dos maneras de «recibir». Una de éstas es «*recibir por la fe*» y la otra es «*tener la experiencia de haber recibido*». Es necesario que recibamos primeramente por la fe antes de poder tener la experiencia de haber recibido.

La gente tiene tres maneras de procurar la sanidad:

1. Si se trata de de una pequeña enfermedad común, buscan la solución en sí mismos.
2. Si se trata de una enfermedad de mediana importancia, buscan a un médico.
3. Si se trata de una enfermedad grave, buscan un pastor.

En realidad, esta última clase de búsqueda –buscar un pastor– muy poco tiene que ver con la fe. Porque este tipo de búsqueda significa *tener meramente la esperanza* de que tal vez Dios sane, pero no se hace confiando en que Dios *ya ha sanado*. Tal clase de expectativa no va a obtener la sanidad buscada. Solamente la oración de fe producirá una positiva experiencia de sanidad divina.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Nota: Mensaje predicado en Fuzhou, el 16 de Diciembre de 1936.



## 6

# LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

*«Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios, en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6:11).*

*«Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos» (1ª Pedro 1:3).*

*«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere; lleva mucho fruto... Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir» (Juan 12:24, 33).*

*«Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál. 3:28).*

Hemos visto lo que significa estar en Cristo y cómo nosotros que creemos en él fuimos crucificados con Cristo. No necesitamos buscar medios por los cuales morir, porque ya hemos muerto en Cristo.

Tenemos un hermano que antes era militar. Nos dijo que, de acuerdo a los reglamentos del ejército, cualquier soldado que desertase por miedo sería fusilado. Cierta vez habló de este reglamento a unos pocos soldados bajo su mando. Les dijo que la ley militar, esto es los reglamentos del ejército, es más estricta que cualquier otra ley. Muchos soldados eran tan humillados y hasta maltratados por sus superiores, que ya no podían aguantar más. Pero, una vez que un soldado moría quedaba libre de su superior. El oficial podía afligirlo solamente hasta que moría, des-

pués ya no podía afligirlo más. Así también es en cuanto a Cristo. La naturaleza pecadora de Adán ejerce gran poder en nosotros. Abre la puerta a Satanás para que nos controle y azote. Pero una vez que hemos muerto en Cristo, hemos escapado de ser atormentados por él.

Todo lo que hemos dicho hasta este punto se refiere al lado negativo de resolver nuestros problemas. Ahora, sin embargo, consideremos lo que Dios ha hecho por nosotros en forma positiva.

Dios había puesto a Adán como cabeza de la humanidad. Pero, después que Adán pecó, todos los seres humanos han llegado a ser pecadores por nacimiento, porque todos están en Adán. ¿Cómo, pues, podría Dios libertarnos del pecado? La forma en que Dios nos salva es estableciendo un nuevo comienzo en Cristo. Cristo es hecho cabeza de la nueva humanidad, del mismo modo en que Adán fue cabeza de la vieja humanidad. Hoy Dios nos pone en Cristo para que seamos hechos su pueblo, tal como antes pertenecíamos a Adán. Porque ninguna persona es independiente: Está en Adán o está en Cristo. En el cielo hay solamente un hombre, del mismo modo como en el infierno hay sólo un hombre. La cuestión es, ¿dónde estás tú hoy? ¿Dónde vives? Recuerda que derivamos nuestra existencia de Adán, pero que hemos entrado en Cristo por medio de la muerte de Cristo. La resurrección de Cristo llega a ser el principio de una «nueva creación». Es muy extraño que en ninguna parte de la Biblia se nos dice que creamos en la muerte de Cristo. La Biblia solamente nos dice que creamos en su resurrección. Pablo dijo: *«Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe»* (1ª Corintios 15:14). Porque la muerte de Cristo es negativa; pues concluye el pasado; pero su resurrección es positiva, porque nos da nueva vida para que podamos servir a Dios. En el momento en que Cristo fue resucitado, todos los que estaban muertos en él fueron también resucitados para andar en novedad de vida y ser tornados en nuevas criaturas ante Dios.



## Nuevo Nacimiento por Medio de la Resurrección de Cristo

1ª Pedro 1:3 menciona algo maravilloso, y es que Dios «*nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos*». Hoy en la Cristiandad la gente a menudo habla acerca del nuevo nacimiento. Sin embargo, pocos saben realmente cómo nacemos de nuevo. Algunos dicen que nacemos de nuevo por medio de la cruz. Mas, Pedro nos ha dicho que es por la resurrección de Jesucristo que nacemos de nuevo. En otras palabras, si Cristo no hubiera resucitado de los muertos, no podríamos nacer de arriba, porque «*aun estando nosotros muertos en pecados, (Dios) nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó*» (Efesios 2:5-6a). El nuevo nacimiento nos es dado para que podamos obtener la vida de Cristo, y esta vida nos fue dada cuando Cristo resucitó. Cristo tuvo que morir primero y luego fue resucitado. Sin morir primero, no podía ser resucitado, ni tampoco darnos vida. Gracias a Dios, Cristo murió y fue resucitado, y por eso él ahora puede darnos nueva vida.

Permítame explicar algo relativo a la muerte y resurrección del Señor Jesucristo, para darnos alguna idea de la vida victoriosa que hemos recibido en Cristo. Cuando el Señor Jesucristo estuvo en la tierra, usó la parábola del grano de trigo. Leamos en Juan 12:24. El Señor dijo: «*De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*». En el mismo capítulo, en el versículo 33, leemos que él aclaró que la muerte del grano de trigo se refería a su propia muerte. Un grano de trigo difiere de un grano de arena. Hay vida en el grano de trigo, pero no hay vida en un grano de arena. Sin embargo, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, continuará siendo apenas un grano de trigo después de miles de años. Por eso, un día el Señor Jesucristo –ese grano de trigo– cayó en Belén y murió en el Calvario. Entonces, en su resurrección nacimos de nuevo, recibiendo su misma vida. Si Cristo no hubiera dejado el cielo y venido a la tierra, hubiera sido él solo. Porque la Biblia nos dice que Cristo es «*el unigénito Hijo*» (1Juan 1:18). El unigénito Hijo significa el único Hijo. Dios Padre ama a su

unigénito Hijo, pero disfruta también del placer adicional de tener *muchos* hijos (Hebreos 2:10). Dios quería que su unigénito Hijo llegue a ser el Hijo primogénito, para que así él pudiera tener además muchos otros hijos.

En el Evangelio de Juan, Cristo es presentado como el unigénito Hijo de Dios, pero en Romanos 8:29 y en Hebreos 2, Cristo es presentado como quien ha llegado a ser el Hijo primogénito de Dios. Desde un punto de vista meramente humano, no es posible que el mismo hombre sea simultáneamente hijo unigénito y primogénito. Porque el significado de primogénito implica que después de ese hijo hay otro hijo o más hijos. Y si un hijo es unigénito, significa que no va a haber otro hijo. ¿Cómo es posible, entonces, que Cristo, que es el unigénito Hijo de Dios, también llegue a ser el primogénito Hijo de Dios? Si el unigénito Hijo de Dios permanece para siempre en el cielo, entonces para siempre habrá un unigénito Hijo de Dios. Para que él llegue a ser el primogénito Hijo de Dios, es necesario que «caiga» a tierra e incluso dentro de la tierra. Y así, un día Cristo «cayó» del cielo a Belén y luego murió. Hay dos aspectos de la muerte de Cristo: el primer aspecto tiene que ver con su muerte expiatoria al cargar con nuestros pecados; el segundo, no se relaciona con su muerte expiatoria, sino con su muerte como medio de lograr que su vida sea liberada para ser vivida dentro de nosotros.

## La Vida de Dios es Liberada a Través de la Muerte

Leamos Lucas 12:49, que es el versículo más profundo del Evangelio de Lucas. Allí consta que el Señor Jesucristo declara: «Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido?». Él no dijo, «Vine para expiar pecados»; sino que dijo más bien, «Fuego vine a echar». El hecho de que este fuego fuese echado *sobre* la tierra demuestra que el fuego no procedería de la tierra, sino que vendría del cielo y específicamente de Dios. El fuego señala la vida en el Espíritu Santo. Echar fuego sobre la tierra es liberar la vida de Dios sobre la tierra. Y nuestro Señor Jesucristo continuó diciendo, como vemos en Lucas 12:50, la

siguiente palabra adicional: «*De un bautismo tengo que ser bautizado; y, ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!*». La palabra *angustio* significa *confinado* o *atado* en el original griego. Lo que el Señor Jesucristo quiso decir es que él había venido para liberar la vida de Dios, sin embargo, él aún estaba encarnado. Se sentía restringido o atado, porque no había manera de soltar la vida de Dios. Mientras él continuara estando encarnado, la vida de Dios no podía ser liberada. Esto era así porque la vida de Dios estaba circunscrita a la carne. Debido a eso, se sentía fuertemente atado y confinado.

El Señor Jesucristo mencionó que tenía un bautismo con el cual debía ser bautizado. ¿Mas, no había sido bautizado ya de acuerdo a los datos registrados en Lucas 3:21? ¿Por qué dijo, entonces, que aún había un bautismo con el cual debía ser bautizado? Notemos que lo que aquí está mencionado, en Lucas 12, es que nuestro Señor Jesucristo no dijo que aún necesitaba ser bautizado. Lo que dijo es: «*De un bautismo tengo que ser bautizado*». De modo que está claro que el bautismo mencionado aquí, señala su muerte en la cruz (ver Marcos 10:38). Para Cristo, la muerte fue una gran liberación. Si él no hubiera muerto, la vida de Dios en él hubiera estado aprisionada y circunscrita para siempre. Una vez que murió, sin embargo, la vida de Dios fue liberada, llegando así a estar disponible para la humanidad, para ti y para mí. Este era su deseo.

La Biblia sólo habla de estar «*en Cristo*», pero no habla de estar «*en Jesús*». Porque no podemos estar en Jesús. Jesús es un hombre, el unigénito Hijo de Dios. No podemos tener parte ni suerte en él. Nadie puede estar en Jesús. Sin embargo, un día este hombre en la carne, su persona individual, fue crucificado. Aunque su carne sufrió la pena de muerte, su vida fue así liberada. Cuando este hombre fue resucitado de los muertos llegó a ser Jesucristo, en el cual podemos morar. En Cristo no solamente recibimos su vida, sino que también hemos muerto y resucitado juntamente con él. Esto, pues, es lo que la resurrección que Cristo ha logrado por nosotros.

Ahora, retornemos a Juan 12:24. Sabemos que lo que allí se dice del grano de trigo nos habla de Cristo. Ese grano de trigo

murió. Su envoltura murió, pero la vida que tenía dentro fue liberada. Después de cierto periodo de tiempo, ese único grano de trigo llegó a ser muchos granos. Todos esos muchos granos vinieron de aquel primer grano de trigo. Lo que originalmente era sólo un grano único, hoy ha llegado a ser muchos granos. ¿Cómo sucedió esto? Fue por medio de ese único grano que cayó a tierra. Sólo Cristo murió en el mundo por nosotros. Llenaron su cuerpo de múltiples heridas y así, su vida fue desatada y liberada. En su resurrección, él vino a ti y a mí, y así llegamos a ser los muchos granos. Nuestra nueva vida vino de Cristo, el primer grano de trigo. Nuestra nueva vida fue distribuida a todos nosotros por Cristo. Debido a eso, ahora sabemos lo que significa el hecho de que Cristo es la cabeza y nosotros los miembros de su Cuerpo. Hoy esa nueva vida está en nosotros, muy dentro de nosotros, y viene de Cristo. Ese es el proceso por medio del cual Dios nos engendra en Cristo.

Originalmente, el Señor Jesucristo era el unigénito Hijo de Dios, pero después de su muerte y resurrección, fueron producidos muchos granos. Así él llegó a ser el primogénito Hijo de Dios; y nosotros, los muchos granos, llegamos a ser los muchos hijos de Dios.

En el día de su resurrección, el Señor Jesucristo dijo a María Magdalena: «*Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*» (Juan 20:17b). Tres días antes, él no hubiera podido decir eso; pero pudo declarar estas palabras en el día de la resurrección. Porque, antes de su muerte, él no tenía todavía tal relación con nosotros; pero, después que fue resucitado de entre los muertos, él nos dio su vida. Nosotros poseemos ahora su misma vida y así hemos llegado a ser hijos de Dios. Antes de que nació de nuevo, teníamos innumerables diferencias en Adán. Pero ahora en Cristo, nosotros que creemos llegamos a ser todos iguales, porque tenemos la misma vida y la misma naturaleza, las cuales hemos recibido de él.

## El Nuevo Hombre en Cristo

El bautismo parece simple, pero involucra mucho. Porque todo es sepultado en el bautismo. «*Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*» (Gálatas 3:27-28). Durante muchos años, varias naciones han procurado destruir el sistema de clases y castas, pero todo ha fracasado. Tal vez logren romper la relación entre hijos y padres, pero otras relaciones siguen perdurando. Sin embargo, en Cristo toda clase de distinción –incluyendo distinciones nacionales, distinciones entre hombre y mujer, nivel social, etc.– es eliminada. En Cristo llegamos a ser uno. Les ruego recuerden que esta unidad está íntimamente relacionada al bautismo mencionado en el verso 27. ¿Cuándo entras en el agua bautismal para ser sepultado? Es cuando confiesas que tu viejo hombre ya ha muerto. Una vez que llegas a ver que tu viejo hombre, y todo lo que pertenecía a ese viejo hombre, ya fue crucificado con Cristo, pides ser bautizado por inmersión. De modo que, al entrar en el agua bautismal eres aún uno con Adán; pero cuando sales del agua eres ya nuevo en Cristo. Al salir del agua en la cual fuimos sepultados, todas las distinciones y diferencias que había en Adán quedaron bajo el agua y fueron sepultadas. Ahora tenemos a Cristo como nuestra vida. Hemos llegado a ser cristianos y, por lo tanto, podemos ser uno.

## Ya no Hay Judío ni Gentil

¿Porque se refería Pablo en Gálatas 3:28a al judío y al griego (gentil)? Hablando de manera general, los judíos de antaño eran una nación orgullosa. Se sentían tan superiores a todas las demás naciones (llamadas gentiles), que consideraban a los gentiles como si fueran perros, y peor aún, como cerdos. Si tú como gentil hubieses tratado de dar limosna a un mendigo judío, éste hubiera rechazado tu dádiva. Porque en todo el mundo los judíos se consideran el único pueblo elegido por Dios. Sus conceptos raciales

son sumamente estrictos. Era imposible unir a los judíos y gentiles para que fuesen uno. Sin embargo, después que creyeron, aceptaron a Cristo y fueron bautizados, el judío en ellos no podía ser resucitado de los muertos, porque solamente la parte que está en Cristo resucita. El bautismo pone a prueba si realmente estás en Cristo. ¿Estás aún bajo distinciones nacionales, o bajo la distinción de ser un esclavo o un hombre libre? Durante el tiempo del Imperio Romano, los esclavos no tenían libertad alguna. La distinción entre un esclavo y su amo era sumamente grande. Sin embargo, todos los que son bautizados dentro de Cristo llegan a ser uno en Cristo. Ya no existe distinción alguna, ni nacional, ni racial, ni de hombre o mujer, ni de clase o nivel social.

## Ya no Hay Esclavo ni Libre

En Shanghai, tengo un hermano en Cristo que cocina para mí. En casa, lo llamo por su nombre; en la reunión de la iglesia lo llamo *hermano*. Cierta vez, en un evento de la iglesia lo llamé para que se sentase frente a mí. Me dijo, «Señor Nee...». Pero yo le respondí: «En Cristo no hay siervo ni patrón. No deberías llamarme *Señor Nee*, deberías llamarme *hermano*». Allí en Shanghai también había una hermana cuyo esposo aún no era salvo. Durante un invierno, tres años atrás, ambos oraron juntos. La esposa oró primero, luego el esposo oró también. Entonces los dos llegaron a ser marido y mujer en el Señor. El día en el cual el esposo iba a ser bautizado, les hablé diciendo que, desde el día en el cual se casaron hasta ahora, la relación entre ellos era de esposo y esposa. Pero después del bautismo de esa noche, su relación en Adán fue sepultada. De ahí en adelante estaban unidos, eran uno en Cristo.

Cierta vez en Canadá, conocí a un hermano. Le pregunté si su padre era salvo. Me respondió que su padre era también un hermano y que ahora eran uno en Cristo. También en cierta ocasión, durante un evento de la iglesia, presenté públicamente a mi tío, llamándole hermano. En las familias existe siempre la distinción según la carne; pero en Cristo y en la iglesia ya no existe tal rela-

ción en la carne. Porque todos somos uno en Cristo. A menudo he dicho que en el hogar llamamos hijos a nuestros hijos; sin embargo, en la iglesia, son llamados hermano y hermana.

En Kaifeng, en la Provincia de Henan, muchos oficiales del gobierno creen en el Señor Jesucristo. Cuando fui invitado a predicar allí, un hermano me presentó a los cristianos que allí había. Al presentarlos, identificó a uno como, Fulano de Tal, jefe de gobierno. Lo interrumpí diciéndole que ya habíamos salido de Adán y habíamos entrado en Cristo; de modo que hoy todos somos hermanos. Dos de ellos eran jefes de departamentos gubernamentales. Cuando vinieron a Shanghai, fueron hospedados por los hermanos. Durante la comida, un hermano se iba a referir a uno de los invitados como jefe Fulano de Tal, pero cuando me miró, cambió inmediatamente su plan diciendo: «Lo siento, porque debe ser, hermano Fulano de Tal». ¡Aleluya! Hoy todos hemos dejado a Adán por medio de la muerte y ahora estamos unidos a Cristo por medio de la resurrección. Ahora estamos en Cristo. Somos los muchos hijos de Dios y los hermanos amados.

## No Hay Varón ni Mujer

En Cristo no hay distinción entre hombre y mujer. La Biblia habla de hijos de Dios. ¿Hermanas, quiénes son ustedes ahora? Debido a la vida del Hijo de Dios en ustedes, ahora han llegado a ser hijas de Dios. Es cierto, son femeninas de acuerdo a la carne, pero ahora ustedes tienen dentro de sí mismas la vida del Hijo de Dios, cuya vida es la de un hijo de Dios; por lo tanto ustedes las hermanas son también hijos de Dios. Cierta vez un hermano dijo que podríamos llamar a los hermanos como ‘hermanos varones’ y a las hermanas, ‘hermanos mujeres’. Esta palabra resulta bastante correcta. Ciertamente, en 2<sup>a</sup> Corintios 6:18b se menciona: «...vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso». Pero allí, sin embargo, no se refiere a nuestra relación en Cristo. Por ello, no contradice a Gálatas 3:28. En Cristo, todos somos hijos de Dios. No hay distinción entre hombre y mujer. Este es el hecho glorioso.

## La Correcta Actitud de los Cristianos

### 1. *Consideraos Muertos al Pecado*

Siendo este el caso, ¿qué tipo de actitud deberíamos adoptar hoy? Romanos 6:11 nos da la mejor explicación: «*Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús*». Si la frase «*en Cristo Jesús*» faltara, no habría fe cristiana. Nuestro estar muertos y nuestro estar vivos aquí mencionados son realidades *en Cristo*. He leído Romanos 6:11 innumerables veces y hasta he predicado este texto muchas veces, pero a menudo he olvidado esta frase, «*en Cristo Jesús*». El hecho es que si no estamos en Cristo, no hay manera posible de que nos consideremos muertos al pecado, ni tampoco nos sería posible morir. Estamos muertos al pecado en Cristo, no en nosotros mismos.

Deberíamos decirle francamente al Señor Jesucristo: «Oh Señor, cuando me miro a mí mismo, encuentro que no estoy muerto, porque aún estoy vivo y listo para pecar. Aún hoy me gusta pecar. Pero te doy gracias, porque me dices que yo ya he muerto en Cristo. Ahora creo que ya he muerto en Cristo». Esto es fe. La muerte viene por medio de la fe. No por obras. No es que trato de morir cuando me viene la tentación de pecar. ¡No! Hemos muerto en Cristo, porque Dios nos ha crucificado en Cristo. En nosotros mismos estamos vivos, pero en Cristo estamos muertos. Esta muerte es en Cristo. No es algo de ayer, ni siquiera de hoy. Es algo que ya ha sido logrado, porque ya estamos muertos en Cristo. Este es un hecho ya logrado.

### 2. *Consideraos Vivos para Dios en Cristo Jesús*

Romanos 6:11 dice que, por una parte, nos consideremos muertos al pecado. Este es el lado negativo de lo que tenemos en Cristo. Pero, por otra parte, continúa diciendo que nos consideremos como vivos para Dios en Cristo Jesús. Ese es el lado positivo de lo que tenemos en Cristo. En Cristo hemos muerto y luego hemos resucitado. La resurrección nos trae los frutos del Espíritu Santo; es decir, el vivir expresando los diversos méritos de la vida de Dios. Tú no puedes producir esos méritos por ti mis-



mo. Debes vivir por medio de la vida de Dios; porque allí vencerás naturalmente cuando eres tentado a pecar y tendrás además el fruto del Espíritu Santo. No tienes necesidad de orar mucho. Será mejor que alabes más a Dios. Cuando la tentación venga a ti y Satanás te recuerde que aún estás viviendo en ti mismo, porque no has muerto, dile que ya no estás más en ti mismo, sino que ahora estás en Cristo y que en Cristo estás vivo para Dios.

## La Victoria Está en Cristo

La vida victoriosa no llega a ti por medio del «*consideraos*». La victoria te llega porque estamos en Cristo. La victoria solamente está en Cristo. Permítanme usar nuevamente la ilustración de la lámpara eléctrica. La lámpara se ilumina porque está en contacto con la electricidad. El origen de la electricidad es la compañía generadora. La lámpara eléctrica no puede dar luz por sí misma. Solamente se ilumina cuando está conectada con la compañía generadora de electricidad. Permítanme usar otro ejemplo. Consideren la manera en que un tranvía eléctrico de Shanghai y un automóvil se ponen en marcha. Ni el tranvía, ni el automóvil pueden andar por sí mismos. El tranvía anda mientras está en contacto con la electricidad, mientras que el automóvil anda por medio del poder de combustión de la gasolina. Por esta razón, el poder del automóvil es algo limitado, porque, cuando se le acaba la gasolina, el automóvil queda parado. Ahora bien, nuestra vida no es como la de un automóvil con una cantidad limitada de gasolina; más bien, está de acuerdo con el principio del tranvía. Mientras permanezcamos en Cristo, todas las riquezas de Cristo fluirán continuamente dentro de nosotros y, por eso, no nos será necesario preocuparnos acerca de pecar.

Todo lo que hoy importa es si tú estás en Cristo. Si en esta sala en la cual ahora estamos hubiera entre nosotros algunos amigos que no son salvos, permítanme decirles que desde el momento en que entren en Cristo y se relacionen con Cristo, todas las riquezas de Cristo fluirán dentro de ustedes. Tal es la gracia de Dios; que podemos recibir todo sin hacer nada. La muerte termi-

na con todo. Termina con la vida en Adán y sepulta todas las cosas anteriores. La resurrección es el comenzar de una nueva vida. La resurrección es positiva, porque nos trae una nueva vida en Cristo. Por lo tanto, no sólo hemos muerto en Cristo, sino que también hemos resucitado en él. Todo está en Cristo.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Nota: Mensaje predicado en Kulongyu, el 20 de Octubre de 1936.

## 7

## CÓMO ESTAR EN CRISTO

«Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús» (1ª Cor. 1:30a).

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Heb. 11:1).

«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en Su muerte?... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6:3, 11).

Aún estamos considerando este asunto de «en Cristo» en las Sagradas Escrituras. Lo opuesto de estar «en Cristo» es estar «en Adán». Las vidas y las naturalezas de estos dos reinos son totalmente diferentes. Necesitamos salir del reino de Adán y entrar en el reino de Cristo. Esto es la salvación. Ahora vivimos en Cristo. Hemos visto cómo Dios trabaja. Otras religiones hablan de las obras de los hombres, pero la salvación que Cristo provee no se basa en la propia obra de los seres humanos. Porque Dios obra en Cristo y todo lo ha logrado en Cristo. Por el poder del Espíritu Santo, los cristianos son conectados con Cristo, compartiendo así todo lo que es de Cristo. Aunque nosotros mismos somos malos, todo lo que es de Cristo ha fluido dentro de nosotros, porque estamos unidos a Cristo. No se requiere que hagamos obra alguna. No necesitamos lograr nada. Dios nos ha puesto en

Cristo. Dios ha hecho que Cristo sea todo para nosotros. Estas son las Buenas Nuevas. Al predicar, es necesario que demos suma atención a la verdad; pero después de que la verdad es dada a conocer, la forma en que la verdad es practicada también debe ser dada a conocer. Supongamos que tú me dices que Xiamen es un excelente lugar. Cuando terminas de hablar, necesitas decirme también qué ruta debo tomar para llegar a Xiamen. De modo que ahora vamos a ver cómo podemos estar en Cristo.

## Por Medio de Dios Estamos en Cristo

«Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús», leemos en 1ª Corintios 1:30a. Cuando nuestro Señor Jesucristo murió en la cruz, ya estábamos siendo puestos en Cristo. Esa es la obra de Dios. Como dije antes, tengo un metro y 88 centímetros de altura y peso 70 kilos. Soy un hombre común, pero tengo fuerza para poner algunos trozos de tiza en una botella y arrojar al mar la botella que contiene la tiza. ¡Cuánto más poderoso es Dios, el Creador, pues puede ponernos en Cristo! Dios ya lo ha hecho; así está revelado en la Biblia. No podemos comprender como Dios lo ha hecho; sin embargo, creemos firmemente que fue hecho así.

Estamos en Cristo Jesús por obra de Dios. ¿Qué más nos queda a nosotros por hacer? En el Nuevo Testamento hay un libro que se especializa en decirnos cómo podemos recibir vida en Cristo. Ese libro es el Evangelio de Juan. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). En el original griego, hay una pequeña palabra después de «cree», que debería haber sido traducida al español como «dentro». La frase significa, «un creer que es dentro de Jesús». Hay gente que nos pregunta frecuentemente por qué en nuestra predicación no aconsejamos a las personas a que hagan buenas obras, pues sólo les pedimos que crean. En realidad, la Biblia no dice «creer» o «no creer»; más bien nos dice, «creer dentro» o «no creer dentro» de Cristo. No dice: «Yo creo cierta cosa», como por ejemplo, creer

cierta información impresa en un periódico. No, la Biblia declara que mientras un hombre cree, está creyendo dentro de Cristo. Por medio de creer de esta manera llegamos a ser uno con Cristo; es decir, estamos dentro de Cristo. De este modo, podríamos decir que estar dentro de Cristo es, por una parte, obra de Dios, pero por otra parte, se debe a nuestro creer en Cristo.

## La Definición de la Fe

Veamos ahora lo que es la fe. A través de toda la Biblia vemos que la fe es un asunto sumamente importante. Sin embargo, nuestra así llamada fe pudiera no ser esa fe bíblica. Hay cientos de lugares en la palabra de Dios donde se menciona la fe, sin embargo, hay sólo un lugar donde la fe se define. Se encuentra en Hebreos 11:1, que dice: *«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve»*. La palabra «certeza» no es una correcta traducción, porque en el original griego es un gerundio (sustantivo verbal) y no un sustantivo. Debería ser traducida al español como «sustanciamiento». La versión de Darby la traduce como «sustanciamiento».

Este asunto del «sustanciamiento» podemos ilustrarlo como sigue: Somos gente física. Usamos los órganos de nuestros cinco sentidos para ponernos en contacto con el mundo físico. Una persona que carezca de uno o varios de los órganos de estos cinco sentidos, es incapaz de conocer los aspectos particulares de este mundo material. Porque este mundo está lleno de toda clase de sustancias y cada sustancia tiene su color, su forma y su aroma. Por ejemplo, son los ojos de nuestro cuerpo los que identifican y transmiten tales sustancias hacia dentro de nuestra mente, lo cual nos permite conocer esas sustancias. El color está originalmente fuera del hombre. Es a través de los ojos humanos que el color de las cosas externas es transmitido dentro de nuestra percepción interior. El color es lo que las Sagradas Escrituras llamarían una «sustancia». Por consiguiente, nuestros ojos «dan sustancia» a la cosa colorida ante nosotros. Si le hablas a un ciego de nacimiento acerca de los colores, aún cuando existen mu-

chos colores en el mundo, para ese ciego no existirá tal cosa como el color. Esto no sugiere que no hay colores en el mundo, sino que significa simplemente que un ciego carece de la habilidad sustanciadora.

Del mismo modo, la fe «da sustancia» a las diversas sustancias del mundo espiritual. Hoy, la voluntad de Dios es que sustanciamos todas las cosas logradas en Cristo, para que tales cosas lleguen a ser sustancias de Cristo dentro de nosotros. Tal, pues, es la función de la fe. La fe es una clase de habilidad sustanciadora que logra que las sustancias del mundo espiritual sean manifestadas en nosotros. Supongamos que le hablas a una persona a la cual le falta fe; esto puede compararse con que un pintor y artista famoso hablase de colores a un ciego. Tal vez, el ciego rechace todo lo que el pintor famoso le dice. Sin embargo, esto no quiere decir que no hay obras de arte pictórico –que no hay colores– en el mundo. Simplemente, quiere decir que el ciego carece del órgano especial interno por medio del cual podría dar sustanciamiento a las sustancias coloridas. Que esto no te suceda en lo que se refiere a la fe.

De este modo, el problema no está en que haya o no haya sustancias en el mundo espiritual, sino en si tienes o no tienes el órgano sustanciador dentro tuyo, por medio del cual esas sustancias espirituales pueden ser manifestadas en nosotros. Incluso si una persona es ciega, tiene todavía oídos para oír. Sin embargo, si hablo al oído de un ciego acerca de los colores, su habilidad auditiva no me ayuda. Todos los órganos humanos tienen sus funciones especiales. Para sustanciar cosas espirituales, la fe es el único medio. Si procuramos usar los sentimientos cambiantes para sustanciar cosas espirituales, estaremos totalmente equivocados.

¿Por qué puedes sustanciar cosas espirituales por medio de la fe? Es porque Cristo ya lo ha logrado todo, y Dios ha puesto todo en Cristo. En el mundo espiritual, Dios no te pide que des color y forma a cosa alguna, porque Cristo ya lo ha logrado todo por ti y para ti. Por eso, Dios quiere que ahora uses tus ojos espirituales, es decir, tu fe, para sustanciar todo lo espiritual. Lo que la Biblia llama fe tiene por función sustanciar las cosas espirituales.

Tal vez te topes con un problema en la experiencia práctica. Supongamos que me digas: «Usted me dice que yo estoy muerto; pero al mirarme a mí mismo, no soy como uno que está muerto. Al contrario, mi apariencia es como uno que está bien vivo, porque sigo cometiendo muchos pecados. ¡De modo que estoy muy vivo!». Por favor, te ruego que comprendas que tus ojos físicos sólo pueden sustanciar las cosas de la carne. Solamente la fe puede sustanciar las cosas espirituales. Lo que sea que Dios diga es así como él lo dice. Eso es fe. Si usamos nuestros ojos físicos para mirarnos a nosotros mismos, o sentir según nosotros mismos, podremos sustanciar solamente cosas en Adán. ¿Por qué no podemos sustanciar todas las cosas en Cristo? Se debe a que usamos el órgano erróneo. En vez de usar la fe, usamos nuestros ojos físicos y nuestros sentimientos carnales.

## Ten Fe en la Palabra de Dios

Quizá me preguntes, «Usted me dice que yo crea. ¿Pero qué es lo que debo creer? ¿Cómo funciona la fe?». Recuerda que debemos creer la palabra de Dios. Creer en la palabra de Dios significa que creemos que lo que Dios nos dice fue hecho realmente así, tal como él lo dice, cuando nos dice en su palabra que ciertas cosas ya han sido hechas para nosotros. Cierta vez un misionero me preguntó: «¿Cuál es la diferencia entre la palabra de Dios y la obra de Dios?». En ese instante yo estaba dándole mi mano enguantada. Le dije: «La obra de Dios es como la mano y su palabra es como mi guante. Mientras usted toma mi guante en su mano, toma también mi mano en su mano. Del mismo modo, cuando usted toma la palabra de Dios, toma también la obra de Dios». Ciertamente, es suficiente tomar la palabra de Dios, porque la obra de Dios está en su palabra. Si la mano de Dios no está en el guante, entonces es en vano que sujetes firmemente el guante vacío. Pero, la obra de Dios está en su palabra. De modo que simplemente dile: «Oh, Dios, tú dices que esto ya está hecho. Entonces ahora creo que está hecho». Dios lo dice primero y luego lo dices tú. Dios dice que en Cristo tus pecados están perdo-

nados; de modo que ahora di tú: «Mis pecados han sido perdonados». Dios dice que en Cristo tus pecados han sido juzgados; de modo que tú ahora dices: «En Cristo mis pecados han sido juzgados». Dios dice que mi viejo hombre está muerto. De modo que ahora tú bien puedes decir: «Mi viejo hombre está muerto». Dios dice que ahora tengo nueva vida; de modo que ahora yo digo: «Tengo nueva vida». Todo lo que en está Cristo vendrá a ti si tú crees.

En Juan 15 dice que el Señor Jesucristo es la vid y los cristianos somos los pámpanos o ramas. A los incrédulos esto puede parecerles algo común, pero, para nosotros los cristianos esto es un asunto trascendental y de enorme importancia. Porque toda la savia de la vid fluye a través de las ramas, causando el crecimiento de las flores, las ramitas, las hojas, y el fruto que esas ramas producen. Ya que los cristianos son las ramas en esta vid que simboliza a Cristo, no necesitan esforzarse por dar hojas y producir fruto. Sólo necesitan permanecer en la vid. Sin embargo, muchos cristianos no se ven a sí mismos como ramas, de modo que oran para ser ramas. Tal oración es inútil. Porque como tú ya eres una rama, no puedes orar para ser lo que ya eres. Necesitas verte a ti mismo como ya siendo una rama. Si ves esto, eso es fe.

## Cree que Ya Está Hecho

Cierta vez estaba seriamente enfermo. Le dije a Dios: «Señor, sáname. Los médicos me han desahuciado. Por favor, sáname ahora». Muchas veces había leído yo la promesa de Dios en la Biblia. Dios me habló por medio de la Biblia, donde dice: «*Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias*» (Mateo 8:17). Primeramente, le pedí que se llevase mis enfermedades y dolencias. Más tarde, Dios me dio su promesa; pero mi enfermedad no fue curada. De modo que oré nuevamente. Dios me reprendió, diciéndome que yo había errado. Luego, me abrió los ojos y vi que el Señor ya había tomado mi enfermedad y se había llevado mi dolencia. De modo que creí. Ya no seguí orando, sino



que comencé a alabar a Dios. Alabé a Dios por sanar mi enfermedad, aunque en realidad no me sentía mejor y mis dolores seguían aún.

Creer que Dios lo va a hacer, no es fe en realidad. En cambio, creer que Dios ya lo ha hecho, eso sí es fe. No se trata de creer que Dios *va a* sanar, sino de creer que Dios *ya ha* sanado. La fe es creer que Dios lo ha hecho todo en Cristo. Todo. Hoy, creo firmemente que en Cristo Dios ya lo ha hecho todo. Absolutamente todo. Acepto que él lo ha hecho todo como un hecho absolutamente realizado. Eso es verdadera fe.

## Afirmate en la Palabra de Dios

En otra ocasión volví a enfermarme. Nuevamente pedí a Dios que me sanara. Dios me dijo que el Espíritu Santo que moraba en mí iba a vivificar mi cuerpo (lea Romanos 8:11). Así supe que Dios ya me había sanado. Esa noche procuré dormir, pero no lo logré porque mi temperatura subió mucho, como si mi condición hubiera empeorado. Satanás me desafió, diciéndome: «Tú dijiste que Dios te había sanado, pero tu temperatura ha subido tanto que estás desvelado. Dijiste que tu enfermedad había sido sanada, pero tus dolores han aumentado. Dijiste que Dios te había sanado, pero no es así». Al principio pensé que me había equivocado, pero luego comprendí que esos síntomas eran una atmósfera creada por Satanás. De modo que simplemente los rechacé. Resistí a Satanás diciendo: «Dios realmente dijo que me había sanado. Todos estos síntomas, tales como la alta temperatura, los dolores y el desvelo, no son de confiar. Solamente la palabra de Dios es digna de confianza. Todos estos síntomas son falsos. Lo que Dios dice es verdad». Después de declarar esto en voz alta, me dormí en pocos minutos.

Satanás tal vez te desafíe, diciéndote: «¡Mírate! ¡Estás podrido!»». Ten el privilegio de responderle: «Es cierto. *Estoy* podrido en mí mismo. Pero, ahora estoy en Cristo, y en Cristo no hay podredumbre, pues en Cristo todo es limpio». Cuando permaneces en Cristo, Satanás es derrotado de inmediato.

Por lo tanto, al estudiar tu Biblia, pon atención a estas dos cosas: en Adán y en Cristo. Son totalmente diferentes. Reconocer la diferencia entre ambas es extremadamente importante para tu vida cristiana. Debes darle especial atención. Cuando tu vivir práctico es contrario a tu estar en Cristo, debes afirmarte en la palabra de Dios. Jamás dependas de tus volubles sentimientos. Ni siquiera mires tu propia condición. Debes afirmarte en la palabra de Dios, debes creer en su Palabra; entonces Dios te guiará hacia las riquezas de Cristo.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Nota: Mensaje predicado en Kulongyu, el 21 de Octubre de 1936.

Segunda Parte:  
*Cristo en nosotros*



## 8

## LA SEMILLA DE DIOS

*«Y (Cristo) les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar ... Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino ... Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo ... Respondiendo él, les dijo: el que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre» (Mat. 13:3, 19, 24, 37).*

*«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (Juan 12:24-26).*

## 1. El Señor Jesús – la Palabra, la Semilla

De las primeras dos parábolas en Mateo 13, una es acerca de la siembra, y la otra acerca de la buena semilla y la mala semilla. En cuanto a la primera parábola, el Señor Jesucristo dijo a sus discípulos que la semilla sembrada es la palabra de Dios, la palabra del reino de los cielos. En cuanto a la segunda parábola, les dijo que el que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre y que la buena semilla son los hijos del reino. Mientras que en la primera parábola la semilla es la palabra del reino, es decir, la palabra de Dios; en la segunda parábola la semilla son los hijos del reino, es decir, aquellos que son nacidos de Dios. De modo

que, cuando nuestro Señor siembra, él siembra no solamente la palabra sino también hijos. Al venir a la tierra, él no solamente envía su palabra sino que llama también a personas que él siembra como semillas.

La Biblia llama a las palabras que proceden de la boca de Dios, «la palabra de Dios». El hijo que Dios nos ha enviado es llamado también en Apocalipsis 19:13 «El Verbo de Dios». Un verbo es una palabra activa. Jesús es la palabra activa de Dios. También en Juan 1:1 leemos: «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*». Esa Palabra, aquel Verbo, fue hecha carne, y habitó entre nosotros, llena de gracia y de verdad. Sabemos que esto se refiere al Señor Jesucristo. Por eso comprendemos que la palabra de Dios, el verbo de Dios, mencionado en la Biblia, se refiere a veces a la palabra dicha por Dios y otras, a su Hijo. Porque el Hijo es la palabra, el verbo viviente, el verbo de vida. Al oír a Jesucristo, oyes la palabra de Dios; al ver a Jesucristo, ves al Verbo de Dios; al tocar a Jesucristo, tocas al Verbo de Dios. Esto también está confirmado en otro pasaje de la Biblia, 1 Juan 1:1, que menciona a Jesús como «verbo de vida».

Nuestro Señor Jesucristo es la palabra de Dios, el verbo de Dios y la semilla de Dios: «...*si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*» (Juan 12:24b). Esto se refiere al Señor Jesucristo, porque él es ese grano de trigo del cual provienen los muchos granos: «*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre*» (1ª Pedro 1:23). De modo que el Señor Jesucristo es la palabra, el verbo y también la semilla.

Alabemos al Señor Jesucristo, quien no sólo es la palabra de Dios y el verbo de Dios, sino también la semilla de Dios. Cuando Dios envió a su Hijo al mundo, lo sembró como una semilla. Nuestro Señor Jesucristo no vino sólo para predicar, sino para ser también la palabra de Dios, el verbo de Dios. Él no es solamente el predicador, sino que es también la palabra predicada, el verbo de Dios. Él no es meramente el sembrador, sino que también es la semilla. Lo que Dios siembra no son sólo unas pocas palabras; Dios siembra a una persona. El Señor Jesucristo es en verdad la semilla, la buena simiente de Dios.

### *Hijos del Reino de los Cielos*

Si gente de tierras lejanas nos pide que vayamos allá a predicar el evangelio, es bueno que vayamos con el entusiasmo del evangelio. Pero, que se sepa que el tener gente que vaya a enseñar el evangelio no es suficiente, porque Dios quiere que vayan personas que él pueda sembrar como semillas. ¿Entiendes que él quiere sembrarte como a una semilla? Tú eres la semilla sembrada. Es cierto, Dios hace su trabajo en el corazón humano por medio de su palabra. Nosotros predicamos la palabra y plantamos al Verbo en corazones humanos, esperando confiadamente una buena cosecha. Sin embargo, si consideramos la semilla de Dios solamente como la palabra de Dios y fracasamos en ver que la palabra de Dios es también un ser humano, aún estamos descalificados para la obra de Dios. Si somos muy cuidadosos en predicar únicamente la palabra de Dios, pensando que si no estamos equivocados en la verdad fundamental, ni en la correcta interpretación, ya estamos capacitados para sembrar, estamos totalmente equivocados. Con frecuencia, la obra de Dios sufre debido a que las semillas en nuestra mano son meramente algunas doctrinas objetivas, que no causan que nosotros mismos seamos transformados en hijos del reino de los cielos. Por esa razón, tenemos aquí un problema serio: La clase de persona que tú eres. La simiente de Dios no es meramente palabra, también es tu persona. La buena semilla no es meramente la palabra del reino de los cielos, la buena simiente también es una persona, es cada uno de los hijos del reino de los cielos. Si me permiten, les haré la siguiente pregunta: ¿Cuántos de nosotros somos semilla de Dios? ¿Qué pena que seamos mayormente objetivos y nos falte la simiente subjetiva! El que tú mismo seas capaz de ser la palabra de Dios es una cuestión urgente. ¿Somos realmente epístolas de Cristo, escritas no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo? El Señor Jesucristo no desea enviar meramente un grupo de evangelistas y maestros de la Biblia; pues, el deseo de nuestro Señor es usarnos como simiente. Él quiere sembrar como simientes a los que pertenecen a él ¿Qué es lo que va a suceder, qué es lo que él va a probar si nos siembra? «*Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*» (Gálatas 6:7b). Aquellos a quienes ayudamos, a

menudo son como nosotros. Dando una vuelta a este pensamiento, lo que cosechamos comprueba lo que sembramos.

Por eso, no suspiremos diciendo: ¿Quién va a oír nuestro mensaje? No te lamente de que los oídos de la gente parecen sordos mientras rehúsan escuchar la pura palabra de Dios. Preguntémonos a nosotros mismos quiénes somos. La buena semilla no es meramente la palabra del reino de los cielos; la buena semilla es también los hijos del reino que predicán la palabra de Dios. Cuando Dios nos siembra, ¿qué producimos? ¿Percibimos que la Palabra que predicamos nos es como cosas de un país lejano, algo que está lejos de nuestra experiencia personal? ¿Buscamos meramente algún texto de la Biblia para predicar, o citamos un pasaje porque de veras hemos tocado la realidad espiritual de la presencia divina? La diferencia entre estos dos extremos es vasta. Las muchas palabras sólo abren la puerta a las discusiones; pero, las palabras que proceden de un contacto íntimo con Dios mismo son semilla divina. No es algo que procede de nuestro ingenio, ni de nuestra habilidad de manejar doctrinas en público. Por el contrario, es recibir las cosas de Dios mismo, y de esta manera, habiéndolas visto, ser aconsejados por él sobre qué palabras usar para plantarlas en el corazón de la gente. Cuando predicamos la palabra de Dios, no dependemos de nuestra elocuencia humana, sino de lo mucho que la palabra de Dios ha transformado nuestra propia vida. La diferencia radica en si predicamos la verdad objetiva externa, o si ya hemos tenido una experiencia subjetiva, íntima e interna con Dios. Lo que muchos predicán es sólo la verdad objetiva y externa. Tal prédica no tiene influencia en los oyentes. La gente sólo es ayudada si tú mismo ya eres la misma palabra que predicás. Porque la palabra de Dios no es algo para ser entendido sólo con la mente. Si así fuese, entonces los inteligentes y sabios serían los únicos privilegiados, mas, en ese caso las personas comunes ni siquiera llegarían a ser buenos cristianos.

Cuando nos llega, la palabra de Dios es puesta a prueba. Puede compararse a un alfarero que dibuja algo sobre una vasija de arcilla. Si esa vasija no es expuesta al fuego de un horno, ese dibujo será arruinado si alguna mano lo toca. Pero Dios, como sa-



bio alfarero, sabe trabajar la arcilla, pues pone la vasija al fuego. Dios usa el fuego del medio ambiente en el cual moramos, el fuego de nuestras circunstancias, y nos revela su palabra para imprimir su presencia dentro de nosotros. De esa manera nos preserva. Dios así nos foguea una vez, diez veces, aun cientos y miles de veces, hasta que un día esa palabra está grabada indeleblemente en nuestra vida; hasta que un día *tú* eres esa Palabra. Por medio de la disciplina y la revelación del Espíritu Santo, él foguea una enseñanza en ti hasta que queda grabada en ti, hasta que tú mismo llegas a ser esa enseñanza. Si alguien se topa contigo, ya no dirá que ahora estás capacitado para disertar; en vez de eso, dirá que se ha encontrado con el Verbo viviente, con Cristo mismo, dentro de ti. Sólo entonces podrás ser una epístola viviente de Cristo, sólo así serás una semilla de Dios. Pero, cuando tal cosa sucede, Dios te puede sembrar y lograr una buena cosecha; una cosecha multiplicada a través tuyo. Si no es así, se transferirá meramente alguna palabra de una mente a otra mente; con el resultado de que la iglesia será más superficial, desanimada y sin vida; más carnal y menos espiritual. Como conclusión, permítanme decir que el problema radica en si eres capaz de ser semilla de Dios, si hay alguna parte de tu vida que puede ser reconocida como simiente de Dios. Si Dios te sembrase, ¿qué es lo que va a crecer y ser cosechado? *«Lo que el hombre sembrare, eso también cosechará»* No existen excepciones a esta norma. ¡Qué lamentable sería si nuestros frutos sólo fuesen que la gente entienda algunas enseñanzas, sin que lleguen a ponerse en contacto con la vida divina!

## 2. Cómo Ser Fructíferos

Dios siembra para cosechar. Veamos ahora los principios que deben ser seguidos para obtener la cosecha de Dios.

*«Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere; lleva mucho fruto»* (Juan 12:24). Esto nos muestra cómo el Señor Jesucristo murió para darnos vida. Nos permite ver que se cosecha a través de la muerte, a través de la cruz. El propósito de

Dios al sembrar es cosechar el fruto; que un grano de trigo produzca muchos granos de trigo. Dios no envió un profeta, o muchos profetas, para aclarar sus enseñanzas; en vez de eso, Dios envió a su propio Hijo como un grano de trigo que cae en la tierra y muere, para producir muchos granos de trigo. El ser fructífero no se obtiene por enseñanzas claras, ni por memorizar las Escrituras, sino por medio de caer en la tierra y morir. Esta es la obra de la cruz.

La cruz es un hecho, no una enseñanza. La verdadera muerte produce verdadero fruto. Si no hay muerte, tampoco hay fruto. En la medida que hay muerte, en esa misma medida hay también fruto. El número de veces que se sufre la muerte determina el número de veces que se produce fruto, y determina así la cantidad de vida que será manifestada.

La palabra en el versículo 24 señala claramente al Señor Jesucristo mismo. En el versículo 25, sin embargo, el Señor Jesús nos explica que lo que él dice es un principio, una regla que se aplica no sólo a él mismo, sino a todos. *«El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará»*. Luego el Señor Jesús aclara esto aún más, diciendo: *«Si alguno me sirve, sígame»* (Juan 12:26a). A todos los que sirven al Señor Jesús les sucede lo mismo. Comprendan que este asunto del grano de trigo que cae a tierra y muere, no se refiere a la expiación, porque en la obra de expiación nosotros no tenemos parte alguna; no es nuestra obra. Esto se refiere solamente a entregar a Dios el vivir de nuestra alma, es decir, nuestra vida del alma. De modo que el principio involucrado aquí es: La muerte produce vida. Esto es lo que dijo Pablo: *«De manera que la muerte actúa en nosotros; y en vosotros la vida»* (2ª Corintios 4:12).

Por esta razón, no es suficiente que nosotros seamos meramente granos de trigo, también es necesario que veamos cómo llegar a ser fructíferos. La forma de ser fructíferos no es solamente predicar o enseñar; es también sembrar la semilla. Dios no envió a su hijo al mundo sólo para enseñar. Él, asimismo, ha sembrado a su Hijo como grano de trigo en la tierra. En forma similar, Dios nos sembrará como granos de trigo aquí y allá.

Un grano de trigo necesita caer en tierra y morir antes de que

pueda llevar mucho fruto. Antes de que el grano de trigo sea sembrado, puedes ver que tiene una cáscara exterior. Esta cáscara protege al grano de trigo de ser dañado y también impide que el grano de trigo lleve fruto. Sin romper la cáscara exterior, la vida interior no puede abrirse paso y salir fuera. Después que este grano de trigo cae a tierra, una acción química entre la tierra y el agua comienza a trabajar al grano de trigo. Poco después, esa cáscara exterior es rota, pero la vida en el grano de trigo es puesta en libertad.

Nuestro Señor Jesucristo mismo es ese grano de trigo que cayó en tierra y, habiendo muerto, produjo mucho fruto. Le aconteció a nuestro Señor Jesús que su vida fue puesta en libertad por medio de su muerte. Así también debe sucedernos a nosotros. De modo que ese principio o regla de producir fruto no estriba en predicar, sino en morir. El que hayas caído en la tierra y muerto será dado a conocer a todos los que están en contacto contigo. ¿Permanece aún íntegra tu cáscara exterior o ya ha sido rota? Lamentablemente la dureza exterior de muchos de nosotros es dureza humana natural, como también la blandura de muchos de nosotros es también blandura humana natural. Sea tu cáscara dura o blanda, es esa cáscara exterior lo que retiene la vida dentro de ti y evita que la gente se ponga en contacto directo con la vida interior. Sólo podemos librarnos de esa corteza exterior por medio del obrar de la cruz en nuestro diario vivir. Es imposible contactar a la persona verdadera si la corteza exterior permanece intacta y esa persona no ha sido quebrantada ante Dios. Tú puedes hablarle por una hora entera y, sin embargo, sigues percibiendo que hay un distanciamiento entre ambos, porque esa persona sigue aún ensimismada y aprisionada en su propia corteza endurecida. En cambio, si te encuentras con una persona cuya parte natural y anímica ya ha sido herida y quebrantada por Dios, tocas fácilmente la vida. ¡Oh, si una persona cae realmente en tierra como una semilla y muere, entonces habrá fruto para Dios! En cuanto a Dios se refiere, el producir fruto proviene de la muerte. Si no hay muerte, no hay fruto. Es posible que tengas millares de personas que te siguen y, sin embargo, no tengas fruto alguno ante Dios. Ciertamente, el principio elemental para producir fruto

es tener esa experiencia de muerte. Sin muerte, el grano de trigo permanece solo. Sin muerte, no va a producir fruto.

Que el Señor Jesucristo tenga misericordia de nosotros, de tal manera que no sólo seamos semillas de Dios, sino también semillas que han caído en tierra y han muerto, para que así él pueda recibir mucho fruto producido a través de nosotros.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Nota: Se desconoce la fecha y el lugar donde este mensaje fue predicado.

## 9

## LA PLENITUD DE CRISTO

*«Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa. Pero también digo: Entre tanto que el heredero...» (Gál. 3:26-4:1a).*

*«Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo ... Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa ... De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre» (Gál. 4:6, 7, 28, 31).*

*«Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud» (Gál. 5:1).*

*«Permaneced en mí, y yo en vosotros...» (Juan 15:4a).*

*«Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado ... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6:5-6, 11).*

*«Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con el nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús...» (Efesios 2:4-6).*

*«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20).*

*«Porque para mí el vivir es Cristo...» (Filipenses 1:21a).*

*«Mas por el estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención...» (1ª Cor. 1:30).*

Oremos: «Oh Señor, nos sentimos profundamente avergonzados bajo tu luz. Esto es porque nuestra vida es tan pobre, aún cuando vivimos realmente en tu plenitud. Todavía estamos sedientos, aunque estamos rodeados de aguas vivientes. Abre nuestros ojos para que veamos que la plenitud está solamente en Cristo. Podemos disfrutar de esta plenitud no debido a nuestra fe, sino debido a la gracia de Dios; no por medio de nuestra voluntad, sino por elección de Dios. Tampoco es debido a nuestra consagración o nuestra obediencia, sino debido totalmente a tu beneplácito, tu gracia y tu misericordia. Todos nosotros sembramos por medio de ti y todos cosechamos por medio de ti. Oh Señor, abre mis ojos para que pueda ver la plenitud de Cristo. En el nombre de Jesucristo. Amén».

## Isaac y la Iglesia

La epístola a los Gálatas nos muestra que el principio del vivir cristiano es ser un heredero como lo fue Isaac. Tal como Isaac entró en la gloria, así también entran los cristianos. Tal como Isaac fue nacido de una promesa de Dios, así también los cristianos llegan a ser hijos de Dios por medio de una promesa de Dios. Del mismo modo en que Isaac fue un heredero, así también nosotros, los cristianos, somos herederos de Dios.

La epístola a los Romanos nos habla de cómo un pecador recibe gracia, mientras que la carta a los Gálatas nos dice que después de que un pecador ha recibido gracia, no debería parar allí, sino que debería avanzar por medio de la gracia que ya ha recibido. El tema de Romanos es la gracia inicial, mientras que el tema de Gálatas tiene que ver con la gracia para avanzar y continuar.

Los creyentes entran por el Espíritu Santo, pero no deben tratar de perfeccionarse por medio de la carne (véase Gálatas 3:3). El problema no radica en que tú trates de hacer algo o de darle algo a Dios, ya que la gracia es mirar fijamente a la misericordia de Dios sin ningún esfuerzo tuyo por mejorarte a ti mismo. No es asunto de lo que yo debería hacer; es asunto de

mirar totalmente a la gracia del Señor Jesucristo. Tal como Isaac, que fue un heredero y no un fundador, así deberían ser los cristianos hoy.

## La Obra de Cristo es la Herencia de Dios

De acuerdo al Nuevo Testamento, la obra de Cristo es doble: Una parte es, *«nosotros en Cristo»* y la otra es, *«Cristo en nosotros»*. Una parte es nuestro ser unidos a Cristo y la otra, Cristo siendo unido a nosotros. En cuanto al tiempo se refiere, hemos primero de estar en Cristo y luego Cristo estará en nosotros. Por eso, en el evangelio de Juan encontramos al Señor Jesucristo diciendo: *«Permaneced en mí, y yo en vosotros»* (Juan 15:4a). Nosotros en Cristo señala al hecho realizado en Cristo; mientras que Cristo en nosotros indica la vida de Cristo en nosotros. Nuestro estar en Cristo significa que nosotros como cristianos somos tocados por todos los hechos realizados en Cristo. Pero Cristo estando en nosotros, los cristianos, hace que sea posible que experimentemos a Cristo como nuestra vida. Los cristianos estando en Cristo significa que ganan todo lo que Cristo ha logrado en el pasado. Pero Cristo estando en los cristianos nos permite disfrutar hoy todo lo que Cristo es, como también todo lo que Cristo tiene. Para nosotros, estar en Cristo significa que todas las cosas que Cristo ha logrado llegan a ser también nuestra posesión propia. Cristo en nosotros hace que todo lo que él ha logrado sea nuestro disfrute y nuestro gozo.

## El Cristiano en Cristo

Nuestro ser cristianos en Cristo implica que Dios ya nos ha puesto en una nueva posición. Es un nuevo comienzo. Abarca desde el pasado hasta el día de hoy. Cristo estando en los cristianos comienza desde el día de hoy hasta todos los días del futuro sin fin. Nuestro estar en Cristo fue alcanzado por Cristo de una vez y para siempre. Pero Cristo estando en nosotros

continúa por toda la eternidad. «*Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús*» (1ª Corintios 1:30a), así declara la Sagrada Escritura. Esto significa que Dios no solamente nos hace salir del viejo hombre, salir de nuestro yo, de nuestro ego, del mundo y de Satanás, sino que Dios también nos hace entrar en Cristo.

Romanos capítulo 1 al capítulo 4, nos habla acerca del comportamiento pecaminoso del ser humano, mientras que desde el capítulo 5 al capítulo 8 nos dice que el hombre mismo es corrompido. El comportamiento pecaminoso se debe a la corrupción del ser humano. Por eso, el hombre debe morir. Si creemos que hemos sido unidos con Cristo en la semejanza de su muerte, entonces también creemos que hemos llegado a estar unidos con él en su resurrección y en su ascensión. Ahora vivimos en el espíritu por la ley del Espíritu de vida. Porque solamente en la crucifixión, resurrección y ascensión todo lo viejo está concluido. Sin embargo, ¿cómo eres tú crucificado, resucitado y ascendido? No es por tratar de morir, resucitar, y ascender; pues eso es obra de Dios. Es Dios quien nos une a Cristo: «*Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús*». Este es un versículo sumamente precioso en la Biblia y es algo muy grande a nuestros ojos.

Supongamos que pones un billete de mil pesos en un himnario. Si ese himnario se quema, los mil pesos dentro del himnario también se quemarán. Por otra parte, si tú enviaras ese himnario a Inglaterra, esos mil pesos llegarían también a Inglaterra. Todo esto sería verdad, porque los mil pesos y el himnario han quedado unidos. Nuestra co-muerte, co-resurrección y co-ascensión con Cristo está de acuerdo con el mismo principio. Nuestra vida natural –ser bueno, gentil, paciente, o malvado y violento– ha muerto en Cristo; ya está concluida. Del mismo modo, también hemos sido resucitados en Cristo y ya hemos entrado en la nueva creación. Por lo tanto, no necesitamos mirar a nuestro *yo* pasado y egocéntrico fuera de Cristo.

En 1927, en una habitación arriba en la calle Wen-tur, el Señor Jesucristo me mostró el asunto de la co-muerte en Cristo como un hecho ya realizado. Hasta ese momento, si alguien hubiera



reconocido y declarado la enseñanza de la co-crucifixión, yo también la hubiera aceptado. Si alguien hubiera dicho que conocía la lógica de ser co-crucificado con Cristo, yo también la habría conocido. Si otros hubieran predicado la enseñanza de la co-crucifixión, yo hubiera podido predicar lo mismo. Si alguien me hubiera dicho que realmente yo no tenía la experiencia de haber sido co-crucificado con Cristo, yo no habría concordado con ello. Sin embargo, comprendí que en mi fuero interno yo estaba mal. Muchas cosas aún me perturbaban. Ciertamente, yo luchaba con esas cosas continuamente. Pero no podía declarar que yo ya estaba muerto. No era esa clase de persona. Durante cuatro meses pedí al Señor que me mostrara esa co-muerte con Cristo y me hiciera estar verdaderamente muerto con Cristo. Día tras día venían a mi destellos de discernimiento. Lamentablemente, tales destellos no eran suficientemente poderosos. Diligentemente escudriñaba las Escrituras. Cada vez que leía el versículo que dice que nuestro viejo hombre ya fue crucificado con Cristo, seguía ese ejemplo y declaraba en voz alta: «Ya estoy muerto». Sin embargo, no podía creer que eso era así. Oraba diariamente. Hasta cesé de servir para poder concentrarme en este asunto.

Un día, entre las ocho y las diez de la mañana, en mi oración vi súbitamente que mi muerte con Cristo era mi unión con Cristo. Esto era como los mil pesos dentro del himnario, porque estas dos cosas habían llegado a ser una cosa. Mis ojos interiores fueron abiertos inmediatamente. Me dije: «Sólo *uno*, no dos, sino *uno*». ¿Cómo, pues, podía yo decir que Cristo había muerto, pero que yo no había muerto? ¿Había muerto Cristo? ¡Sí! Ciertamente, Cristo murió. Pues entonces, ¿qué de nosotros? Inmediatamente salté de mi silla, gritando: «¡Aleluya! ¡Yo también morí!». He muerto de la misma manera que Cristo murió. Yo morí en la muerte de Cristo. Cristo no puede haber muerto más que yo, pues los dos, él y yo, hemos muerto juntos. Lo que Dios ha hecho en la cruz en Cristo, lo ha hecho simultáneamente también en mí, aun antes de nacer. Cristo murió y yo también morí. Cristo fue resucitado y yo también he resucitado en él. En la ascensión de Cristo, yo también he ascendido en él. Bajé las escaleras corriendo y me topé con un hermano. Me así de él y le dije:

«¿Sabes que Cristo ha muerto?». Me respondió: «Lo sé». Entonces le dije: «Cristo ha muerto, de modo que yo también morí». Desde ese día en adelante nunca he negado lo que vi aquel día. Tal es, pues, nuestra herencia en Cristo. El heredarlo todo no va a suceder por medio de nuestro luchar, ni por nuestras obras para lograrlo. *En* Cristo heredamos *con* Cristo. Algunos presentan meramente la palabra de la cruz como una enseñanza, pero para nosotros es un *ver*, es una revelación. Todo lo que es de Dios es forjado en Cristo, no en nosotros. Pero, debido a que estamos en Cristo, todas estas cosas han sido forjadas dentro de nosotros también.

## Cristo en el Cristiano

Cristo en el cristiano está relacionado con el futuro, no con el pasado. Está en vigencia desde ahora hasta los días futuros. Cristo en el cristiano no trata con cosas, sino que nos da el poder de la vida. Los creyentes en Cristo tienen la oportunidad de disfrutar la obra y las experiencias de Cristo. En cambio, Cristo en los creyentes les permite disfrutar el vivir de Cristo a través de ellos, y aún más, disfrutar a Cristo mismo.

Cristo en el creyente está destinado a que Cristo viva dentro del creyente y para el creyente. Esta es la herencia del creyente. No es la intención de Dios que la bendición de tener a Cristo en el creyente resulte en que el creyente aprenda a imitar a Cristo, lo use como modelo y después de cinco o diez arduos años, llegue a ser gradualmente como Cristo. Porque Pablo insistió en que fue Cristo quien fue crucificado y resucitado, no el creyente quien fue crucificado y resucitado. No es del caso que el creyente mismo viva por medio del poder de Cristo, sino más bien, que Cristo mismo viva dentro del creyente como su vida.

## La Ley de Vida

En cuanto a que Dios hace que Cristo sea la vida del creyente, esto significa que, de hecho, no hay ni la más mínima necesidad

de que la voluntad del creyente ayude a lograrlo, porque esto es una ley. La vida tiene su ley y dicha ley es sumamente espontánea; no es fabricada. La ley del Espíritu de vida es una ley espiritual. Si para vivir por medio de esa ley la voluntad del creyente tuviese que esforzarse y luchar, entonces tal vivir definitivamente no sería Cristo como vida personal nuestra.

No es suficiente con sólo tener vida. También necesitamos conocer la ley de la vida. Ya que es una ley, es invariable. Todo, las circunstancias, las experiencias y los sentimientos, puede cambiar; sólo la ley permanece siempre la misma. La ley de gravedad funciona del mismo modo en todas partes. No cambia a diferentes horas, ni tampoco en el espacio. No necesitamos preocuparnos de que la ley de gravedad funcione, pues funciona naturalmente. Mientras vivimos de acuerdo a la ley del Espíritu de vida, esa ley va a manifestar su propia fuerza. El secreto del vivir cristiano no estriba en usar la vida de Cristo, sino en permitir que esa vida nos use a nosotros. Siempre que encaramos algún problema, necesitamos decirle al Señor Jesús: «Señor, yo no puedo, pero tu vida en mí puede». No necesitamos ejercitar nuestra fuerza para creer ni para hacer, porque esta vida se manifiesta naturalmente. De modo que esta es la herencia que Dios nos ha dado. La herencia que Dios nos dio es nada menos que Cristo mismo.

## Cristo es Todo

Pablo, en 1ª Corintios 1:30, no mira a la sabiduría, justificación, santificación y redención como cosas, sino como una Persona; porque todas ellas señalan directamente a una personalidad, específicamente a Cristo mismo. Esto nos diferencia a nosotros los cristianos de la gente del mundo, como también de la gente de otras religiones. Los cristianos tenemos a Cristo obrando dentro de nosotros y tenemos también a Cristo viviendo por nosotros. La gente de este mundo debe usar sus propias fuerzas, pero nosotros los cristianos sólo necesitamos un poco de fe. Porque el Señor Jesús mismo en nosotros es nuestra santidad,

justificación, humildad, paciencia, etc. Cristo es todo para nosotros los cristianos.

Muchos enfatizan el «*creer*», pero tal énfasis degenera en obras o en conducta. Muchos enfatizan la obediencia; pero, a veces, esto también degenera en obras o en conducta. Tales cualidades proceden de la conducta del ser humano, pero no son el obrar de Cristo en el hombre. Por esta razón, los creyentes deberían ver que, por una parte, estamos en Cristo, de modo que todas las pasadas experiencias de Cristo son ahora nuestras. Y por otra parte, que Cristo está en nosotros para ser nuestra vida y vivir por nosotros. Simplemente creamos. Esto nos es representado en Isaac, porque él simplemente recibió su herencia y la disfrutó. ¡Gracias a Dios, ya sea que estemos «nosotros en Cristo» o «Cristo en nosotros», todo es de Dios!<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Nota: Es desconocido el lugar en el cual este mensaje fue predicado, pero el tiempo fue en 1940.

## 10

# LA MUERTE DE CRISTO LIBERA VIDA

*«Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? De un bautismo tengo que ser bautizado; ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!» (Lucas 12:49-50).*

*«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24).*

*«Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejare huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mi, y yo en vosotros» (Juan 14:16-20).*

*«De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así» (2ª Cor. 5:16).*

## Los Tres Aspectos de la Muerte de Cristo

La muerte de Cristo cubre tres aspectos diferentes, a saber: (1) sustitución, (2) identificación, y (3) liberación de vida. Realizando estos tres aspectos de la muerte de Cristo, se completa la obra redentora de Dios. Si miras solamente uno de estos tres aspectos, te sentirás inseguro, como si el camino de la salvación que Dios nos provee fuese incompleto y no pudieses depender de él. Los tres aspectos de la muerte de Cristo son extremadamente importantes. En primer lugar, la sangre del Señor Jesús

apunta a su muerte como nuestro sustituto. Para lograr esto, él ha derramado su preciosa sangre por nosotros. En segundo lugar, la muerte del Señor Jesús en la cruz nos muestra que estamos identificados con su muerte. No tuvimos parte alguna en el acto en que Cristo derramó su sangre, pero participamos de su cruz, porque cuando nuestro Señor fue a la cruz nos llevo allá con él. Necesitamos tomar nota de las palabras habladas en la Biblia, como también, de lo que allí no se ha dicho. La Biblia dice que fuimos crucificados con Cristo, pero jamás dice que hemos participado en el derramamiento de la sangre de Cristo, aunque, ciertamente hemos sido crucificados con Cristo.

Ahora bien, en el tercer aspecto de su muerte, la carne del Señor Jesús señala al hecho de que su muerte libera vida. Este aspecto en particular no tiene relación con Dios ni con los seres humanos. Porque su carne fue dada a la humanidad a fin de liberar su propia vida y dársela a los hombres. La carne señala a la vida del Señor Jesús. Revela que, a través de su muerte, él ha liberado su propia vida. Es su carne, no su cadáver. El Señor Jesucristo es originalmente Dios, pero vino a la tierra vestido con un cuerpo que tenía vida humana. Para poner en libertad su propia vida, él debió despojarse de su carne humana. En Lucas 12:49-50 está escrito que el Señor Jesús dijo: *«Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? De un bautismo tengo que ser bautizado; ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!»*. El «fuego» aquí no se refiere al fuego natural, porque es un fuego especial. *«Fuego vine a echar en la tierra»*, indica que este fuego no es natural de esta tierra, sino que es un fuego que desciende del cielo. De modo que el fuego aquí representa la vida de Dios, esto es, la vida de Cristo.

Nuestro Señor Jesús tenía la esperanza de que la gente de esta tierra recibiese su fuego, el cual es su vida. Cuando dijo estas palabras, la gente aun tenía que recibir su vida. Por eso, continuó diciendo: *«¿Y qué quiero, si ya se ha encendido?»*. Inmediatamente después de decir esto, agregó: *«De un bautismo tengo que ser bautizado; ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!»*. ¿Pero acaso no había ya sido bautizado en el Jordán? En Lucas 3:21 Dios nos dice que él ya había recibido su bautismo. Es algo que ya había

sucedido. El ya había sido bautizado casi tres años antes. ¿Por qué, entonces, habría de decir que él tenía un bautismo con el cual debía aún ser bautizado, como si no hubiera sucedido? Es necesario que comprendamos que el bautismo ahora mencionado se refiere a su muerte en la cruz. Porque el bautismo significa muerte; es ser sepultado. Por lo tanto, observando el asunto desde este ángulo, el bautismo de nuestro Señor Jesús mencionado en Lucas 12 aún debía suceder. Aún tenía que ser realizado en su vida.

## La Muerte de Cristo Libera Vida

En el principio la vida de Dios llenaba el universo. Después de que Cristo –el Verbo– fue hecho carne, esa vida divina fue circunscrita por la carne de su cuerpo; por lo tanto, no podía ser soltada, no podía ser puesta en libertad. La vida de Dios entró primero en la carne del Señor Jesús. Y el Señor Jesús anhelaba el bautismo por medio del cual él iba a despojarse de su cuerpo e impartir su vida a los seres humanos. Lucas 12:49-50 son los versículos más preciosos del Nuevo Testamento. Porque, antes de que este bautismo del Señor Jesús fuese efectuado, los doce apóstoles, que tan de cerca habían seguido al Señor, no podrían recibir ni siquiera un poquito de su vida. Por eso, este tercer aspecto de la muerte del Señor no está relacionado ni con Dios ni con los hombres, sino que está investido en el Señor mismo.

Veremos más claramente este punto si observamos Juan 12:24. Allí se menciona que nuestro Señor Jesús declaró: *«De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto»*. La muerte del grano de trigo nada tiene que ver con el pecado, ni tampoco tiene relación alguna con la identificación. La muerte del grano de trigo es sólo una muerte que pone en libertad la vida. Dentro del grano de trigo hay vida, sin embargo la vida del grano de trigo está circunscrita, encarcelada en su cáscara. Si pones un grano de trigo sobre una mesa, nada acontece. Permanece para siempre siendo sólo un grano. Debes sembrarlo en tierra, permitiendo así que su cor-

teza sea rota, destruida por el húmedo medio ambiente. Entonces la vida se abrirá paso. Enviara su raíz para abajo y sus ramas y hojas para arriba. Después de dos o tres meses, se multiplicará en cien granos de trigo. Cada uno de esos cien granos de trigo también tendrá vida en sí, y la vida de cada grano provendrá del primer grano de trigo.

Del mismo modo, por medio de la muerte de su Hijo unigénito, Dios tiene ahora innumerables hijos. Antes de la encarnación de Jesús, la vida de Dios parecía ser abstracta e intocable. Incluso después que Jesús nació, la vida de Dios estaba confinada por la carne. Pero, después de que Jesús fue al Calvario y fue crucificado, su vida fue puesta en libertad. La voluntad de Dios es hacer de su unigénito Hijo su primogénito Hijo, para que así el Padre pueda tener muchos otros hijos. Ahora, por medio de la muerte de su unigénito Hijo, la vida divina ha sido liberada y está produciendo muchos hijos. El grano de trigo original ha fructificado en cien granos. Y así tenemos ciento un granos. De modo que aquel único grano original ha llegado a ser ahora el primer grano. Antes de la resurrección de nuestro Señor Jesús, Dios tenía un sólo Hijo; pero después de su resurrección, Cristo llegó a ser el primogénito Hijo de Dios. En el día de su resurrección, el Señor le dijo a María Magdalena: «*Subo a mi Padre y a vuestro Padre*» (Juan 20:17b). Antes, el Padre era sólo el Padre de Cristo. No nos era posible llamarle Padre. ¡Aleluya! Desde la crucifixión en el Calvario y la resurrección de Cristo, el Hijo unigénito de Dios es ahora el primogénito Hijo de Dios: «*Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos*» (Hebreos 2:11).

## Otro Consolador

Ahora nos topamos con un problema. ¿Cuál es la forma que Dios ha provisto para que nosotros recibamos su vida? Leamos Juan 14:16-20. «*Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis,*



*porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejare huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros».* La palabra «otro» implica que ya hay uno, pero ahora viene un segundo. La palabra «Consolador» en el griego original es «*paracletos*». «*Cletos*» significa «ayuda,» mientras que «*para*» significa «*en una relación o manera paralela*». En español la palabra «paralelo» nos habla de líneas paralelas, como los rieles de un ferrocarril. La palabra griega «*para*» significa mantener siempre una distancia igual, estar siempre a nuestro lado. Dios nos da el segundo Consolador, quien ahora y por toda la eternidad está con nosotros y siempre nos ayuda.

«Otro» aquí significa «otro de la misma clase». Cristo, como Consolador de los discípulos en la tierra iba a morir, los iba a dejar, pero no para siempre. Porque iba a haber otro Consolador, el cual habría de estar con ellos para siempre. Y este otro Consolador es el Espíritu Santo, el Espíritu de verdad. El mundo no le puede recibir, porque no le ve ni le conocen. Pero este otro Consolador estará con nosotros para siempre. Aquí en Juan 14:17 yace la diferencia entre el Nuevo y el Antiguo Testamento. Durante el periodo del Antiguo Testamento, el Señor podía estar *con* la gente, pero su presencia era exterior, muy diferente de su presencia durante el Nuevo Testamento. De acuerdo al Nuevo Testamento, sin embargo, el Señor Jesucristo está ahora *en* los hombres. Está con la gente, porque está *en* la gente. Está con las personas, porque está dentro de las personas. Si tú eres cristiano, Cristo está contigo, porque está dentro de ti. ¡Estas son buenas nuevas! Anteriormente, tú y el Señor Jesús eran dos entidades separadas; ahora, tú y el Señor son uno, porque él ahora está en ti, muy dentro de ti.

La parte mística de este pasaje de la Biblia se percibe en el cambio del pronombre «*él*» en el versículo 17, al pronombre «*yo*» en el versículo 18. ¿Por qué? Notemos que «*él* es yo, y yo soy *él*». Creo firmemente en la doctrina de la Trinidad. El Señor Jesucristo mismo dijo que él y el Espíritu Santo son uno. Hoy el Señor Jesús viene a nosotros en el Espíritu Santo. Supongamos que yo

diga que un hombre va a venir en un automóvil a este lugar para predicar, pero que después diga que yo voy a venir a este lugar a predicar. Tal manera de hablar revelaría que el hombre mencionado primero soy yo simplemente. ¡Aleluya! El Señor Jesucristo ahora está en el Espíritu Santo. Como el apóstol Pablo dijo en 2<sup>a</sup> Corintios 5:16: *«De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así»*. En su encarnación, el Verbo fue hecho carne. Inmediatamente fue circunscrito, limitado por el tiempo y el espacio. Si él hubiera ido a Londres, no podría haber estado al mismo tiempo en Nueva York. Si él estaba con sus tres discípulos, no podía simultáneamente estar con sus otros nueve discípulos. Si él estaba con los setenta, no podía estar en ese mismo momento con los ciento veinte. Y, al mismo tiempo, no podía estar con los quinientos.

Si el Señor Jesucristo hubiera continuado viviendo en Jerusalén, nosotros, los cristianos, tendríamos que ahorrar dinero por tres o cuatro años para viajar a Jerusalén y adorarle allí. Tal es el caso con los musulmanes que van a La Meca. Pero hoy, el Señor Jesucristo ya no está en la carne. Antes de su muerte, él estaba vestido con un cuerpo. Él tenía un cuerpo que lo vestía, por así decir. Pero después de su muerte, él se desvistió de su cuerpo de carne y ahora está vestido con un cuerpo espiritual. Hoy el Señor Jesús viene a nosotros en el Espíritu Santo; por lo cual, él puede vivir en ti y en mí. A menudo, pienso cuán completa es la salvación que Dios nos ha provisto, pues ahora él puede ser recibido por nosotros. Hoy el Señor Jesucristo está en el Espíritu Santo, y así él está simultáneamente en todas partes, de modo que podamos recibirle. En Hechos 2:21 aprendemos que el apóstol Pedro citó las palabras de Joel 2:32<sup>a</sup>: *«Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo»*. El apóstol Pablo lo ha explicado más detalladamente diciendo: *«Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos»* (Romanos 10:8). Por favor, noten que esto es así porque la palabra está en el Espíritu; y por eso, él puede estar hoy simultáneamente en todas partes. De acuerdo a Juan 14:8b, Jesús dijo: *«No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros»*. Esto no se refiere a su segunda venida (porque en

su segunda venida él va a venir en forma visible); más bien, se refiere a su venir en el Espíritu Santo. Hoy el Señor ya ha venido a nosotros, y mora en nosotros por medio del Espíritu Santo.

## Conociendo a Cristo por Medio del Espíritu Santo

Algunos tal vez se lamenten: «Nací demasiado tarde. Si yo hubiera nacido dos mil años atrás, habría visto a Jesús con mis propios ojos». Mi respuesta a eso es la siguiente: «Aún si Pedro me ofreciera cambiar su lugar conmigo hoy, rehusaría su oferta. Aunque soy indigno, puedo presumir, sin arrogancia, que lo que ahora tengo sobrepasa lo que Pedro conocía en aquel entonces. Esto, porque Pedro conocía a Cristo en la carne, pero hoy yo conozco a Aquel que vive en mí». Cuando estaba en Europa, viajé por barco a Egipto. Un amigo me invitó a visitar Tierra Santa. No acepté la oferta. Me pregunté si una persona visitase el Gólgota, el huerto de Getsemaní, Sicar, etc., ¿aumentaría eso su conocimiento de Cristo? No, ni un poquito. De modo que no fui. Pablo dijo cierta vez: «*De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así*» (2ª Corintios 5:16). De modo que hoy no conocemos a Cristo en la carne, pues de esa manera solo lo conoceríamos por fuera. Por el contrario, ahora lo conocemos en el Espíritu Santo.

Cuán clara es la declaración que nos es dada en Romanos 8:9b: «*Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él*». ¿Quiénes son los hijos de Dios? Son aquellos que llegan a ser hijos de Dios por medio del unigénito Hijo de Dios. Porque ahora estamos en su Hijo, y en él llegamos a ser los muchos hijos de Dios. Todos los hijos de Dios en la Biblia están descritos en género masculino. ¿Por qué entonces en 2ª Corintios 6:18 leemos: «*Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso*»? Se debe a que este versículo nada tiene que ver con nuestra posición en Cristo. Por eso dice: «*hijos e hijas*». Mas, en Cristo no existe distinción genérica. Todos somos hijos de Dios porque hemos recibido la vida del Hijo de Dios. ¡Aleluya! El vivir del

Hijo de Dios está en nosotros. El vive en mí y en ti. Esto nos hace, a todos los cristianos, hijos de Dios, porque todos hemos recibido la vida del Hijo de Dios. Esto nos hace los muchos hijos de Dios. La vida en las hermanas es la misma que la vida en los hermanos.

*«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12).* Este versículo apunta particularmente a cómo recibimos la vida de Dios; pero no nos habla acerca de cómo un pecador recibe la salvación, aceptando a Cristo como su salvador.

Ahora llegamos a la conclusión de todo lo que se ha dicho. Los dos aspectos de la muerte de Cristo, específicamente la sangre y la cruz, tienen en vista al «pecador», mientras que el aspecto de la carne se refiere al «hombre». La sangre de nuestro Señor trata con los pecados. Significa la obra de Cristo como nuestro sustituto, la cual está orientada hacia Dios. Es de naturaleza objetiva, para limpiarnos, perdonarnos y justificarnos. Es una obra pasiva, en el sentido de que la recibimos por fe. La cruz trata con el viejo hombre. Obra dentro de nosotros. Es una obra de identificación con el Señor Jesús. Es de naturaleza subjetiva, en el sentido de que involucra el cortar la carne y quitarla; pero también es objetiva, en el sentido de que esta obra ya ha sido forjada dentro nuestro por medio de nuestro creer. Los primeros dos aspectos sirven para librarnos de nuestros obstáculos. El aspecto de la muerte del Señor Jesús en lo relativo a su carne, es para tratar con el hombre y darle vida interna; esto es, vida dentro de él. Esta es la obra del Señor Jesús que pone en libertad su vida dentro de nosotros. Este tercer aspecto de su muerte es de naturaleza subjetiva, pues resulta en liberación, provisión, sustento y productividad. Nosotros también recibimos por fe este aspecto de la muerte de Cristo, para cumplir así el propósito de Dios. Tenemos que aprender a agradecer y a alabar más a Dios por el hecho de que su obra ya ha sido realizada.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Fuzhou el día 17 de Diciembre de 1936.

# 11

## LA VIDA VICTORIOSA

*«Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Col. 3:4).*

*«Porque para mí el vivir es Cristo» (Flp. 1:21a).*

*«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gál. 2:20a).*

*«Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1ª Cor. 1:30).*

Hemos visto en la Biblia como lo que Dios ha provisto para el hombre es siempre lo mejor. La sangre de Cristo nos habla de cómo él sirvió como nuestro sustituto, sufriendo el recto juicio de Dios. En Cristo crucificado fuimos crucificados –nuestro viejo hombre– juntamente con él. La carne de Cristo fue lacerada en la cruz, poniendo así en libertad su vida y depositándola dentro de nosotros. Lamentablemente, muchos consideran que la vida de Cristo dentro de nosotros sirve meramente para vigorizarnos. Fallan porque desconocen claramente la salvación que Cristo ha provisto para nosotros. Después de que son salvos, tratan de imitar a Cristo como si estuvieran copiando un documento. Si logran eso, piensan que son buenos cristianos; pero si fracasan, piensan que no son buenos cristianos. Piden que Señor les de fuerzas para ser como Cristo, llenos de humildad y santidad, tal como el vivir celestial de Jesús, y especialmente su vida de oración.

Estas personas procuran lograrlo por sí mismas. Si tú le dices a alguien que no puede lograrlo, porque es totalmente incapaz, no le va a gustar. Muchos me han reprendido a mí, Watchman Nee, diciéndome que soy malo; pero yo, en vez de enojarme, les digo que sus reprensiones son inadecuadas, ya que soy muchísimo peor que sus acusaciones. En este pequeño corazón mío, soy capaz de cometer todos los pecados del mundo. Por lo tanto, Dios ya me ha declarado incorregible. ¿Ves esto? Porque así es el ser humano, ¡ incorregible! Por esta razón, Dios no quiere que el hombre viva por sus propios medios. En vez de eso, Dios le concede que Cristo sea su vida, para expresar el vivir de Cristo por su intermedio. Tal es, pues, la salvación que Dios provee a los seres humanos.

¿Qué es la vida? Es algo dentro de ti que, cuando te es quitado, no puedes continuar existiendo. Cristo es mi vida. Si pudieras quitarme a Cristo, no podría continuar viviendo. Pablo no dijo: «Yo seré como Cristo, yo dependeré de Cristo, yo imitaré a Cristo por medio de su poder. Voy a tomar a Cristo como mi modelo». No dijo semejante cosa. Pero lo que Pablo dijo fue: «*Cristo vuestra vida*» (Colosenses 3:4). También dijo: «*Para mí el vivir es Cristo*» (Filipenses 1:21b). Pablo reconoció que su vida era Cristo. Vivió porque Cristo vivía en él. Le quitas a Cristo y Pablo ya no vive más.

## Cristo es la Vida Victoriosa

Lo que Dios ha preparado en el evangelio es que Cristo sea la vida de todos nosotros. De modo que ahora preguntaremos: ¿Qué es lo significa que Cristo es nuestra vida? «*Con Cristo estoy juntamente crucificado*» (Gálatas 2:20a), no es una meta que debemos alcanzar. Porque esta palabra jamás puede ser alcanzada por nosotros; pues es obra del Señor. Después de esta declaración, Pablo sigue diciendo: «*Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20b). En otras palabras, ahora Cristo está viviendo por mí. Porque «*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso*» (Jeremías 17:9a). A menos que Cristo viva en ti, no puedes evitar el

cometer pecados. El corazón humano está tan corrompido, que está más allá de la posibilidad de ser reparado. De modo que Dios tiene que quitarlo de en medio y reemplazarlo con Cristo como nuestra vida.

¿Qué es, entonces, la vida victoriosa? El Hijo de Dios en nosotros vence los pecados por nosotros; esta es la vida victoriosa. Pero, no se trata de que el Señor me da poder para ser santo y puro. No, pues la vida victoriosa es Cristo mismo manifestando su propia obediencia y gentileza, en mí y por mí. ¿Ves la diferencia entre Cristo, dándote fuerza para ser humilde, y Cristo, viviendo en ti como verdadera humildad? Es la diferencia entre el cielo y la tierra. Y serás realmente bendito si ves esto.

Mientras estaba predicando en Yantai, una madre me dijo: «Puedo ser victoriosa en muchas cosas, incluso hasta en confesarle a mi suegra mi mala actitud y reconciliarme con ella. Pero no puedo tener victoria contra los ruidos molestos que hacen mis dos hijos. Puedo ser paciente con sus griteríos cinco o seis veces, pero después de eso, pierdo la paciencia. ¡Ore por mí, por favor. Pídale a Dios que me dé un mejor medio ambiente, en el cual pueda ser victoriosa!». Mi respuesta fue la siguiente: «No puedo pedir a Dios que le haga victoriosa, porque Dios jamás hará semejante cosa. En vez de eso, él hará que sea derrotada. Porque la victoria viene de Dios. Es Cristo expresado como victoria en usted. Dios no le va a ayudar a vencer. Si usted intenta alcanzar la victoria por sí misma, aguantará la gritería de sus hijos cuatro veces, pero a la quinta vez, estallará. Sin embargo, supongamos que el Señor Jesús viene hasta su hogar a cuidar los niños en su lugar. ¿Podría aguantar la gritería? ¡Pues será más que vencedora, aun más de cien veces!».

## La Victoria es: Cristo Vive en Nosotros

La victoria es el Señor Jesucristo viviendo en nosotros. Porque él vive en mí, puede vencer en mi lugar. El vence por mí. No habrá tentación que él no pueda vencer. Dios no me ha dado a Cristo por modelo. Dios me ha dado a Cristo para que este sea

mi vida. Hace cuatro años yo estaba en Nueva York. Allí vivía un médico y su esposa. Tenían cuatro hijos. La esposa tenía unos cuarenta años y era sumamente humilde. Me dijo: «Le ruego que ore por mí para que Dios me conceda paciencia. Mis cuatro hijos me han puesto a prueba más allá de lo que puedo aguantar. Cuando uno de ellos se porta mal, lo puedo soportar. Incluso, cuando dos de ellos se comportan mal, lo soporto. Pero, cuando tres de mis hijos se comportan mal al mismo tiempo, el enojo se me sube a la cabeza. Ahora bien, si los cuatro llegan a portarse mal, pierdo la paciencia por completo». Le pregunté: «¿Qué es lo que le falta?». Me respondió: «Sin duda alguna, me falta paciencia». De modo que continué preguntándole: «¿Ha estado pidiendo a Dios que le dé paciencia? ¿Ha respondido Dios su oración?». Me respondió: «Aún no». Entonces le dije con franqueza: «Dios jamás responderá a esa oración suya, ni en el pasado, ni tampoco en el futuro. Antes, usted no tenía paciencia. Ni siquiera ahora usted tiene paciencia. Lo que a usted le falta no es paciencia». Me interrumpió diciendo: «¿Qué trata de decirme? ¿Que no es paciencia lo que me falta? ¿Qué me falta entonces?». Le respondí: «Lo que a usted le falta es Cristo, no es paciencia, ni gentileza, ni permanecer callada». Porque Cristo mismo es la verdadera paciencia, la verdadera humildad, la gentileza y la santidad. Sólo Cristo es la realidad funcional de cada virtud que necesitamos.

Mientras yo estaba en Shanghai, un hermano me dijo: «No me es posible ser paciente. ¿Cómo puedo llegar a tener paciencia?». Le dije: «En Shanghai hay una fábrica de cepillos de dientes. Solamente los venden al por mayor, no al menudeo. Así es nuestro Dios. Él solamente se ofrece al por mayor, nunca al menudeo. Si tú le pides un poquito de paciencia, él no te la va a dar. Porque él ha puesto todas las virtudes en Cristo. Al creer y recibir a Cristo, tú tienes a Cristo y en Cristo todas esas virtudes son ahora tuyas. De acuerdo a 1ª Corintios 1:30, Dios provee que Cristo sea mi santificación. No soy yo el que puede ser santo, sino que es Cristo en mí quien es mi santificación. Él expresa su santidad a través de mí. Lo hace por mí, en mi lugar. Si los ojos internos de alguien ven esto, estrecharé su mano con entusiasmo, lo felicitaré y le diré que es una de las personas más bende-



cidas del mundo. Pero, si aún estás procurando vivir tu propia vida con esfuerzo propio, tratando de ser santo, te sentirás muy miserable. Mas, con Cristo en ti habrás encontrado el secreto de la victoria. Esta es la victoria que Dios nos da».

## La Naturaleza de la Vida Victoriosa

### *1. No Es un Cambio, sino un Intercambio*

Veamos la naturaleza de la vida victoriosa. En primer lugar, es el resultado de un intercambio. No es un cambio de vida, sino un intercambio de vida. Yo no alcanzo la victoria porque he cambiado; más bien, se debe a que Dios me ha cambiado. Todos queremos cambiar, pero Dios nos muestra que no podemos ser reparados. Dios no tiene esperanza en que seamos restaurados. Él sabe que no podemos cambiar. Hay un dicho proverbial en el dialecto Fuzhow que dice: «Imposible de cambiar, aun hasta la muerte». Esto significa que una persona permanece inmutable para siempre. Gracias a Dios. Él nos muestra que no se trata de cambiar nuestra manera de vivir, sino que él mismo ha efectuado un intercambio de vida dentro de nosotros.

Cierta vez estaba en Shanghai y compré un reloj. La tienda me dio un certificado de garantía que repararía el reloj sin costo alguno para mí, en caso de que el reloj fuese dañado dentro del plazo de dos años. Compré el reloj y lo llevé a casa. Al siguiente día en la mañana, descubrí que el reloj se había atrasado dos horas. Lo llevé a la tienda y les informé esto. Ellos dijeron. «Muy bien, vamos a repararlo». Después de dos días recuperé mi reloj. Después de usarlo por un día, descubrí que se había atrasado una hora. Volví a llevarlo a la tienda. Después que lo repararon nuevamente, al día siguiente descubrí que se había parado por completo. Volví a llevarlo a la tienda y les mostré que el reloj se había parado por completo. Me respondieron: «Muy bien, no es necesario que nos diga más, lo repararemos». Volví a recibirlo después de una semana, pero al día siguiente noté que se había adelantado dos horas. De modo que volví a la tienda y les dije: «He tenido este reloj durante veinte días ya. Durante ese tiempo

el reloj ha estado en su posesión catorce días y en mi posesión durante sólo seis días. ¿Es éste su reloj o mi reloj? Si no pueden repararlo, por favor, denme otro reloj». Sin embargo, me respondieron: «No tenemos obligación de cambiar el reloj; la garantía es sólo para repararlo. Si el reloj no funciona bien, puede traerlo y nos responsabilizamos de repararlo hasta que el periodo de dos años de garantía termine.»

¿Pueden ver que reparación e intercambio son cosas totalmente diferentes? Reparar es corregir el daño, mientras que intercambio es descartar el viejo reloj y proveer uno nuevo. Reparar es el pensamiento del hombre; intercambio es la salvación que Dios provee. El hombre usualmente piensa en pedirle a Dios fuerzas para cambiar y mejorar, sin comprender que todos los seres humanos somos como ese reloj, que de tan malo ya era irreparable. Era necesario un intercambio, y recibir otro reloj completamente nuevo. La salvación que Dios provee no estriba en ayudarnos a cambiar nuestra conducta y mejorarnos a nosotros mismos, de modo que podamos ser victoriosos. Radica, esencialmente, en que logramos ser vencedores porque Cristo mismo viene a vivir dentro de nosotros, sustituyendo nuestro vivir por su vida dentro de nosotros. Porque Dios jamás nos cambiará. En vez de repararnos, intercambiará nuestra vieja vida por su propia vida, para expresarse libremente a través de nosotros.

Estaba yo cierta vez en Yantai, predicando a gente del oeste. Después que les mencioné este asunto de ser victoriosos, alguien preguntó: «¿Cómo puede ser cambiada una vida?». Les dije que la victoria no viene al cambiar mi vida, sino por un intercambio de vida. La gente siempre ha estado pensando en cambiar su manera de vivir por su propio esfuerzo. Sin embargo, desde el punto de vista de Dios, los seres humanos estamos tan corrompidos que somos irreparables. No fue el caso de Adán, quien no fue cambiado para llegar a ser un hijo de Dios. Tampoco fue así en el caso de la cizaña, que nunca pudo ser cambiada para ser una espiga de trigo. En vez de eso, Adán fue intercambiado por Dios, para llegar a ser un hijo de Dios, y la cizaña fue trocada por una espiga de trigo. Dios ha usado la cruz de Cristo para crucificar nuestro viejo hombre, a fin de que Cristo en nosotros venza

por nosotros. Nuestra vida debe ser totalmente intercambiada y no meramente cambiada de algún modo.

Debo mencionar otro caso más. El año pasado en Shanghai, un misionero extranjero vino a verme y me habló de un amigo suyo, misionero y maestro de escuela. Este amigo había estado en Shanghai por casi seis años, pero no podía mantener una buena relación con sus colegas, ni tampoco con sus alumnos, porque tenía muy mal genio. Ni la escuela, ni la asociación misionera sabían qué hacer. Por esa razón, la asociación misionera decidió retornarlo a su tierra natal en noviembre. El misionero que me relató esto quería que yo ayudase a su amigo. Me dijo: «Este hombre es tan extraño; nunca se ríe. Cada vez que se encuentra con alguien, su semblante tiene un aspecto hosco. Está enojado desde el alba hasta que se pone el sol. Todos le han tomado miedo. Todos se alejan apenas lo ven. Desde hace seis años se ha comportado así. Nadie en la escuela puede trabajar con él. La totalidad de los cuatrocientos y tantos de alumnos de la escuela le tienen miedo. Donde vaya, discute enojado con la gente. Tengo miedo de que esté oprimido de demonios. Señor Nee, usted conoce la verdad en cuanto a la vida victoriosa. ¿Puede ayudarnos de alguna manera? Después de oír este relato, me sentí gozoso en mi corazón; porque iba a confrontar a una persona imposible, ya que, era claro, este era un caso humanamente imposible de resolver. Pero era posible para Dios. Dios se especializa en solucionar casos imposibles. De modo que dije al misionero que vería a su amigo.

Después de dos días, estaba solo en casa. Me trajeron a ese hombre y me lo presentaron. ¡Cuando le vi por primera vez, casi morí de susto! En toda mi vida, jamás había visto una persona así. Comprendí que lo que el misionero me había dicho era cierto. Cuando lo vi, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Temí que este de veras fuese un caso de opresión de demonios. Sin embargo, cuando este hombre me vio, sus lágrimas comenzaron a fluir, y me dijo: «Nadie me quiere». Se puso a llorar y su rostro se volvió feo, como si estuviese a punto de explotar de rabia.

Le pregunté: «¿Cómo se siente?». Me respondió: «A menudo compro cosas para el prójimo, predico el evangelio y oro por la

gente. Cuando la gente se enferma, oro por ellos, y son sanados. Pero reconozco que mi mal genio ha empeorado un poco». Ante esto, le pregunte: «¿Un poco?». Entonces me respondió: «Para serle franco, mi mal genio ha empeorado muchísimo». Continué preguntándole: «¿Es así desde su niñez o sólo le ha sucedido ahora?». Respondió: «Si recuerdo bien, he tenido mal genio desde que tenía cuatro años. Mi madre murió cuando yo tenía trece años, y mi mal genio se tornó aún peor. Hasta el día de hoy, me siento incapaz de controlarme. Sé bien que esto no solamente deshonra al Señor Jesucristo, sino que de continuo me hace pecar. Percibo que soy la persona más miserable del mundo, porque nadie está dispuesto a saludarme, y menos aún a hablarme». Al hablar conmigo, este hombre lloraba. En contraste con esto, comencé a reírme. Me miró herido, y me dijo lastimosamente: «¡No se ría de mi mal temperamento!». Respondí: «No me río de su mal temperamento, me río de gozo. Me regocijo debido a su incapacidad. Esto abre la puerta para que Dios obre».

Luego le dije: «No hay dificultad alguna frente a una situación como la suya. No es imposible que usted obtenga la victoria, si realmente quiere. Puede lograrse en un minuto. La cuestión no estriba en cuán bueno o malo usted es, ni en si usted es capaz o incapaz, sino en si Dios puede. Porque el ser vencedor no depende de usted mismo, depende totalmente de Dios. Cristo en usted puede vencer siempre en su lugar. Él lo quiere hacer todo por usted. Es por medio de Cristo, no por medio suyo, que se logra la victoria.

Entonces me dijo: «¿Qué es lo que debo hacer para controlar mi mal temperamento?». Le respondí de la siguiente manera: «Usted no debe hacer nada. Permita que Cristo lo haga todo. Deje que Cristo en usted lo haga por usted. No se mire a sí mismo. Mire sólo al Cristo de Dios. Dios le hará a usted victorioso».

Habíamos hablado por cuatro horas y media, pero la luz no logró penetrar su mente. De modo que nos arrodillamos y oramos. El oró de esta manera: «¡Oh, Dios, de veras que estoy totalmente podrido! No tengo ni la más mínima esperanza de mejorarme. Soy impotente. De ahora en adelante, no voy a confiar más en mí mismo. No puedo vencer. Oh Dios, a menos que

tú seas quien es victorioso a través de mí, estoy arruinado para siempre. Desde ahora en adelante, me entrego a ti, Dios mío. ¡Ahora tú eres responsable de mí!».

Después que hubo orado sinceramente, me preguntó nuevamente: «¿Qué tengo que hacer después de esto?». Le dije: «Nada». Entonces sonrió y se levantó para irse. Después de dar unos pocos pasos, se volvió y me dijo: «¿De veras que no debo hacer nada?». Le respondí: «Es cierto, bueno es que no haga nada, absolutamente nada. Cuando Satanás venga a tentarlo para que tenga paciencia, diga: 'Yo no puedo tener paciencia. Cristo, te pido por favor que tú tengas paciencia en mi lugar. ¡Hazlo por mí!'». Murmuró: «Sí, sí. No necesito hacer nada. Si resultado librado de mi mal temperamento, eso debe hacerlo Dios y no yo».

Unos pocos días después, pregunté acerca de su condición. Una persona me dijo: «¡Es raro, es algo muy raro! Toda la escuela está disfrutando ahora una paz que no tuvo nunca antes. Durante los últimos seis años, jamás habíamos visto a ese hombre tan tranquilo. Pero ahora nada hosco ni hostil oímos de él. Dios de veras ha manifestado su maravilloso poder en él».

Permítanme decirles que si ese hombre ha logrado ser vencedor, entonces cualquier persona puede ser vencedora también.

Después de unos días, vino a nuestra reunión evangélica. Ahora él también se podía reír. Más tarde, sus colegas y sus alumnos dieron testimonio de que ese hombre había experimentado un verdadero intercambio, su vida por la vida de Cristo, su propio vivir por la vida de Cristo manifestada en él. Debido a su total transformación, la agencia misionera decidió no retornarlo a su país natal.

No vencemos los pecados con la oración, los estudios bíblicos o el poder. No digo que no necesitamos orar y leer la Biblia. La oración y la lectura de la Biblia tienen sus propios beneficios. Sin embargo no son el poder para vencer los pecados. En Mateo capítulos 5, 6 y 7 dice que somos hijos de Dios. Porque si Dios demanda que lleguemos a ser sus hijos, esto es algo que nunca lograríamos hacer. *«Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que*

*está en los cielos»* (Mateo 5:16). Tus buenas obras traen gloria a Dios: eso comprueba que es Dios quien obra en ti, por eso la gloria debe ser dada a él y no a ti. Si otro hermano predica un buen mensaje, ¿acaso la gente me alabaría a mí, en vez de alabar a mi hermano? La razón radica en que todas estas buenas obras provienen de Dios, y son obra de Dios, no de los hombres.

## 2. No es Lograda, sino Obtenida

Otra característica de la vida victoriosa es que se puede obtener, pero no alcanzar por nosotros mismos. Tú sólo puedes obtener la victoria por gracia, pero no puedes alcanzarla por tu propio esfuerzo. Obtener es recibir, mientras que alcanzar requiere un arduo esfuerzo. ¿Gastaste tiempo y esfuerzo para obtener tu salvación? No, simplemente la recibiste y así la obtuviste. De manera similar, la victoria se obtiene sin ningún esfuerzo por alcanzarla. El significado de *«obtener»* es que tan pronto la recibes, ya la tienes. *«Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo»* (1ª Corintios 15:57). Gracias a Dios, la victoria no se logra con esfuerzo; la victoria nos es dada por Dios. Ya que Dios nos la ofrece, simplemente extendemos nuestra mano de fe para recibirla y así la obtenemos.

Charles G. Trumbull era un hermano espiritual. Reconocía que la vida victoriosa es realmente un milagro. Cierta vez testificó a uno de los ancianos de una iglesia que, desde el día en que había aceptado al Señor Jesucristo como su vida, nunca había perdido los estribos y ni siquiera había tenido la inclinación a enojarse. El anciano le respondió: «Creo que eso es cierto en su vida, pero en mi experiencia personal, eso no es una realidad». El Sr. Trumbull le pidió que orase juntamente con él. Después de que oraron juntos, ese mismo anciano testificó diciendo: «Jamás en mi vida había yo experimentado nada semejante a lo que me pasó esa noche. ¡Es verdaderamente un milagro! No hay necesidad de luchar, ni de esforzarse, ni siquiera de desear que suceda. Esto es realmente maravilloso, es un milagro». No mucho tiempo después, este anciano escribió una carta al Sr. Trumbull diciéndole que en el lugar donde trabajaba había una mala influencia. Mientras que anteriormente él había tenido que controlarse,

ahora, después de haber orado con el Sr. Trumbull, no necesitaba reprimirse más, ni tampoco tenía pensamiento alguno de hacerlo así.

Con anterioridad, había un ministro anglicano en Inglaterra. Su nombre era H.W. Webb-Peploe. Un día murió su hija. Después del entierro, percibió que el día siguiente era el día del Señor. ¿Qué clase de sermón iba a preparar para predicar a la gente? Pensó en 2ª Corintios 12:9 y planeando usar «*Bástate mi gracia*» como su tema. Se arrodilló y oró pidiendo la bendición de Dios sobre este tema. Mientras oraba, se preguntó a sí mismo: «¿Es realmente suficiente la gracia de Dios para mí? Si esto no es cierto para mí, ¿cómo puedo decir a la gente que la gracia de Dios es suficiente para ellos? Mi hija está muerta. Estoy afligido y me duele el corazón. No puedo someterme. Esto demuestra que la gracia de Dios no es suficiente para mí. No puedo mentir». Estaba pensando que sería mejor cambiar de tema, pero solo disponía de un poco de tiempo. De modo que oró pidiendo a Dios de esta manera: «Oh Dios, hazme tener la experiencia de tu gracia suficiente, haz que tu gracia sea suficiente para mí». Oró por mucho tiempo, pero parecía que no había efecto alguno. Precisamente en ese momento, sin intención alguna, vio un texto en un marco colgado de la pared. Ese texto le había sido regalado por su madre. Era precisamente ese versículo en 2ª Corintios 12:9, «*Bástate mi gracia*». La palabra «*mí*» estaba pintada en verde brillante. De pronto fue iluminado interiormente. «¿No dijo Dios «*Bástate mi gracia*»? ¡Pero mi actitud es como si Dios me hubiera dicho que su gracia no es suficiente!». En seguida confesó su pecado a Dios, y luego agradeció y alabó a Dios, declarando gozosamente que su gracia era de veras suficiente para él. Fue lleno de gozo y de agradecimiento a Dios. Al día siguiente se paró tras el púlpito y predicó el mejor sermón de su vida. Algunas personas le preguntaron cuál era su secreto. Replicó que después del funeral de su hija, él vio lo que la palabra «*creer*» significa. «*Creer*» no es pedir a Dios que cumpla su promesa; sino que más bien es alabarle y agradecerle porque él ya ha cumplido su promesa. Dios así lo ha dicho. A partir de ese incidente su vida fue totalmente diferente.

Al entrar la vida de Cristo en ti, te capacita para vivir en la tierra exactamente como el unigénito Hijo de Dios vivió en Nazaret durante sus días en esta tierra. Dios va a levantar una clase de nuevas criaturas que tienen a su Hijo como su vida, y por consiguiente, viven visiblemente la vida de su Hijo. «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*» (Filipenses 4:13). La palabra «*fortalece*» significa que me «*me capacita, me da poder*» de modo que, «*todo lo puedo en Cristo, pues Cristo me capacita con poder*». Ya no habrá nada demasiado difícil para ti, porque hoy hay Alguien dentro de ti que te capacita con poder, pues es todopoderoso. Nuestro Señor no quiere que seamos gente ordinaria, ni común. Él quiere que vivamos una vida llena de Dios, capacitados para decir lo que la gente común no está capacitada para decir. Y que podamos además hacer lo que la gente común no está capacitada para hacer, y vivir de tal manera que no requiera esfuerzo alguno, encarando situaciones que la gente común no puede sobrellevar. Con Cristo dentro de nosotros, podemos vivir una vida semejante.

Permítanme decir algo que va a ofender a ciertas personas. Hoy hay en las iglesias demasiadas personas que parecen ser inútiles. Son aquellos que Dios no puede usar. Eso se debe a que no están viviendo la vida victoriosa. No pueden testificar al mundo acerca de la vida de Cristo, ni tampoco ayudar a otros a ser victoriosos. Pidamos a Dios que nos ilumine interiormente. De esa manera podremos ver cuál es la naturaleza de la vida victoriosa. Gracias a Dios, la salvación es plena y completa. Dios no sólo nos ha salvado del castigo que merecen nuestros pecados, sino que también nos ha libertado de ser esclavos del pecado. Dios nos hace salvos, permitiendo que Cristo sufriese el juicio contra nuestros pecados en lugar nuestro, crucificando a nuestro viejo hombre juntamente con Cristo, y poniendo así en libertad a la vida de Cristo dentro de nosotros, para que él viva a través de nosotros. De esta manera, Cristo mismo es nuestra vida victoriosa.

Gracias a Dios, aunque el trono de Dios está en el cielo, está también en nuestros corazones. Gracias a Dios, aunque él vive en el cielo, vive también dentro de nosotros. Él cumple en nosotros todo lo que agrada a Dios. Todos los mandamientos grandes



y difíciles dados en la Biblia están designados para que los seres humanos los cumplan, porque el Señor Jesucristo personalmente los cumplirá en nosotros, por nosotros, con nosotros y para la gloria de Dios Padre. Cuanto más difícil y duro sea un mandamiento, mayor será la comprobación de la suficiencia del Señor Jesucristo para *cumplirlo*. De acuerdo a Mateo 22:37, «*Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente*». Margaret E. Barber escribió la siguiente oración: «Oh Señor Jesucristo, te agradezco por haberme dado este mandamiento». Escribió eso porque sabía que el Señor lo haría así a través de ella. Solamente Cristo puede cumplir todos los mandamientos de la Biblia. Gracias al Señor, Cristo es nuestra vida. Cristo es nuestra victoria.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Fuzhou, el 19 de Diciembre de 1936.



## 12

### OBTENIENDO LA VIDA VICTORIOSA (1)

*«Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico. Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Y los que oyeron esto dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (Lucas 18:18-27).*

*«Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo adelante, subió a un árbol sicomoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, descendiende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces el descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor; He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:1-10).*

Ya hemos visto lo que es la vida victoriosa. La vida victoriosa es Cristo viviendo en nosotros. No logramos ser vencedores al recibir ayuda para ser como Cristo; más bien, es Cristo mismo quine vive en nosotros y vence por nosotros. La victoria no nos

llega debido a que hemos recibido poder para ser humildes y libres de preocupaciones; la victoria nos llega a través de Cristo en nosotros, que llega a ser, él mismo, nuestra humildad y nuestra paz.

¿Por qué muchos cristianos fracasan hoy en obtener lo que Dios ha provisto para ellos? En realidad, cada uno de nosotros que creemos, ya estamos en el pleno disfrute de todo lo que la sangre, la cruz, y la carne de Cristo han obtenido para nosotros. Sin embargo, en su propia experiencia, muchos no alcanzan aún su plena herencia. Son como una persona que ha comprado dos paquetes de cosas, pero sólo abre un paquete y deja cerrado el otro hasta tal vez tres o cinco años más. ¡Qué lamentable es que muchos cristianos actúen de la misma manera en cuanto a la maravillosa provisión que Dios ha preparado para nosotros! Usemos estos pasajes de las Escrituras para explicar cómo podemos obtener la vida victoriosa.

## Imposible para el Hombre, pero Posible para Dios

Dice en Lucas 18:26: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?»; pero en Lucas 19:9 leemos: «Hoy ha venido la salvación a esta casa». El capítulo 18 nos muestra un joven principal y rico. Este le preguntó a Jesús qué debía hacer para heredar la vida eterna. El Señor le respondió sugiriendo que debía guardar los mandamientos, tales como no adulterar, no matar, no robar, no mentir, honrar a su padre y a su madre. Cuando el joven dijo que había cumplido todos estos mandamientos desde su juventud, el Señor le respondió diciendo: «*Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres...*». Después de oír esto, este joven se fue muy triste. En consecuencia, el Señor comentó: «*¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja; que entrar un rico en el reino de Dios. Y los que oyeron esto dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*».

El rico del capítulo 19 difiere del rico en el capítulo 18 en que el primero era un cobrador de impuestos, mientras que el otro

era un heredero joven. De acuerdo a un promedio general, el de más edad en el capítulo 19 usualmente sería más avaro que el joven en el capítulo 18; ya que el más joven tenía menos experiencia en conocer el valor de las riquezas. Sin embargo, lo que hizo Zaqueo en el capítulo 19 fue lo que el joven rico en el capítulo 18 no logró hacer. ¿Por qué? Pues un joven es usualmente más liberal con su dinero y no ama tanto sus riquezas. Pero ese joven era diferente, porque se aferró fuertemente a su dinero. Ciertamente no sólo el joven rico no podía desligarse de su dinero, sino que tampoco podía hacerlo el más viejo. Zaqueo no era diferente. Sin embargo, en la vida de Zaqueo hubo una obra de Dios, como Jesús dijo en Lucas 19:9: *«Hoy ha venido la salvación a esta casa»*. Esto indica que por medio de una obra de divina, Zaqueo pudo desligarse de la garra con que las riquezas lo habían aferrado. Porque la salvación de Dios había llegado hasta él. La salvación de Dios es Jesús. Inmediatamente después, el Señor Jesús dijo: *«...por cuanto el también es hijo de Abraham»*. La frase *«hijo de Abraham»* significa que Zaqueo era un hombre con fe, y tenía la misma fe de Abraham. De modo que lo que Zaqueo hizo fue hecho por fe, no por sus propias obras.

## Realizándolo – Imposible para los Humanos

El Señor Jesucristo pidió al joven rico que vendiese todo lo que tenía y que diese el dinero a los pobres, pero el joven no pudo hacerlo. El Señor Jesús no pidió a Zaqueo, el más viejo de los dos, que repartiera su riqueza entre los pobres. Sin embargo, Zaqueo dio voluntariamente muchas de sus riquezas, y lo hizo rápidamente. ¿Qué motivó tanta diferencia? Pues la diferencia estriba en las palabras de Jesús: *«Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios»*. Ese joven rico es un excelente ejemplo del concepto, *«lo que es imposible para los hombres»*, que se halla en la primera parte de Lucas 18:27, mientras que Zaqueo es un excelente ejemplo del concepto, *«es posible para Dios, que encontramos en la segunda parte de este versículo*. De modo que un primer secreto de la vida victoriosa está en reconocer el contenido

de esta frase, «*imposible para los hombres*». Necesitamos reconocer que verdaderamente la vida victoriosa es imposible para los hombres.

El propósito del Señor Jesucristo no era pedir al joven rico que realmente vendiese todo, como condición para heredar la vida eterna. En vez de eso, el Señor deseaba que el joven rico comprendiese que una acción tal era imposible para los hombres. Este joven era realmente bueno. Se consideraba una persona extraordinaria porque había cumplido los mandamientos. El Señor puso intencionalmente ante él algo que al joven le faltaba. Muchos cristianos, ya salvos, son capaces de vencer muchos de sus viejos pecados, excepto unos pocos. ¿Por qué no pueden vencer esos pocos viejos pecados? El Señor permite que esto suceda para enseñarnos la lección de que tales victorias son imposibles de lograr para los hombres. Podemos comparar esto a correr una carrera de obstáculos. Tú puedes saltar por encima de todas las vallas, excepto una o dos. Dios sabe que tú no puedes, pero tú aún no ves tu incapacidad. Tal vez, puedas cumplir los Diez Mandamientos, pero el Señor pone delante de ti el mandamiento número once, que no te es posible cumplir.

Con respecto a todos nosotros, parece que hay uno o dos pecados que no podemos vencer. Tal pecado, o pecados, se torna nuestro problema especial. Cierta vez en Shanghai, fui a comprar algo en una tienda. Al salir de mi casa me topé con un hermano, al cual saludé inclinando mi cabeza. Frente a la tienda me topé nuevamente con él y volví a saludarlo. En la calle siguiente me volví a topar con él y le saludé otra vez más. Ese día en un plazo de una hora, saludé a ese hermano diez veces. Cuando pecamos, nos ocurre exactamente lo mismo. Parece que frecuentemente nos topamos con el mismo pecado. Cometemos el mismo pecado hoy y mañana y también al día siguiente. Nos hemos familiarizado mucho con el mismo pecado. Nuestros pecados parecen ser especiales, no los pecados generales de la gente. Una persona adusta es siempre adusta. Un hombre pesimista es siempre pesimista. Un orgulloso es siempre orgulloso. El preocupado siempre anda preocupado. El que desprecia a los demás, siempre los desprecia. El que rápidamente pierde control de sí mis-

mo, siempre se descontrola pronto. A cada persona le falta por lo menos algo. Y Dios desea que veamos que para los seres humanos siempre hay algo que nos resulta imposible lograr, algo que es imposible para los hombres.

Cierta vez en Yantai me encontré con la esposa de un médico, la cual procuraba la vida victoriosa. Durante un mes entero había pedido a Dios que le diera la vida victoriosa. Durante las primeras tres semanas pareció ser capaz de vencer varios de sus pecados, sin embargo, aún había un pecado que ella no podía vencer. Un día, mientras estaba tocando el piano, paró súbitamente y se puso a llorar. Después de un rato, le pregunté cual era el problema. Me respondió: «Es imposible. En este asunto soy impotente. Durante tres semanas he estado peleando diariamente contra mis pecados y mis tentaciones. A muchos de mis pecados los he vencido, pero en cuanto a esta costumbre mía de comer dulces a toda hora, soy incapaz de vencer. Yo soy misionera. No tengo la valentía de mencionar a otros que aún me domina este pecado». Mientras me hablaba, lloraba copiosamente. Permití que llorase, aunque interiormente me alegré y hasta me puse a reír ruidosamente. Me miró sorprendida y me preguntó, muy herida: «¿Por qué se ríe?». Entonces le respondí: «Me río porque me alegro muchísimo que hoy usted al fin haya llegado a la conclusión de que le es imposible vencer la tentación de comer dulces a toda hora. Ya han pasado veinte días; pero doy gracias a Dios que al fin ha llegado el día en que usted finalmente comprendió que no puede vencer ese pecado. Comprenda que, por así decirlo, Dios ha permitido que aún permanezca en usted ese pecado que le es imposible vencer. Dios quiere que usted llegue a ver que lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios, cuando Dios le da la victoria. Permítame decirle que el Señor Jesucristo quiere que usted reconozca su imposibilidad. Cuando usted realmente comprenda que usted no puede, entonces Dios le mostrará que él puede» ¿Ves el principio, la norma que Dios usa? Imposible contigo, pero posible para Dios.

Una madre, hermana en Cristo, era una buena mujer. Se preocupaba por sus hijos desde el alba hasta el anochecer. Sin embargo, no comprendía que preocuparse es pecado. Pero, un día

vio que así era y se encontró atrapada en un pantano. Previamente, no se conocía a sí misma, mas luego llegó a un claro conocimiento de sí misma. Realmente percibió que le era imposible dejar de preocuparse. Muchos pueden conocer bien la enseñanza de vivir victoriosamente, pero sin tener la experiencia práctica de vivir en victoria. Una de las razones es porque realmente no se conocen a sí mismos.

## No Es Tratar de Hacerlo

Hemos visto ya que Cristo es nuestra victoria; pero permitirle a él que sea nuestra victoria tiene sus condiciones, y esas son que debemos primero reconocer que para nosotros es imposible. Si en tu corazón tú insistes en que eres capaz, entonces Cristo no puede vivir por ti, ni tampoco vencer por ti. Porque la victoria es posible solamente para aquellos que están completamente derrotados. Ahora bien, he aquí otro problema: «Imposible» es una cosa, pero, «no tratar» es otra. ¿Cuándo es declarado limpio un leproso? Cuando la lepra cubre toda su piel, desde la cabeza hasta los pies; entonces es declarado limpio (Ver Levítico 13:12-13). Recuerden que en Juan 11 nuestro Señor ordenó a un muerto que se levantara. No estaba medio muerto. Estaba realmente muerto por varios días; tan verdaderamente muerto que su cuerpo hedía a podredumbre. Dios puede incluso resucitar a una muchedumbre de esqueletos blanqueados al sol. En verdad, es necesario que veamos que, aparte de Cristo, nada podemos hacer. Así que, la condición para obtener la victoria es, ante todo, que veamos que para ti y para mí nada es posible. Y la segunda condición es que no procuremos lograr la victoria. Porque imposibilidad y no tratar de lograrlo son dos cosas diferentes. Algunas personas saben que no pueden, pero aún siguen tratando de lograrlo. He aquí un peso de cien kilos, pero tú sólo puedes levantar cincuenta kilos; sin embargo, insistes en tratar de levantar los cien kilos. Tal actitud es vana. Dios sabe que somos tan corrompidos que tuvo que crucificarnos juntamente con Cristo. Nos ejecutó. Nos mató. Sin embargo, nuestra corrupción es tan pro-



funda que todavía persistimos en tratar de lograr la victoria. De modo que gastamos demasiado tiempo tratando de lograrlo. Tales personas jamás podrán ser liberadas. «No procuréis» significa que de aquí en adelante tú no solamente reconoces que te es imposible lograr la victoria, sino que también dejas de usar tus propias fuerzas tratando de obtener esa elusiva victoria.

Ahora sabes que Cristo ya está viviendo dentro de ti y que él en ti hará lo que te es imposible hacer. Las fuerzas de Cristo no son usadas para suplementar lo que te falta para hacer la obra de Dios. El vivir de Cristo en ti no es usado para remendar los agujeros existentes en tu egocéntrico vivir. Cristo desea vivir en ti y por ti. Siempre que te esfuerzas en tus propias fuerzas, Cristo no puede vivir por ti. Por eso, necesitamos ver que no solamente todo es «imposible para nosotros», sino también, que no debemos de «tratar de lograr lo imposible» por medio de nuestros propios esfuerzos.

*«¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?» (2ª Corintios 13:5b).* Si te has allegado al Señor Jesucristo, ya no estás más reprobado, porque ahora tienes a Cristo en ti, pero tu viejo hombre está también en ti. Ahora hay dos hombres en ti. Con Cristo y tu viejo hombre viviendo en ti al mismo tiempo, se crea un verdadero problema. ¿Qué deberías hacer? El problema se resuelve si uno de los residentes se muda. La salvación que Dios provee es que el viejo hombre sea crucificado juntamente con Cristo, para que solamente Cristo resida en ti ¡Eso es victoria!

Había cierta vez una hermana extranjera que vivía en Yantai. Tenía tres hijos que a menudo la enojaban. Me dijo: «No logro tener paciencia. ¿Qué debo hacer?». Le dije lo siguiente: «Si usted no puede tener paciencia, entonces no trate de lograrlo. Sólo venga a Jesucristo y dígame: ‘Oh Señor, no logro tener paciencia. Desde ahora en adelante, ni siquiera voy a tratar de ser paciente. Oh Señor, sé tú mi paciencia. Ya ni siquiera voy a tratar de ser paciente’. Permítame asegurarle que si aprende cómo cesar de esforzarse usted misma y cree en la habilidad del Señor, entonces usted va a disfrutar de completa victoria. Andar en victoria de esa manera es de veras un camino glorioso».

## Suelta Tus Manos y Entrégate a Dios

La victoria te llega cuando ya no procuras lograrla. Suelta tus manos y entrega todo a Dios. Dile: «Dios mío, entrego todo a ti. Desde ahora en adelante no miraré si soy buena persona o no». Una vez que te entregas a Dios, él indudablemente se encarga de ti. Cuando sueltas tus manos, Dios te toma a su cargo. Por ejemplo, cuando te ofrezco una tacita de café, el momento en que yo suelto la tacita es cuando tu mano toma posesión de la tacita. Siempre es así. Supongamos que te ofrezco una tacita de café, pero no suelto mis dedos de la tacita; entonces no puedes recibir el café. Así también es el asunto con Dios. Él espera que tú te sueltes totalmente antes de que él pueda tomarte en sus manos y encargarse de ti. Si tú esperas que Dios cuide de ti, tomándote en sus manos, antes de que sueltes tus manos, que tienes agarradas tan fuertemente de ti mismo, él nada puede hacer, sino esperar pacientemente que sueltes tus manos y ceses de controlarte a ti mismo. Sólo entonces, él te toma en sus manos y se encarga de ti. Porque Dios jamás te ayudará a hacer lo que tú quieres hacer. Él no permite que la gente ayude a Dios. Dios quiere y debe hacerlo todo, para que así él reciba toda la gloria. Si tú quieres hacer toda la obra solito, entonces Dios nada hará. Tú debes cesar de tratar de hacer la obra de Dios; sólo entonces Dios comenzará a hacer su obra en ti.

En caso de que te venga alguna tentación, puedes decirle al Señor: «Oh Señor, me vino una tentación. No soy capaz de resistirla, ni voy a tratar de resistirla. Oh Señor, te ruego que seas tú el que resiste la tentación en mí». Si sueltas tus manos de esta manera, permites que las divinas manos de Dios obren por ti. Así, él invariablemente será tu victoria. Cada día que vivimos, vivimos por gracia.

Cierto hermano en Tianjin me preguntó cómo podía el soltar sus manos. Le dije, «Hermano, ¿cuál es tu posición en la fábrica?». Me respondió: «Soy el jefe del departamento de sedas y ropa». Le pregunté entonces: «Supón que el dueño de la fábrica te diga: 'Los directores de la fábrica han decidido despedirlo, de modo que prepárese para irse'. ¿Tú qué harías?». Me respondió:

«Pues me prepararía para irme». Continué preguntándole: «Si después de que te vas, un vendedor de la fábrica viene a ti y trata de convencerte de que compres cierta clase de nueva seda, ¿Tú calcularías cuánto material aún tienes y cuanto más debes comprar para la compañía?». Respondió: «No, porque le informaría que yo he dejado la compañía y que tiene que ponerse en contacto con mi reemplazante». De modo que esta también es la forma en que soltamos nuestras manos aferradas a la obra que sólo Dios puede hacer y nosotros no podemos. Hemos quedado desempleados por Dios. Nada necesitamos hacer. Deberíamos permitir que Dios lo haga todo. Cuando Satanás se allega a ti, su motivo es agitarte para que peques. Tan pronto como estés agitado, le estás dando una oportunidad a Satanás. Nuestra victoria depende de que no intentemos pensar de inmediato en cómo podemos resistirle. Cuanto más resistimos, más fracasamos. Por eso, pongamos valientemente todo en manos de Dios, sin preocuparnos. Esto se llama victoria. Esto es soltar tus manos y ponerte en manos de Dios.

Un hermano me dijo que cada día peleaba contra el pecado. Un joven creyente le dijo: «Si yo fuera tú, no pelearía mas». Ante esto le respondió: Ya estaba derrotado, aun cuando luchaba y resistía al pecado. ¿Qué sucedería si dejo de resistir? ¿No sería peor mi derrota?». El joven le respondió: «No. Yo le diría a Dios: Dios mío, yo no puedo. Oh Dios, hazlo tú por mí. Me pongo en tus manos». Este es, pues, el secreto de la victoria. Debes soltar tus manos y Dios se encargará de todo. La victoria se basa no en lo mucho que tú haces, sino en lo mucho que hace Dios.

Un hermano procuró bajar dentro de un pozo profundo y seco. Ató una cuerda en el bozal del pozo y fue bajando por la cuerda hacia adentro del pozo. Sorpresivamente, llegó al término de la cuerda. No sabiendo cuán profundo era el pozo, decidió subir para conseguir una cuerda más larga, pero pronto descubrió que no tenía fuerzas suficientes para ascender. Gritó pidiendo ayuda, pero nadie vino a rescatarlo. Ya estaba totalmente exhausto. Siendo cristiano, comenzó a orar: «Dios mío, te pido que al menos esté contigo en la eternidad». Al terminar de orar, sus manos doloridas soltaron la cuerda. Cayó del cielo a la tierra. Pero, se-

gún resultó la cosa, cayó meramente unos diez centímetros. ¡Cuánto se lamentó haber gritado y causado tanto dolor a sus manos, colgado tanto tiempo de esa cuerda! Hubiera preferido soltar la cuerda mucho tiempo atrás. ¡La victoria estriba en soltar nuestras manos! ¡Suéltate! No tengas temor. No caerás dentro de la eternidad. ¡Caerás en Cristo, la sólida roca eterna! Suelta tus manos y vencerás. La victoria viene de Cristo y no de ti mismo. Suéltate de ti mismo y deja que Cristo lo haga todo por ti, y solo así será bien hecho. Porque la vida de victoria es para aquel que suelta sus manos por completo.

Estando yo en Yantai, un médico, el Dr. Shih, vino a oírme predicar. Tenía una larga historia de diez años fumando. Cuatro años antes había sido salvo, y se casó con una hermana en Cristo. Su esposa había estudiado teología, y era una mujer virtuosa. Durante esos cuatro años trató de dejar de fumar. Durante cierto año dejó de fumar siete u ocho veces, y el periodo más largo que pudo estar sin fumar fueron sólo cuatro días consecutivos. Aun cuando no tenía un cigarrillo en sus manos, su mente estaba llena de humo. De modo que volvía a fumar una y otra vez. Frecuentemente fumaba en secreto y cuando veía venir gente, apagaba el cigarrillo y se ponía una tableta de menta en la boca. Tenía miedo que la gente descubriese que había vuelto a fumar. Él mismo declaró que durante ese año había sufrido mucho tratando de dejar el vicio de fumar. Una y otra vez trató de dejar el tabaco, pero siempre fracasó. De modo que vino a verme, y me preguntó que debía hacer.

Me alegré al oír su historia, porque había venido una persona que iba a disfrutar de la victoria. De modo que le pregunté: «Hermano Shih, usted es médico. ¿Ingresaría usted a una persona sana en su hospital?». «No», me respondió, «el hospital no ingresa a gente sana. Sólo ingresan a los enfermos». Cuando oí eso, me llené de gozo, porque el Señor Jesucristo iba a tener otra oportunidad de tratar a un paciente. El Señor iba a tener otra oportunidad de manifestar su poder. Le dije: «¿Sabe usted que el Señor Jesucristo sólo ingresa enfermedades incurables? Usted me dijo que es incapaz de dejar de fumar. ¿Es esta una enfermedad incurable?». «Sí, ciertamente», me respondió, «he tratado de dejar de

fumar durante tres o cuatro años ya, pero no puedo parar de fumar. En mi caso, es una enfermedad incurable». Entonces le dije: «Bueno, veamos ahora lo que el Señor Jesucristo puede hacer. Usted no necesita hacer nada, pero dígame al Señor: No puedo dejar de fumar, soy incapaz, impotente, y de ahora en adelante ni siquiera voy a tratar de dejar de fumar. Oh Señor, me entrego a ti. Oh Señor, solo tú puedes. Por favor, líbrame de fumar».

Entonces le repetí las palabras de Pablo en 2ª Corintios 12:9: *«Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo»*. Y luego le dije: «A usted le es imposible dejar de fumar; esa es una buena señal. Pablo se enorgullecó de su debilidad. ¿Cómo reaccionó usted frente a su debilidad? ¿Derramó algunas lágrimas? No, de modo que dígame al Señor: «Señor Jesucristo, yo soy débil. He fracasado tratando de dejar de fumar. Francamente, no puedo dejar de hacerlo. Así como soy, siempre fumaré. Pero Señor, tú estás ahora en mí. Ahora bien, yo no voy a tratar de dejar de fumar. Tú tienes que hacerlo por mí». De modo que rogué a Dios repitiendo estas mismas palabras y se fue a su casa. Al día siguiente vino a decirme lo que le había dicho a su esposa. «Durante cuatro años has peleado conmigo debido a mi hábito de fumar y aún sigo fumando. Pero cuando fui a Dios, en cinco minutos todo quedó resuelto».

Entonces yo (Nee) le pregunté: «¿Y por qué no?». En respuesta a mi pregunta me dijo: «Yo mismo fumaré para siempre. Yo, Shih, continuaré fumando aún después de cinco o diez años más. Pero Aquel que me hace dejar de fumar es el Señor Jesucristo». Este hombre verdaderamente había vencido.

En Yantai, una señora vino a verme. Le pregunté si ella creía que de ahora en adelante podría vivir una vida victoriosa. Su respuesta fue que le llevaría bastante tiempo antes de que ella pudiese atreverse a responder tal pregunta. En sus palabras detecté su vivir derrotado. Porque la victoria no se alcanza por medio de una larga espera. La victoria es creer que sean cuales fueren las circunstancias, el Señor Jesucristo vive en mí y por mí. La victoria viene cuando uno suelta las manos aferradas al pro-

blema y simplemente cree. Si fracasamos en ser victoriosos, es debido a nuestro fracaso en soltar nuestras manos aferradas al problema, o debido a nuestro fracaso en creer. De otro modo, habría victoria.

Para resumir, entonces, el secreto de la victoria radical es, (1) que veas tu propia imposibilidad, (2) sueltes tus manos aferradas al problema, (3) que veas la habilidad del Señor Jesucristo, y (4) tener fe a diario una fe viva, creyendo que de ahora en adelante el Señor Jesús va a vivir por ti. Tú puedes creer que él vive por ti cuando te levantas gozosamente en la mañana. Debes también confiar que él viva en ti aun si no te sientes tan gozoso cuando te levantas de mañana. Entonces tu día siempre será vivido en victoria y gloria. Nunca te olvides de encomendarte al Señor, poniéndote en sus manos y luego creyendo que él ya ha tomado control de ti y vivirá la vida victoriosa en ti. Tú no estás poniendo esto a prueba para verificar si funciona o no. En vez de eso, tú estás ahora completamente entregado a Dios y estás creyendo absolutamente. Al entregarte a ti mismo al Señor Jesús, él obra en ti. Cree en tu corazón y el Señor no te fallará en vivir por ti. Vivirás una vida victoriosa si no fallas en creer y en soltar tus manos aferradas a tu problema.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Fuzhou, el 20 de Diciembre de 1936.

## 13

### VIVIENDO LA VIDA VICTORIOSA (2)

Ya hemos visto que tener a Cristo viviendo dentro de nosotros es tener la vida victoriosa. La condición para experimentar la victoria es bastante sencilla. Si retrocedemos, renunciamos, soltamos nuestras manos aferradas al timón de nuestras vidas y damos ese lugar a Cristo, él manifestará su victoria en nosotros. Si no soltamos nuestras manos aferradas, jamás seremos verdaderamente victoriosos. De modo que, es necesario que continuemos considerando este asunto de cómo podemos soltar nuestras manos controladoras y entregarnos de veras a Jesucristo.

#### Soltando Nuestras Manos Aferradas

Estando yo en Yantai, una hermana en Cristo me dijo que había procurado ser victoriosa, pero había fracasado. Realmente no sabía cómo soltar sus manos aferradas a sí misma. Le pregunté si alguna vez había viajado en un taxi a visitar a sus amistades. Su respuesta fue positiva. Entonces le pregunté si alguna vez al llegar a casa de sus amigas, y antes de que ella pudiese pagar el taxi, su amiga había salido y se había adelantado a pagar el viaje al taxista. Me dijo que así fue, y agregó que había tratado de compensar el viaje a su amiga, pero que esta le devolvió el dinero. De modo que utilicé ese evento para ilustrar mi punto, diciéndole: «Suponga-

mos que el costo del taxi fueron los sesenta pesos que tu amiga le dio al taxista y éste se fue. Pero tú no quieres que tu amiga gaste tanto dinero en ti, de modo que al finalizar tu visita, en el momento de la despedida, súbitamente pones sesenta pesos en la mano de tu amiga. Pero, tú y tu amiga luchan. Finalmente, pones el dinero al pie de la puerta y te vas. Pero te perturba el pensar en si tu amiga va a levantar ese dinero del suelo o no. Supongamos que tu amiga no levanta ese dinero. Entonces te preocupas de que algún transeúnte lo levante y se lo guarde. De modo que retornas rápido a dar una ojeada. Ves que el dinero aún está en el suelo. Te alejas nuevamente, pero vuelves a dar una ojeada. Si tu amiga te está mirando a través de las cortinas, jamás va a levantar ese dinero. Pero si dejas ese dinero allí, sin mirar atrás, tu amiga, una vez que te fuiste, tomará posiblemente el dinero». Después de que usé esta ilustración, ella comenzó a entender y así entró a disfrutar la vida victoriosa que tenemos en Cristo.

He mencionado anteriormente a la dama que amaba comer a toda hora. Antes de tener nuestra conversación, ella había invitado algunas personas a una comida que iba a ocurrir unos días después. Cuando llegó ese día, durante el evento, repentinamente lloró porque comprendió que no había logrado ser victoriosa. Todavía se hallaba derrotada, porque no había soltado sus manos aferradas a su problema. Hay un proverbio chino que dice: «Suelta tus manos y vete a casa». Si sueltas tus manos aferradas al problema, Dios toma el asunto en sus manos. Sin embargo, siempre procuramos solucionar todo nosotros mismos. Como Dios ya nos ha declarado incapaces, nada pide de nosotros, excepto que soltemos nuestras manos aferradas. Mientras seguimos pensando que vamos a hacer algo, Dios permite que hagamos lo que pensamos hacer, una y otra vez, de un fracaso a otro. Hasta que llegue el día en que finalmente oramos: «Oh Señor, te doy gracias porque yo nada puedo hacer, pero creo firmemente que tú puedes». Cuando confías en Dios así, inmediatamente lo verás obrar por ti. Muchos se entregan a Dios con una mano, pero con la otra mano se sienten incómodos. Por eso miran atrás, preguntándose si Dios realmente se encarga de todo o no. Eso no es entregarse realmente a Dios. Dios insiste en asumir toda la



responsabilidad. Si tú aun tienes las riendas firmemente aferradas en tus manos, Dios no hará nada. Solo esperará hasta que tú sueltes realmente tus manos aferradas al problema y ceses de preocuparte después de haberte entregado totalmente a él. Deja de preocuparte por lo que te pueda suceder, sea eso bueno o malo. Con una entrega tuya así, Dios ciertamente se hará cargo de todo y se responsabilizará de ti por completo. Tú suelta tus manos y entonces Dios tomará todo en sus manos.

## Cree

Sabemos que aún después de soltar sus manos, muchos sufren derrota. Esto se debe a su incredulidad. Después de soltar las manos aferradas al problema, uno debe continuar creyendo. Soltar nuestras manos del problema es algo negativo; pero también es necesario que uno crea, lo cual es algo positivo. Cree que ya has obtenido la victoria. Para describir esto con mayor exactitud, cree que nuestro Señor Jesucristo ya está viviendo en ti, y que tú ya disfrutas de comunión sin interrupción con él. Tú ya tienes una vida de oración y también un obediente corazón. Tienes el poder de ser vencedor cuando eres tentado, porque Cristo vive dentro de ti. «Suelta tus manos y cree» es una acción definitiva. Cada cristiano debería conocer la fecha y la hora cuando hizo la transacción con Dios. Esto es como saber la fecha específica de tu salvación. Soltar tus manos y creer es algo muy específico y definitivo. Después de que esto ocurre, debe ser mantenido como tal. Es algo que ha de ser continuado, no es algo hecho una sola vez para siempre. Algunos tal vez protesten diciendo que tal proceder les resulta difícil, porque, ¿cómo podemos recordar siempre? Inmediatamente tras haber oído un sermón, podríamos ciertamente recordar. Pero, cuando estamos ocupados con nuestros estudios, o con nuestro trabajo, nos olvidamos. ¿Qué podemos hacer entonces?

Tenemos un hermano en Cristo que está a cargo de una fábrica. Confesó que, durante el tiempo en su oficina, muchas veces el ruido de las máquinas era ensordecedor. Se preguntaba cómo

le sería posible estar siempre en Cristo. De modo que le pregunté: «Cuando te olvidas de que estás en Cristo, ¿sigues estando realmente en él?». Lo pensó un poco y luego me respondió: «Ciertamente, aún sigo en Cristo». Gracias a Dios, no importa si me acuerdo o si me olvido. La cuestión es: ¿Se acuerda Cristo de mí? Yo tal vez me olvide del Señor, pero el Señor jamás se olvida de mí. Tú y yo necesitamos ver que nosotros no somos el problema, porque ahora estamos en Cristo. Podemos descansar en el Señor, porque él asume toda la responsabilidad.

## Tal Como Soy

Un hermano preguntó: «¿Qué sucederá si yo hoy suelto mis manos aferradas, pero mañana no las suelto?». Bueno, puedes decirle a Jesús: «Oh Señor, simplemente no puedo soltar mis manos aferradas, ni tengo la intención de soltar mis manos. ¡Sin embargo, gracias a Dios, tú bien puedes hacer que yo suelte mis manos!». Aún si no puedes creer, todavía hay una manera de salir del problema.

Puedes decirle a Jesús: «Oh Señor, no puedo creer, ni tengo la intención de creer. Pero te agradezco porque tú puedes creer por mí». No existe debilidad nuestra que sea capaz de atar las omnipotentes manos de Dios. Ven al Señor tal como tú eres. Nada es imposible. ¡Aleluya! Después de esta transacción, verás cómo el Señor vence, por ti y para ti, los pecados que tú no puedes vencer por ti mismo.

Otro hermano preguntó: «Si suelto mis manos y creo hoy, ¿nunca he de volver a pecar otra vez?». No, aún tendrás la posibilidad de pecar. Pero, habrá una gran diferencia antes y después de que hayas soltado tus manos y creído. Antes de obtener el secreto de una vida victoriosa, tu derrota es inevitable y tu victoria rara vez se alcanza. Pero después de tu transacción con Dios, verás que la victoria es segura y la derrota es ocasional. Ahora tendrás una nota de victoria en tu cantar. Serás totalmente diferente. Ahora podrás vencer al pecado que siempre te asediaba. ¡Tu vida será muy diferente!

## Confrontando Tentaciones

Sin embargo, una vida victoriosa sigue expuesta a tentaciones. ¿Cómo puedes confrontar las tentaciones cuando éstas vienen? Las tentaciones que los cristianos enfrentan diariamente son de dos clases: Ciertas tentaciones te vienen lentamente, lo que te da tiempo de reflexionar. Pero otras tentaciones te vienen súbitamente, sin darte tiempo de considerar. Debido a que estas dos clases de tentaciones difieren en cuanto al tiempo en que ocurren, las formas de confrontarlas son también diferentes. Veámoslas una por una.

### *1. Confrontando Tentaciones Lentas*

La manera de confrontar tentaciones que nos llegan lentamente es cruzar el umbral de la victoria. Cuando llega la tentación, no la confrontes tu mismo. En vez de eso, puedes esconderte detrás del Señor Jesucristo. Entonces no eres tú el que resiste la tentación, ni tampoco el que lucha contra la tentación. Tú meramente le dices a Dios que, en tu natural, te gustaría perder tus estribos y dar rienda suelta a tu mal genio, y que no vas a tener paciencia por ti mismo. Puedes decirle: «Señor Jesús, te agradezco y te alabo. Solo tú eres mi verdadera paciencia. No soy yo mismo el que puede vencer. Como tu sangre derramada en la cruz por mí me ha salvado, así también tu carne, es decir, tu vida, también me libraré». Si realmente te afirmas en tal base, la tentación huirá de ti. Si luchases contra la tentación, si la resistieras, la tentación permanecería contigo. Pero al decir que no puedes hacerlo, pero que Dios realmente puede, tan pronto como declaras tu debilidad y te jactas del poder de Dios, la tentación cesa inmediatamente. Así, habrás cruzado el umbral de la victoria.

### *2. Confrontando Tentaciones Súbitas*

Concerniente a la segunda clase de tentaciones, deberíamos saber que una súbita tentación de pecar es como un dardo de fuego. Viene a ti sin que te percaes de ello. Para confrontar ese

dardo de fuego, necesitamos usar la fe como escudo. Muchos tratan la fe como si fuese un par de pinzas. Cuando un dardo encendido les hiere, usan las pinzas para sacarlo de la herida. Eso es un derroche de energía. ¿Qué es un escudo? Un escudo es lo que está puesto entre ti y los dardos encendidos del enemigo. Hemos de orar diariamente con fe para que Dios nos libere de las tentaciones, especialmente de la clase que viene inesperadamente. También necesitamos creer que, durante el día, Cristo puede vivir su vida en nosotros. Hemos de creer que antes, mientras estábamos en Adán y unidos a Adán, podíamos pecar sin ejercer nuestra voluntad ni nuestra fuerza; por eso ahora creemos que, estando ya en Cristo y unidos a él, tendremos la paciencia y la santidad de Cristo manifestadas en nosotros, sin nuestra determinación. Cada mañana nos despertamos creyendo que Dios nos va a librar de todas esas tentaciones súbitas. Cada mañana nos levantamos creyendo que la vida de Cristo será vivida por sí misma en nosotros, aun sin estar conscientes de ello.

Si alguien dijera que no se atreve a garantizar que no va a fracasar durante el día, tal persona definitivamente va a ser derrotada. Aun el que declare que va a ser más que vencedor ese día, no tiene garantía de que no fracase. La victoria es solamente para aquel que pueda orar: «Oh Señor, te agradezco porque me dices: 'Bástate mi gracia'. Yo soy débil y siempre seré débil. No tengo fuerzas. No puedo vencer al pecado. Pero eres tú quien me dice: 'Bástate mi gracia'. Por eso, yo me entrego a ti y creo en ti. Creo que tu gracia es suficiente para mí». Tal persona tiene la palabra de Dios. Cree en la palabra de Dios y se afirma en ella. Esa persona es la que va a vencer. El escudo de la fe ha de ser usado constantemente. ¡Cuán bendita es la oración que nuestro Señor Jesús hizo al Padre! Pidió al Padre que lo librara de la tentación (ver Mateo 6:13). Tú debes orar la misma oración: «Oh Señor, líbrame de tentaciones súbitas». Así, tú también podrás dar testimonio de cómo él te libera.

## Cómo Enfrentar las Pruebas

Además, hay ocasiones en las cuales no enfrentamos meramente la tentación, sino también las pruebas. Por ejemplo, supongamos que una hermana es perseguida por un esposo que le prohíbe asistir a reuniones de la iglesia. Para enfrentar tal prueba también se requiere fe. Si esa fe es como oro verdadero, ese oro será manifestado tal cual es bajo el intenso fuego. No va a ser quemado como un papel. La fe verdadera tiene longevidad. De modo que cuando enfrentes cualquier prueba, no te desanimes, ni retrocedas. Al contrario, permanece firme en la palabra de Dios, creyendo que Dios manifestará su victoria en tu vida.

Cuando estaba en Yantai, una hermana en el Señor vino a verme. Me dijo: «Creí que había cruzado el umbral de la victoria, pero mi victoria fue corta. Duró apenas una semana. Después de eso, volví a fracasar. ¿Qué es lo que me pasa?». Le respondí con una ilustración: Suponga que su hijito está jugando a la entrada de su casa. Un transeúnte se para y le dice que su madre no es su verdadera madre, pues lo compró en la farmacia. Su hijito corre adentro de la casa y le pregunta: «¿Nací de ti o me compraste?». Usted le dice que nació de usted y que no debe creer lo que le diga un extraño. El niño vuelve a salir afuera y la misma persona viene y le dice otra vez: «Tonto, tu madre te ha engañado. No naciste de ella, porque yo estaba en la farmacia y vi cuando ella te compró». Ese hombre vuelve una y otra vez, y le dice lo mismo, y hasta presenta dos o tres testigos que también declaran lo mismo. Entonces, ¿qué va a creer su hijito? ¿Creerá a su palabra sin otra evidencia o creerá la mentira de ese desconocido y sus falsos testigos? Si su hijito pone atención a lo que le dice, va a permanecer firme en contra de la mentira del desconocido. Se reirá de todas las mentiras de ese malvado y de sus perversos amigos. Bien, pues esa es la manera en que creemos la palabra de Dios. No necesitamos evidencias falsas. Lo que sea que Dios nos diga en su palabra, es verdad. Mis propios sentimientos pueden equivocarse, incluso mi experiencia sea tal vez falsa, pero yo sólo creo que la palabra de Dios es verdad. Tal fe no teme las pruebas.

Había otro hermano que testificó diciendo: «Pasé muchos días de mi vida sentado en la proa de mi barco, porque tengo al Señor descansando en la popa. Desde el alto lugar donde Dios me puso, ahora puedo mirar con desdén todas las tentaciones y pruebas». Tal es la seguridad de un hombre de fe. Sin embargo, aun esto no es garantía de que nunca fracasarás, porque la posibilidad de fracasar siempre está presente. Pero, tan pronto fracases, confiesa tu pecado a Dios, arrepíentete, y pide la limpieza de la preciosa sangre de Cristo; y de inmediato estarás andando otra vez en el sendero de la victoria. Entonces tu victoria será de gloria en gloria.

### La Naturaleza de la Victoria Es Completa, pero la Experiencia de la Victoria Es Progresiva

Alguien preguntó: ¿Es progresiva o completa la victoria? La victoria es progresiva; sin embargo, no es erróneo decir que también es completa. Mirando al asunto desde el punto de vista de Dios, que vive en ti y vence pecados por ti, la victoria es completa. Pero viendo el asunto desde el punto de vista de su medida, la plenitud de Dios varía en grados. Por ejemplo, una tacita, una taza, un tazón y un balde, todos pueden ser llenados de agua, aunque la medida de plenitud es diferente para cada uno de esos recipientes. Cada creyente puede vencer solamente el pecado que conoce, pero no puede vencer el pecado del cual no está consciente que existe. Si el año pasado tú no tenías conocimiento de cierto pecado, no te era posible hablar de vencer ese pecado. Pero este año la luz de Dios ha brillado dentro de ti y te ha llevado a reconocer que había en ti dicho pecado; entonces te fue posible vencer ese pecado. A medida que aumenta la luz dentro de ti, también progresa tu victoria. La victoria que ha experimentado una persona recién salva y la victoria que acaba de experimentar un cristiano que ya tiene cuarenta o cincuenta años de experiencia, son similares en naturaleza, aunque la medida de la victoria y de las cosas que han sido vencidas son muy amplias en cuanto a sus diferencias. Para poder vivir una vida victoriosa, uno debe

aprender diariamente lo que es el pecado y cuáles son las cosas que deshonran a Dios. Solo así progresaremos de victoria en victoria cada día.

Tengo una amiga que es misionera de la Misión al Interior de China. Ella sabe bien lo que es una vida victoriosa en Cristo. Tenía una colega de mayor edad que, a menudo, le causaba pena, porque esparció muchos chismes acerca de ella cuando volvió a Inglaterra. El resultado fue que todas sus antiguas amistades comenzaron a odiarla. Mi amiga, sin embargo, fue paciente con su colega y aún le expresó bondad y amor. Un día leyó en 1<sup>ª</sup> Pedro 1:22 que dice: «*Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro*». Dios la iluminó de tal manera que pudo ver que no sólo el odio es pecado, sino que no amar fervientemente a los hermanos también es pecado. De modo que ella oró así: «Oh Señor, tú me ordenas que yo la ame, pero ella no es amable. Peor aún, no sólo no es amable, sino que está llena de odio. Señor, yo la perdono, pero no puedo amarla, ni tampoco puedo amarla fervientemente. Te confieso mi pecado». Durante dos o tres días procuró entender ese pecado que recién había descubierto en su propio corazón. Un día ayunó y oró todo el día. Aun así no le fue posible amarla. Después de ese día y también esa noche, oró de nuevo fervientemente. Al anoecer del día siguiente el Señor le dio la victoria. Ahora pudo amar a su colega y amarla fervientemente. Pudo interceder por ella en oración. Gracias a Dios, una semana después, esa colega que tanta pena le había causado experimentó también la victoria. Aún hay batallas que hemos de tener, pero son luchas de fe. La manera en que el mundo lucha es pelear para vencer, pero la manera del Señor es vencer para poder pelear contra Satanás, pero nunca contra la gente.

Había en Shansi tres hermanas misioneras. Dos de éstas prefirieron quedar solteras, pero la tercera estaba comprometida para casarse con un hombre en Inglaterra. Un día esta hermana comprometida para casarse, estaba orando en su cuarto. Se sintió tan sola, que lloró amargamente. Una de las otras dos misioneras pasó por allí y la vio llorando. Entonces fue y le dijo a la tercera

misionera: «Nuestra hermana comprometida está llorando. En cuanto a llorar se refiere, nosotras dos deberíamos ser las que lloran. Ella está comprometida con un hombre que a menudo le escribe. ¿Por qué habría de llorar ella?». Después de eso, las dos misioneras solteras resultaron tan afectadas que también comenzaron a llorar, sintiendo su propia soledad. Un día el Señor Jesús le hizo recordar a una de ellas que: «...yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20b). Y la otra misionera soltera leyó el Salmo 16:11 que dice: «Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre». Ellas comenzaron a comprender que esa sensación de soledad era un nuevo pecado. Por eso, oraron así: «Oh Señor, perdónanos. Tú estás con nosotras y sin embargo nos sentimos tan solas. Esto es pecado». Desde ese momento en adelante, esas dos misioneras solteras vivieron victoriosamente. Durante los próximos siete años, nunca lloraron por eso, y nunca más se sintieron solas.

Otra hermana tenía cinco hijos. Estaba bien en todo, excepto que siempre se inquietaba demasiado por sus hijos. Al principio consideraba que sus preocupaciones por ellos eran algo legítimo; y por esa razón no había manera de que fuese librada de sus excesivas preocupaciones maternas. Un día el Señor la iluminó, haciéndole comprender que tanta preocupación era pecado. Cuando comprendió eso, obtuvo al fin la victoria contra las preocupaciones. Cuando tienes a Cristo morando en ti, tu victoria se mide por tu conocimiento de lo que realmente es el pecado.

Una vez fui maltratado tan severamente por cierta persona, que le respondí con palabras demasiado fuertes. Pero el Señor me señaló ese pecado y me exigió que fuese a pedirle perdón. Pensé: «Este hombre pecó contra mí, pero no lo odio. Lo he perdonado. Sin embargo, el Señor quiere que yo le pida perdón. No puedo hacer semejante cosa». Cada vez que el Señor me habló, él Señor rehusó retroceder. Porque cuando su mano toca algún punto, Dios no se retracta. Esto me forzó a escudriñar la Biblia y a orar. Un día leí: «*Amad a vuestros enemigos*» (Mateo 5:44a). En realidad, yo ya le había escrito una carta pidiéndole que me perdonase, pero percibí que no lo amaba. De modo que guardé esa



carta y no se la envié. Pero oré a Dios de esta manera: «Oh Dios, a menos que tú hagas que yo ame a esa persona, jamás podre amarle». Ese día verdaderamente reconocí mi imposibilidad y también reconocí la posibilidad de Dios. Ese mismo día pude amar a ese hermano de veras, de corazón. Este asunto fue resuelto finalmente después de dos meses. De modo que al día siguiente, pude enviarle mi carta.

Cierta hermana amaba ser prolija. Ella podía limpiar su casa, pero era desprolija con su armario y su ropero. Dos meses antes, ella había testificado que un día el Señor le dijo que debería poner en orden su ropero. Cuando oí ese testimonio, me tocó profundamente. El Señor tocó inmediatamente mi llaga interior diciéndome: «Tú nunca has aseado tu cama. ¿Acaso me glorifica tu pereza?». Desde ese día comencé a hacer mi cama aseadamente. Nunca lo había hecho antes, pero desde ese día siempre he aseado prolijamente mi cama. Gracias a Dios y alabanzas a él.

La victoria en Cristo no puede ser mejorada en su naturaleza porque es completa, aunque su alcance y su medida pueden aumentar. Cuanto más luz reciba una persona, más progreso hará. Menos luz, menos progreso. Cuanto más uno se confiesa directamente a Dios, más suministros de Dios recibe. Menos confesión, menos suministros divinos. Si diariamente confieso a Dios: «No puedo, y ni siquiera tengo la intención de procurar hacerlo, pero, Dios mío, tú puedes», y si de veras a diario creemos que Dios mora en nosotros como nuestra victoria, entonces avanzaremos diariamente. ¡Aleluya! Por una parte, la victoria es completa, porque Cristo obtiene la victoria; por otra parte, la victoria es también progresiva, porque a medida que aumenta nuestra luz, nuestra medida de victoria también aumenta.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Fuzhou, el 21 de Diciembre de 1936.



# 14

## CARGANDO NUESTRA CRUZ

*«Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará» (Luc. 9:23,24).*

*«A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte» (Flp. 3:10).*

### Los Aspectos Objetivos y Subjetivos de la Salvación que Dios Provee

El propósito de Dios al crear al hombre no es que simplemente el hombre pueda ser fructífero, multiplicarse y llenar la tierra. Dios, además, desea tener muchos hijos que tengan su vida. Tal clase de hombre no sólo se parece externamente a Dios, sino que también tiene, internamente, la presencia de Dios viviendo en él. Al principio, en el jardín de Edén, sólo faltaba una cosa por hacer para que el propósito de Dios pudiese ser realizado, y esta era que Adán recibiese la vida de Dios. Sin embargo, después de la caída de Adán, Dios tuvo que hacer dos cosas: Primero, tratar con el pecado; y segundo, tratar con el hombre. Dios trata con el pecado, para que el hombre cese de ser pecador. Dios trata con el hombre, para que este no sea meramente un hombre. Porque, tanto el pecador como el hombre necesitan recibir la gracia de

Dios. El pecador necesita la gracia de Dios para que sus pecados puedan ser perdonados; el hombre necesita también la gracia de Dios para recibir la vida de Dios. Adán necesita la gracia de Dios tanto en el jardín de Edén, como fuera de él.

Dios no sólo ofrece salvación objetiva. También nos ofrece salvación subjetiva. La sangre del cordero pascual representa la salvación objetiva, mientras que el cordero pascual mismo representa la salvación subjetiva. Los descendientes de Israel, tanto jóvenes como viejos, tuvieron que aplicar la sangre del cordero y también comer la carne del cordero. Nuestro Señor utilizó ese sencillo símbolo para enseñarnos los aspectos objetivos y subjetivos de la salvación. El aplicar la sangre del cordero nos muestra el lado objetivo de la salvación, mientras que el comer la carne del cordero nos enseña que diariamente yo debo menguar y que el Señor Jesucristo debe aumentar día a día en mí. Esta última fase es el lado subjetivo de la salvación.

Procederemos ahora con el asunto de cargar la cruz. Permítanme ilustrar esto con la siguiente gráfica:

<b>SALVACION OBJETIVA</b>			
<i>Tratando con el <b>Pecador</b> Representado por el cordero pascual</i>	Pecados (el producto)	<b>Provisión</b>	<b>Resultado</b>
		La Sangre	Sustitución
	El Viejo Hombre (la fábrica)	La Cruz	Identificación

<b>SALVACION SUBJETIVA</b>			
<i>Tratando con el <b>Hombre</b> Representado por la carne pascual</i>	La Vida de Dios (positivo)	<b>Provisión</b>	<b>Resultado</b>
		La Carne de Cristo	Liberación
	La Vida del Hombre (vida natural y común) (negativo)	Nuestras cruces	Pérdida

## La Sangre y la Cruz de Cristo Resuelven los Problemas del Pecado y del Viejo Hombre

Primeramente, demos una mirada a los pecadores, en los cuales se encuentra el pecado y el viejo hombre. El pecado es parecido al producto de una fábrica. El viejo hombre es parecido a una fábrica que produce pecados. Debido a la naturaleza caída del viejo hombre, todo lo que sale del hombre es pecaminoso. Lo que el viejo hombre produce no puede ser mejor que el pecado. La sangre del Señor Jesucristo ha sido vertida para solucionar todo lo que el hombre produce, esto es, limpiarnos de nuestros pecados y darnos redención eterna. El efecto de limpiarnos de nuestros pecados es doble: Ante todo, nos lava ante Dios, y también nos lava por dentro. Cancela el crimen humano ante Dios, nos da perdón de todo pecado y, asimismo, limpia nuestra conciencia. La sangre de Cristo no lava el corazón humano, aunque deja totalmente limpia nuestra conciencia. Nuestro Señor Jesucristo ha derramado su sangre en la cruz, el pecado ha sido juzgado, y Dios adquiere el derecho legal de perdonar el pecado humano. Esto es sumamente justo. Es justicia pura. Esto da paz al hombre y nos quita toda preocupación en cuanto al pecado. En el periodo del Antiguo Testamento, cuando un leproso era sanado y quedaba limpio de su lepra, se presentaba ante el sacerdote israelita. Este salpicaba siete veces la sangre de un cordero en dirección al santuario, como también sobre el cuerpo del que había sido limpiado de su lepra (ver Levítico 4:6; 14:7, 19). Esto simboliza que el pecado ha sido perdonado ante Dios y la paz llega al hombre.

La sangre no puede limpiar nuestro viejo hombre: nuestro egocéntrico yo, con sus pecados, lujurias y pasiones. En toda la Biblia, ni una sola vez está escrito que la sangre puede lavar y limpiar al viejo hombre. El viejo hombre necesita ser crucificado y eliminado. Con la sola excepción de la muerte, Dios no tiene otra manera de resolver el problema del viejo hombre, excepto la solución final de exterminarlo en la cruz. Por lo tanto, la cruz de Cristo es para eliminar al viejo hombre. Mientras que los pecados del pecador son resueltos por la sangre de Cristo, el viejo

hombre del pecador es resuelto matándolo en la cruz. La sangre provee la muerte sustitutiva de Cristo. Él murió en mi lugar. Él llegó a ser nuestro sustituto y sufrió el juicio de Dios en nuestro lugar, para que nuestros pecados pudiesen ser perdonados. La cruz es la muerte identificativa de Cristo, en la cual él tomó nuestro viejo hombre para que fuese crucificado juntamente con él, acabando así con nuestro viejo hombre.

## La Carne de Cristo y Nuestra Cruz

En cuanto a la parte que concierne al hombre, también hay dos aspectos: Por una parte, en el hombre falta algo positivo: la vida de Dios. Por otra parte, en el hombre existe la vida terrena, ese vivir que es antinatural y que, negativamente hablando, necesita ser llevado a su fin. La forma en que Dios capacita al hombre para tener su vida es dándole a comer la carne de Cristo. La carne de nuestro Señor representa su muerte que pone en libertad su vida. La carne del Señor Jesús es similar al fruto del Árbol de vida. Tanto la carne como el fruto son comestibles; el fruto es la parte comestible del árbol y la carne es la parte comestible del animal. Por ello, comiendo la carne del Señor Jesús, recobramos lo que Adán había perdido en el jardín de Edén.

La sangre representa la muerte sustitutiva de Cristo. La cruz representa la muerte identificativa de Cristo en nuestro lugar. La carne de Cristo, por otra parte, representa la muerte de Cristo que libera su vida. Esto último, con el propósito de dar nueva vida al hombre (esto es, la vida de Dios). Pero, ¿cómo permitimos que la carne de Cristo, que es la vida de Dios, viva en nosotros? Esto se realiza por medio la operación práctica de la cruz en nosotros. Esto es, por medio de nuestro cargar la cruz. El cargar nuestra cruz indica que hemos aceptado la obra de Dios y que estamos dispuestos a perder la vida del alma, nuestra vida natural, para que de aquí en adelante, Cristo viva en nosotros.

En la Biblia, después de que Adán pecó, el hombre es llamado «el viejo hombre» mientras que antes de que Adán pecara, se le llama sólo «hombre». Cuando Dios te crucificó con Cristo, Dios

crucificó a tu viejo hombre, no a tu ser humano, no a tu «hombre». Tus manos, pies, cerebro, voluntad, sentimientos, todos aún están allí. Tu personalidad, tú mismo, tu ser natural permanece intacto. Es así como Gálatas 2:20 puede ser explicado, donde leemos: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*». En este versículo se usan dos «yo» diferentes: uno es el «yo» del viejo hombre, y el otro es el «yo» personal (el hombre como persona). El «yo» del viejo hombre es tratado por medio de nuestra crucifixión juntamente con Cristo; mientras que el «yo» personal es tratado cuando llevamos la cruz.

## Los Dos Lados de la Cruz

Nuestra vida natural, la vida animada de Adán, es una vida terrena y animal. Cuando Adán estaba en el jardín de Edén antes de que pecase, su vida era un vivir terreno, sin la experiencia del vivir de Dios dentro de él. Por ello, su vida natural necesitaba aún la operación final de Dios. La vida de Dios sigue confinada dentro de la carne humana, a menos que esta vida animal sufra una operación de Dios mucho más profunda. Cuando nuestro Señor Jesucristo andaba en la tierra, la vida de Dios dentro de él estaba confinada en un cuerpo que él había recibido de su madre María, de modo que esa vida no podía ser puesta en libertad. Debido a los tratos de Dios Padre con la vida humana y terrena de su Hijo Jesús, la vida de Dios pudo ser manifestada. De la misma manera, los tratos de Dios con la vida terrena del viejo hombre en nosotros requieren la operación de la cruz. ¿Son los tratos iguales en ambos casos? No, son muy diferentes. Porque en el primer caso está involucrada la cruz *de Cristo*, esto es, que Cristo fue crucificado para tratar con mi «yo» pecaminoso. Este es un hecho consumado. Pero en el segundo caso está involucrada *tu* cruz, porque aquí eres tú quien lleva la cruz. Este último aspecto sirve al propósito de tratar con tu ser natural día tras día.

## Carga Tu Cruz

Cada parte de la Biblia tiene su propósito definido. Como ejemplo usemos una silla. Si pones la silla patas arriba nadie puede sentarse en ella. Por ello, debemos colocar ambos lados de la cruz en su posición correcta. Con relación a la cruz se requiere fe: Cree que ya está hecho. La cruz de Cristo apunta a resolver el problema del pecado mismo. *Mi* cruz, empero, demanda obediencia, no fe: su propósito es tratar con el «yo» antes que el pecado; porque ese «yo» sólo puede ser tratado por medio de la obediencia.

Con la intención de ayudar a las personas, haré mención de una cosa. Y aquí, al hacer esto, no estoy juzgando a la gente, porque prefiero juzgarme a mí mismo. Cuando estás con cierta persona, es posible que te guste porque su manera de hablar es dulce, sin traza alguna de pecado, ni nada impuro en lo que dice. Pero no puedes percibir la presencia de Dios en esa persona. Tal vez hasta mencione cosas de Dios, pero eso sólo te hace sentir que, aunque todo lo que dice es limpio, simplemente no te revela a Dios. Eso se debe a que en ella esas cualidades proceden de la vida terrena. Poderosa en palabras y en buenas obras y con buena naturaleza, todas esas cualidades son naturales, pero no proceden de la vida de Dios. La vida natural es la vida que recibes de tu padre y tu madre cuando naces. Esa es la vida que permanece en ti aún después de que tu vida pecaminosa ha sido ajusticiada por Dios. Esa vida natural, la vida del viejo hombre, tiene la capacidad de encerrar la vida de Dios, al punto de evitar que la vida divina sea expresada libremente a través de ti.

El Señor Jesucristo dijo lo siguiente, según consta en Lucas 9:23 «*Si alguno quiere venir en pos de mí, (y esto significa que si alguien quiere vivir la clase de vida como la que Cristo vivió en la tierra), niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*». Inmediatamente después de haber dicho estas palabras, Jesús añadió: «*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará*» (Lucas 9:24). La palabra «*porque*» al comienzo del versículo 24 indica que este versículo explica al versículo 23. La «*vida*» que se menciona se refiere a la «*vida del alma*»; es decir, nuestra «*vida animal*, o «*vida natu-*



*ral*», porque dicha vida incluye nuestro buen temperamento natural, nuestra excelencia y nuestras virtudes.

## La Cruz Práctica

El Señor Jesucristo quiere que el hombre cargue diariamente su cruz, con el fin de que cada día sea cercenada su vida del alma. ¿Cómo logra el Señor que esto suceda? Él permite que te topes con malentendidos. En tales situaciones te parece que puedes solucionar los problemas razonablemente. Razonar no es pecado. A la vida natural siempre le agrada razonar. Sin embargo, aquí un cristiano debe aprender una lección. En vez de razonar, uno debería decirle al Señor Jesús: «Dios mío, te agradezco porque me has mostrado que cuando la gente me malentende, ¡cuán ansiosamente anhelo explicarme! Sin embargo, la venganza te pertenece sólo a ti. Por eso, ya no voy a procurar defenderme». Si te ignoras a ti mismo y permites que la gente te malentienda, e incluso si hay oportunidad de explicar tu punto de vista te refrenas de hacerlo, entonces tu capacidad de expresar la vida de Dios aumentará más y más. De esa manera, el Señor se manifestará cada vez más en ti. La cruz irá reduciendo la vida de tu yo día a día. Todos tenemos la esperanza de ser comprendidos y apreciados; sin embargo, Dios permite que nos topemos con adversidades que nos merman y anulan. Algunos anhelan que sus niños no hagan ruido para así poder leer su Biblia con tranquilidad. ¡Cuán bueno sería eso! Sin embargo, si puedes aguantar su ruidoso comportamiento estarás verdaderamente cargando tu cruz.

Cierta vez un padre y su hijo vinieron a verme. Estaban sufriendo mucha opresión y vinieron en busca de simpatía. Les dije que la razón por la cual se quejaban era ciertamente correcta. Eran muy rectos y no habían pecado. ¿Pero, estaban cargando sus cruces al quejarse así?

Por favor, recuerda que el día en que tú ceses de cargar tu cruz cesarás de crecer espiritualmente. Tal vez parezca que aún estás bien ante la gente y que eres capaz de servir, pero ya habrás perdido la oportunidad de crecer espiritualmente ante Dios.

Cuando tu deseo no logra cumplirse, quedas verdaderamente frustrado. Cuando eso sucede, resistes, no estás de acuerdo y aun murmuras. Pero si puedes cesar de inmediato, levantar tu rostro y decir: «Dios mío, te agradezco porque este es el beneplácito de tu voluntad», notarás que se aumenta tu capacidad de crecer espiritualmente. Sin la cruz, cesan también todas las bendiciones espirituales. Cuando estés en tu hogar, cada vez que oigas palabras desagradables, veas gestos feos y te enfrentes con situaciones ásperas, puedes derramar lagrimas, diciendo al Señor: «Dios mío, estoy satisfecho y acepto lo que tú has permitido que me suceda». Con tal actitud, vas a crecer otra vez. Madame Guyon oró cierta vez: «Dios mío, beso la vara que tú usas para castigarme». Margaret E. Barber escribió en una de sus poesías: «Aunque mi corazón me duele, sin embargo yo te alabaré, Dios mío». Así escribió esta hermana que conocía realmente a Dios y la cruz.

El Señor quitará muchas cosas que aún no han sido tocadas en tu vida. Cuando la cruz cesa de obrar en nosotros, el crecimiento y la victoria también cesan. Como seres humanos, todos procuramos preservarnos. Pero si cargamos nuestras cruces perderemos nuestro *yo*, nuestra vida del alma. ¿Cómo podemos ser de bendición a otros? No por cuánto podemos guardar de nuestra vida del alma, sino por cuánto la perdemos. Cuanto más perdemos nuestro *yo*, nuestra vida del alma, de más bendición llegamos a ser para los demás.

Carlos E. Cowman era un hombre que conocía profundamente a Dios. Ya había servido a Dios en China y en la India. Cierta vez, Dios le abrió los ojos y vio que si quería servir a todos, y aún ser el más bajo, el talón del cuerpo de Cristo, debía aceptar gozosamente toda la basura que le tiraban encima. El sufrimiento de la cruz es rehusar probar el vino mezclado con hiel (ver Mateo 27:34; Marcos 15:23). El sufrimiento de la cruz es exhibido cuando aceptamos un profundo dolor en nuestros sentimientos. Cierta vez hubo gente que me atacó esparciendo mentiras acerca de mí. Mi vida natural no pudo aguantar eso. De modo que oré: «Dios mío, ¿acaso no es suficiente que yo no resista y que me quede callado?». Pero el Señor me mostró que su Palabra dice en

Mateo 5:12a: «*Gozaos y alegraos*». Con eso, el Señor me mostró que yo debo aceptar *gozosamente* en vez de meramente no resistir a los que hablen mal de mí (ver también Mateo 5:10-12).

## La Nota de Victoria

La victoria tiene su nota: Alabar y dar gracias a Dios. Si llegas a perder esa nota de acción de gracias y alabanza a Dios, habrás capitulado y entregado tu victoria. Si eres uno que realmente carga su cruz, serás una persona que ofrece alabanzas y da gracias a Dios. Hay dos clases de agradecimiento y alabanza a Dios. Una de estas clases –en comparación– es barata, porque das gracias y alabanzas a Dios mientras recibes su gracia. La otra clase es costosa, porque tus agradecimientos y alabanzas a Dios irrumpen en tiempos cuando estás experimentando la cruz. Esta segunda clase de agradecimiento y alabanza a Dios es más excelente. Esto es ofrecer el sacrificio de dar gracias y alabanzas a Dios. Un sacrificio es costoso, porque pierdes tu yo. ¡Cuántas veces nos es necesario oponernos a nosotros mismos y concordar con nuestros hermanos, o aun con nuestros enemigos! La operación más dolorosa de la cruz me lleva a abandonar mis ideas, mi opinión personal, y a permitir que fracase en obtener lo que quiero y lo que me gusta. Si tú puedes vencer tu vida natural y animal, obtendrás el vivir de Dios en ti. ¡Cuanto más pierdes, más ganas! Perdiendo día a día la vida de tu alma, caminarás en el camino de gloria. ¡Acepta pues los latigazos de la cruz como algo gozoso!

## El Resultado de la Victoria Es Recibir la Habilidad de Cargar la Cruz

Ruego que notes que el resultado de la victoria es la capacidad de cargar la cruz. Si fueses una persona libre de tus propias opiniones, serías la persona que más fácilmente es oprimida por otros. Tu esposa, o tu esposo, o tu maestro, o tu alumno, o tu sirviente, o tu patrón, te oprimirán en muchas maneras. Pero re-

cuerda que nada te sucede por casualidad. Deberías comprender que todos esos actos de opresión son las cruces que Dios te da o permite que te sucedan. Todos los que han sido capaces de ver la mano de Dios disponiendo sus circunstancias, son quienes más han sido bendecidos por Dios. Todos los que evitan la cruz se aman a sí mismos. Fallan en reconocer la mano controladora de Dios, por lo que se pierden de recibir muchas bendiciones. Previamente, no eras capaz de enfrentar la cruz porque te faltaba el poder para hacerlo. Ahora, gracias a Dios, ya tienes las fuerzas para enfrentar tus cruces.

Dios desea que te conozcas a ti mismo y que sepas lo que es pecado. Si quieres andar en la voluntad de Dios, tendrás que concordar con tu opresor. Aprende a amar a tus enemigos, ora por los que te maldicen y quiebran tu propio yo. Aprende lo que realmente es la fe. Sencillamente cree y luego obedece. Aprende a no resistir las circunstancias, y aprende a obedecer las disposiciones de Dios. Para otra gente, tales circunstancias tal vez resulten adversas; pero para ti todo es positivo. Hace tiempo que leí una historia. Me dio mucho ánimo. Los eventos en esta historia acontecieron en el oeste de Asia. Un general se rebeló contra su rey y procuró lograr el trono. De modo que el rey guió a sus tropas leales a guerrear contra el general rebelde. El rey sólo tenía tres mil hombres para luchar contra el ejército rebelde de cien mil hombres. Cuando el rey vio al general, procuró persuadirlo a que se sometiera a su reinado. Pero el general le preguntó: «¿Cuántos soldados tienes? ¿Sabes cuántos soldados tengo yo?». En vez de responderle, el rey dijo a uno de sus leales: «¡Arrójate desde esta cumbre al valle abajo!». Sin vacilación el hombre se arrojó de la cumbre al valle. El rey dijo a otro de sus hombres: «¡Tírate del pináculo al lago abajo!». Inmediatamente el segundo guardaespaldas se tiró del pináculo al lago. Entonces el rey dijo a un tercero de los suyos: «¡Desenvaina tu espada y atraviesa con ella tu corazón!». El tercero obedeció instantáneamente. Entonces el general rebelde se llenó de terror y preguntó al rey: «¿Cuántos de tus soldados son como estos tres?». El rey respondió: «¡Todos son como esos tres!». El general ya no se animó a seguir en rebelión, sino que se sometió al rey.

Nuestro Dios también demanda que no pidamos nada para nosotros mismos. Él quiere que seamos obedientes aun hasta el punto de estar dispuestos a perder nuestro *yo*; dispuestos a que nos pisoteen. Estos son los que cargan su cruz, siempre dispuestos a aceptar los arreglos de Dios sin resistencia. Si eres una persona así, tu capacidad irá aumentando continuamente y la vida de Dios fluirá de ti sin impedimento. <sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Fuzhou, el 22 de Diciembre de 1936.



Tercera Parte:  
*Ejemplos*





## 15

### LAVÁNDONOS LOS PIES (1)

*«Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó, luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino Simón Pedro, y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos. Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió, Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris» (Juan 13:1-17).*

### El Trasfondo del Lavamiento de los Pies

En aquellos tiempos en Israel, los ricos calzaban sandalias y los pobres andaban descalzos. La zona era árida y polvorienta. Los caminos eran de tierra. Al entrar en una casa, al lado de la

puerta había siempre un jarrón de agua y una palangana. La hospitalidad local indicaba que un sirviente lavaba y secaba los polvorientos y sudados pies del visitante, el que así quedaba limpio y refrescado.

Este capítulo de Juan 13 nos relata la historia de cómo nuestro Señor lavó los pies de sus discípulos y también nos habla del mandamiento que él les dio para que se lavasen los pies unos a otros. Veamos, primeramente, cuándo fue que el Señor lavó los pies de los discípulos y les ordenó el mutuo lavamiento de pies. La Biblia narra cuidadosamente esta historia y el trasfondo de la situación. De modo que daremos una ojeada a cada versículo de este relato.

Versículo 1<sup>a</sup>: *«Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre»*. Este incidente de Jesús, lavando los pies de sus discípulos, aconteció durante la fiesta de la Pascua. Jesús sabía que había llegado la hora de su partida de este mundo y de su retorno al Padre. ¿Si esta noche yo dejase este mundo y retornase al Padre, que haría? Probablemente devolvería algún dinero a mis colegas y a sus esposas, o tal vez haría algunas otras cosas importantes. En todo caso, procuraría poner todo en orden. Supongamos, sin embargo, que la hora de mi partida de este mundo no va a acontecer de inmediato, sino después de cinco años más; en cuyo caso podría demorar en poner mis cosas en orden. Pero, ya que mi partida va a ser muy pronto, debo concluir rápidamente estos importantes asuntos. Una cosa es segura, sea lo que fuere que yo haga, ha de ser algo muy importante; pues no me dedicaré a asuntos insignificantes, como pedirle a un niño que me compre unos caramelos, e ir a ver una función teatral. Esto también fue cierto en cuanto a lo que hizo el Señor. Antes de dejar este mundo y retornar al Padre, lo que él hizo a sus discípulos fue lavarles los pies y ordenarles hacer lo mismo. No hizo muchas cosas de último minuto, sin embargo dio prioridad a este asunto de lavar los pies de sus discípulos. Esto nos muestra cuán importante es el lavamiento de pies.

Versículo 1b: *«Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»*. Si no amas a nadie en el mundo, te

será posible desatenderte de muchas cosas y no hacer nada. Si no tienes parientes, ni amigos, ni hijos, puedes simplemente morir en paz. Pero, aquí el Señor tenía a muchos que él amaba. Si yo estoy por irme del mundo y tengo a una persona a la cual amo tiernamente, debería hacer mi último testamento y entregarle el documento firmado. Eso es lo que *nosotros* haríamos, pero el Señor es diferente. El lavó los pies de sus discípulos. Amó a los que había amado en el mundo, por eso les lavó los pies. Jesús tenía mil y una cosas que hacer; sin embargo, no las hizo. En vez de eso, lavó los pies de sus discípulos. Hizo eso porque los amaba. Por lo tanto, el lavamiento de los pies debe ser una cosa maravillosa. Si el Señor no hubiera amado a los suyos en este mundo, el acto de lavarles los pies no hubiera sido tan maravilloso. No obstante, ese gran amor con el cual él los amaba hizo que ese acto fuese maravilloso para nosotros. Porque nos hace ver que lavar los pies es la expresión del amor de Dios hasta el fin.

Versículo 2: *«Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase...»*. Esto no es cosa común: Un hombre iba a traicionarlo, pero el Señor ya lo sabía. Aquí, en esta hora, él se encontró en una situación poco usual y sumamente difícil. Supongamos que un hombre ya sabe que su casa se va a desmoronar, pero no puede salir de esa casa (en contraste con el rico en Shanghai, que puede fácilmente irse a otra ciudad y edificar otra casa, si su casa presente se desmorona súbitamente). El pobre, sin embargo, no puede irse a otra parte. O supongamos que fuera a venir un severo terremoto a tu casa dentro de cinco minutos. ¿Te sería posible lavarte la cara con calma en ese momento? ¿O lustrarte los zapatos? ¡Claro que no! No nos involucraríamos en esas actividades mundanas. Solamente haríamos las cosas más esenciales. Sin embargo, en ese momento tan crítico, el Señor comenzó a lavar los pies de los discípulos. ¿Que indicaba eso? ¿No piensas que él se puso a hacer algo erróneo? Pero no fue así, pues el lavamiento de los pies significaba en este caso algo sumamente importante, porque el Señor lo hizo en el momento en el cual ya sabía de la traición de Judas.

Versículo 3<sup>a</sup>: *«Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las*

*cosas en las manos*». Esto indica que Jesús iba a ser exaltado hasta lo sumo muy pronto, para recibir gloria, autoridad, honor y el trono. El Señor sabía que estas cosas iban a suceder pronto. Supongamos que tú sepas que pronto vas a ser exaltado y glorificado, para recibir poder y honor. ¿Qué harás en el próximo momento? Posiblemente, harás algo que esté de acuerdo con tu futura identidad y posición. El Señor, sin embargo, sabiendo que pronto iba a dejar este mundo, y sabiendo todas las cosas elevadas que le serían dadas por el Padre, lavó los pies de sus discípulos. En ese momento, el lavamiento de los pies era el asunto más importante a los ojos del Señor. Él no solamente lavó los pies de los discípulos sino que también les ordenó que se lavasen los pies unos a otros. Por esta razón, no nos es posible desatender este importante pasaje de la Biblia.

Antes de que tratemos el tema principal, es necesario que esté bien claro bajo qué circunstancias aconteció este lavamiento de los pies. Ya hemos visto que esto ocurrió durante el tiempo en el cual el Señor iba pronto a dejar este mundo y retornar al Padre. El amó a aquellos que le pertenecían y los amó hasta el fin. Él sabía también que ya había peligro, porque sabía que Judas lo iba a traicionar. Pero también, estaba muy consciente de que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos. Fue en medio de estas diversas circunstancias que él se levantó para lavar los pies de sus discípulos y les ordenó que hicieran lo mismo.

## El Significado del Lavamiento de los Pies

Veamos ahora cuál es el significado del lavamiento de los pies. Sabemos que los pies están en constante contacto con la tierra. Tal vez las manos no toquen la tierra, la cabeza puede estar bien alta sobre la tierra, y la espalda no necesita yacer sobre la tierra, pero los pies necesariamente deben tocar la tierra. Verdaderamente, puede decirse que si quieres vivir, tus pies deben tocar la tierra, porque tú vives sobre la tierra. La cabeza es para pensar, las manos son para hacer, el corazón es para amar, los pies son para caminar, la espalda es para descansar; pero los pies son para

contactar la tierra. Aquí el Señor no les lavó las manos. Los judíos siempre se lavaban las manos antes de sus comidas, pero aquí vemos al Señor Jesucristo lavando los pies de sus discípulos durante una comida. El Señor no les lavó la cabeza, las espaldas o las manos, pero les lavó los pies. ¿Por qué fue así? Aquí tenemos algo de profundo significado, que espero poder explicarles lo suficientemente bien, para que lo puedan entender con claridad.

Mientras la humanidad vive sobre esta tierra, está separada de Dios debido al pecado. Pero, ahora este problema ha sido resuelto por medio de la preciosa sangre de Cristo derramada en la cruz. Los pecados que hemos cometido en el pasado han sido completamente lavados y Dios ahora nos ve limpios. Después de que hemos sido salvos, somos santos ante sus ojos. Ahora podemos vencer el poder del pecado por medio de la vida victoriosa de Cristo que mora dentro de nosotros. El juicio de los pecados anteriores ya ha sido efectuado en la cruz y el poder del pecado es vencido hoy por la vida victoriosa de Cristo dentro de nosotros. De modo que preguntaremos: ¿Existe, sin embargo y aparte del pecado, algo que aún pueda separarnos de Dios? Gente honesta reconoce que, además del pecado, hay aún muchas cosas que pueden separarnos de Dios; que todas ellas están relacionadas con el mundo y que vienen de nuestro contacto con el mundo.

Por ejemplo, en la mañana tienes tu tiempo de lectura de la Biblia y de oración a Dios. Percibes dulzura en la oración y parece que Dios te habla en su Palabra. Es como si el cielo estuviese tan cerca de ti, que casi podrías tocarlo con la mano. Esto te sucede desde las cinco hasta las siete de la madrugada. Después de las ocho de la mañana, encuentras que muchas cosas del día comienzan a ocuparte. Algunos de ustedes salen a negociar, otros a enseñar, algunos a la oficina, otros a estudiar, otros a practicar la medicina, otros al mercado, y algunos de ustedes a limpiar la casa y a lavar la ropa. Cada uno de nosotros, y todos en general, tiene muchas cosas que debe hacer. Pero ahora surge un problema. Temprano ese día, mientras orabas y leías la Biblia, te sentías cerca del cielo. Pero ahora estás negociando, estudiando o traba-

jando en la oficina y todo lo que haces es legítimo y bueno. No has cometido ningún crimen. Sin embargo, después de estar tan ocupado de tres a seis horas, cuando llega el anochecer, dime francamente, ¿aún te sientes tan cerca del cielo como te sentías durante las primeras horas de la madrugada? Lamentablemente, la respuesta es un rotundo *no*.

El estudiante estudia en la escuela, y el ama de casa hace sus quehaceres domésticos. Después de haber terminado de trabajar, sientes con frecuencia que el cielo se retiró de ti y ya no está tan cerca de ti como temprano en la mañana. Tal vez, aún tienes tiempo para orar, pero no tienes muchas palabras que decirle a Dios. Probablemente, procures aún leer la palabra de Dios, pero al hacerlo no logras tocar su realidad interna. Si asistes a la reunión de oración esa noche, quieres orar, pero no salen las palabras de tu boca. Aunque hayas venido con algunas palabras que deseas decirle a Dios, no te sientes cómodo en tu conciencia. Tal vez todavía grites, ¡Aleluya!, y tus palabras sean iguales que durante esta madrugada, pero el significado y el sabor son diferentes. Sientes que algo te separa de Dios. No sabes qué pecado cometiste y aunque confiesas tu pecado a Dios, eso no te ayuda. Si estás separado de Dios porque cometiste un pecado, debes resolver eso ante Dios, basándote en la sangre de Jesús vertida en la cruz. Pero, en caso de que no hayas cometido pecado alguno y, sin embargo, te sientas algo triste en tu fuero interno y hayas perdido tu fulgor previo, se requerirá un tratamiento diferente para esa condición. Porque esto es diferente del pecar ordinario. De modo que, preguntémonos: ¿Qué es el lavamiento de los pies? El lavar los pies trata con algo diferente al pecado y que, sin embargo, también nos separa de Dios.

En nuestra experiencia, nos topamos a menudo con tales situaciones. Aunque no hemos pecado, no podemos tocar a Dios. Nos parece razonable que cuando pecamos, eso nos separe de Dios. Mas, cuando no hemos pecado y estamos separados de Dios, quedamos perplejos. Gracias a Dios porque nuestro Señor Jesús no sólo lava nuestros pecados sino que también nos lava los pies. No es un lavar nuestras manos, porque las manos señalan lo que tú haces. Tienes la autoridad para hacer o no hacer. No se trata

de lavar tu cabeza. La cabeza significa tus pensamientos: Tienes la autoridad de pensar o no pensar. No es lavar tu espalda, porque tienes la autoridad para acostarte y descansar o no descansar. Si tu cabeza, manos, o espalda, caen en pecado y quedan fuera de orden, tú has pecado, porque todos esos miembros de tu cuerpo están bajo tu control. Pero tus pies deben pararse firmes sobre la tierra. Esto es algo fuera de tu control. ¿Qué, pues, son los pies? Los pies representan el contacto con la familia, los negocios, la escuela, etc. Todo esto es inevitable en la vida diaria. Somos seres humanos, y mientras tú y yo estemos viviendo sobre la tierra, tenemos que estar parados sobre esta tierra y estar en contacto con ella, hasta que un día el Señor venga y nos reciba en sus brazos. Justo antes de partir de este mundo, Jacob retrajo sus pies de la tierra y los acostó en su cama (ver Génesis 49:33). Lo que quiso expresar con esa acción es: Hoy ya no tengo más necesidad de usar mis pies para andar en la tierra, porque me voy a reunir con mis antepasados. Pero, antes de que vayamos a reunirnos con nuestros antepasados, nuestros pies deben estar en contacto con la tierra y no pueden ser retraídos hacia el Señor Jesús.

En la vida de los cristianos, sus pies son su contacto ineludible con el mundo, aunque sin involucrar el pecado. Tal contacto no es pecaminoso, aunque puede causar cierta separación entre nosotros y Dios. Esto puede hacer que el cielo parezca distante y la oración menos dulce. Mientras vivimos en la tierra, nuestros pies sudados tienen tendencia a cubrirse con el polvo de la tierra. Estamos en contacto con la tierra cuando estamos parados en ella, e incluso estando sentados tenemos los pies sobre la tierra. De todos los miembros de nuestro cuerpo, nuestros pies son los que más rápido se cansan. No digo que los demás miembros de nuestro cuerpo no pueden causarnos cansancio también. Lo que digo es que nuestros pies son los que más rápido nos traen cansancio. Del mismo modo, hablando espiritualmente, nuestros pies sudorosos a menudo se cubren del polvo de la tierra.

Habiendo entendido lo que los pies representan espiritualmente, necesitamos aprender ahora lo que significan los pies polvorientos. Deben lavarse nuevamente, a pesar de que los pies

polvorientos son algo legítimo, ineludible y no pecaminoso. Pero hacen que estemos separados de Dios y nos sintamos cansados espiritualmente. Tal pues, es el resultado de los pies sudorosos que necesitan ser lavados. Tal vez asistas a una reunión de la iglesia y digas las palabras que usualmente dices. Tal vez hasta prediques un mensaje, sin embargo, te sientas opaco en tu fuero interno. Tal vez leas la Biblia y parezcas entenderla, pero no percibas en ti una respuesta interna a lo que la Biblia te dice. Esto verifica que tus sudorosos y polvorientos pies necesitan ser lavados. En palabras simples, los pies no lavados te quitan la frescura de tener una dulce comunión con Dios. En cambio, los pies recién lavados te dan frescura y una viva relación con Dios.

Alguien me dijo cierta vez: «Señor Nee, anteriormente en Chuankou me sentía bien, pues percibía cuán precioso es el Señor. Pero, hoy he perdido mi previo sentir. Aún oro a Dios. Quiero amar al Señor Jesucristo. Quiero consagrarme a él y confiar en él. Tengo todas esas tendencias emocionales, pero debo confesar que en lo profundo de mi ser algo falta». Estos son, hablando espiritualmente, pies polvorientos, sudorosos, que ya huelen mal y necesitan ser lavados. En el caso de esta persona, sus pies espirituales se habían ensuciado al estar en contacto con el mundo en su vida diaria. Si le hubieras preguntado si había pecado o no, te habría respondido que no había pecado. Exteriormente no era diferente de cómo era antes; más interiormente la diferencia era grande. Aún podía declarar que el Señor Jesús es precioso y que aún amaba al Señor, pero todo lo que hablaba pertenecía a sus años anteriores. En el tiempo presente, ¿cuántos pueden decir: «Hoy amo y atesoro la palabra de Dios tanto como en mis años anteriores»? Muchos confiesan francamente que el año pasado percibían la presencia de Dios, pero este año ese sentir se les ha ido. Esto significa que sus pies espirituales están cansados y polvorientos. Esto es cansancio espiritual, es decir, la pérdida de frescura espiritual. Por esta razón, el Señor nos dice que los pies espirituales necesitan ser lavados. De modo que, ¿cuál es el significado del lavamiento de los pies? Significa restaurar tus sentimientos anteriores, retornarte a tu previa frescura de vida espiritual. Significa darte nuevo poder, capacitándote para atesorar



lo que antes atesorabas. Esto es lo que significa el lavamiento de los pies. Gracias a Dios, él lava nuestros pies frecuentemente.

Cuando hablamos, a menudo las palabras exteriores son las de antes, pero el sentir interior es diferente. Hoy, muchos creyentes en Cristo cesan de crecer espiritualmente. Aun cuando cantan himnos, alaban a Dios y oran, lo hacen forzadamente. Una condición tal puede ser causada por el pecado, pero muchos no han pecado. Su condición se debe a que sus pies espirituales se han ensuciado gradualmente. Esto es aletargamiento espiritual. Por eso, el Señor nos promete que nos hará recostar en verdes pastos (ver Salmo 23:2).

Había un trabajador en Shanghai que por unos meses estuvo sin trabajo. Dos meses atrás obtuvo empleo. Su trabajo era cortar pasto. Ganaba muy poco. A medida que el césped que había cortado se iba secando, este hermano lo iba juntando en manojos. Ese heno seco lo llevaba a una lechería. Cortaba, secaba y transportaba heno. La lechería usaba el heno para alimentar las vacas durante el invierno. Le dije que la lechería alimentaba sus vacas con heno amarillento, pero que nuestro Señor nos alimentaba con pastos verdes y frescos. El Señor quiere que reverdezcamos diariamente. Además, el Señor se vierte continuamente dentro de nosotros como aguas frescas y vivientes, y no apenas por cinco minutos. Él se derrama dentro de nosotros cada día, cada mes, cada año. Él continúa fluyendo dentro de nosotros, sin cesar ni un minuto. Él está lleno de frescura. Pero, también quiere que nosotros mantengamos nuestra frescura. Tal es el vivir hacia el cual él nos guía. Esto trae poder, gozo, paz y santidad. Solamente así podemos expresar el vivir de Cristo en nosotros. Esa vida de Cristo en nosotros fue la que conquistó Jericó, y después Hai. Tras obtener grandes victorias, también tendremos a diario pequeñas victorias. Esto es lo que hemos de experimentar diariamente ante el Señor.

La Biblia dice que Saúl era casi una cabeza más alto que todo el resto de la gente (ver 1 Samuel 10:23), pero Dios no se agrado de la manera en que Saúl reinaba. Dios no lo había escogido como rey; en vez de eso, Dios eligió a David para que fuese rey. Sin embargo, la Biblia nunca nos habla de la altura de David, ni de

su cabeza, solamente nos dice que tenía un rostro agradable (ver 1 Samuel 16:12). Esto significa fresca (como la de un niño recién nacido); un rostro que no estaba lleno de arrugas, sino de frescura y vitalidad. Porque Dios quiere que permanezcamos frescos. El Salmo Uno nos dice que un hombre bendecido por Dios es como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo y sus hojas no se marchitan (Salmo 1:3). Tenemos las hojas que simbolizan los elementos de nuestra conducta exterior, tales como paciencia, gentileza, humildad y otras virtudes. Si esa conducta y virtudes exteriores permanecen verdes, o bien se secan y tornan amarillentas y avejentadas, es algo que debe preocuparnos. A menos que exista el movimiento fresco del Espíritu Santo dentro de nosotros, esas hojas no permanecerán verdes y frescas, sino que se avejentarán. Tal vez te sigas levantando hoy a las cinco de la madrugada como lo hiciste ayer, pero no logras tocar a Dios como lo hiciste ayer. La situación exterior permanece igual, pero el sentir interior y la frescura se fueron. ¿Por qué? Porque las hojas de tu vida se han marchitado. Parecen ser como los alimentos del mundo viejo, almacenados durante un año dentro del arca de Noé, pero no como las hojas verdes y nuevas de olivo después que el diluvio terminó. Esas personas no pueden ser de mucha utilidad para el Señor.

## Sedientos de Dios

Aquí deseo dirigirme a mis colegas en la viña del Señor. Debemos saber por qué razón Dios nos puso hoy en el mundo. Permítanme decirles francamente que Dios nos ha colocado en el mundo para que podamos crear corazones hambrientos y sedientos de Dios, que desean alcanzar rectitud y justicia, tanto entre los pecadores como entre los creyentes. Al salir a servir, debemos crear en la gente corazones sedientos. En nosotros debe haber tal suministro de intangible y refrescante poder entre la gente con la que nos encontramos diariamente, que no puedan evitar ponerse a buscar a Dios. Cuando la gente esté en contacto con nosotros, ha de producirse en ellos, y a través de nosotros, una

sed por Dios. Sin embargo, si nos ven a menudo y se comunican con nosotros casi diariamente, pero fracasamos en crear en ellos anhelos por Dios, ese será nuestro fracaso. O si oramos, leemos la Biblia, servimos, y predicamos el evangelio y, sin embargo, no logramos que la gente llegue a tener sed de Dios, esto también debe considerarse nuestro fracaso.

Muchos de nosotros conocimos a la hermana Margaret E. Barber. Todos pudimos testificar que ella era una maravillosa hermana. Si la ibas a visitar y te sentabas un rato con ella, cuando te ibas percibías pronto que algo andaba mal en ti. Pronto percibías que ella tenía algo de Dios que tú no tenías. Pronto comenzabas a desear la relación con Dios que ella tenía.

Allá en 1921, cuando recién fui salvo, yo era un joven sumamente orgulloso (de paso, son pocos los que son orgullosos exteriormente, pero son muchos los que son orgullosos interiormente). Yo creía ser un joven bastante bueno, pues cada día leía uno o dos capítulos de la Biblia. Fui a visitar a Margaret Barber para escuchar lo que decía. Después de haber orado con ella un rato, comencé a estar consciente de mi orgullo, aunque ella no me había reprendido en nada. Comprendí que ella tenía una relación con Dios que yo no tenía. Ahora bien, ese impacto que ella tuvo en mi vida es un ejemplo de cómo hemos de lavarnos los pies unos a otros. Con estar en su presencia, mis pies fueron lavados espiritualmente. Yo había tenido un encuentro con Dios. Anteriormente había estado viviendo fuera de Dios, pero ahora percibí que yo estaba viejo y oscuro en mi fuero interno; No obstante, tan pronto como llegué a estar con Margaret Barber, recibí frescura y luz. Muchas veces me sentí lavado y limpiado al estar en su presencia. A veces puedes conversar con otro hermano y, al despedirte, percibes que has sido lavado. Tu espíritu queda refrescado. Puedes estar con Dios cara a cara. Eso es lavar los pies.

Unos días atrás percibí que mis pies se habían ensuciado. Al momento pensé que había pecado. De modo que procuré resolver el pecado. Pero Dios aun parecía estar muy lejos. Percibí una separación entre Dios y yo. No sabía qué hacer. Al orar, me reía secretamente de mi mismo por ser demasiado analítico, porque la cosa no venía desde dentro de mí. Más tarde, fui a visitar a una

hermana que probablemente había sido salva apenas dos o tres meses atrás. Me dijo cómo había sido salva y, a resultas de ello, cómo fue hostigada por su familia. Ahora esperaba que yo la ayudase. Después que me dijo todo, le respondí: «Gracias a Dios, pues cuando vine aquí mis pies estaban sucios, pero ahora estoy limpio, porque su testimonio me ha lavado y librado de mi vieja experiencia». Esta es «la renovación del Espíritu Santo» que es mencionada en Tito 3:5. De veras que es una palabra sumamente preciosa. Necesitamos la renovación del Espíritu Santo, que nos da frescura espiritual.

Un jarrón de bronce necesita ser lustrado de vez en cuando. Si no es pulido ocasionalmente, el jarrón perderá su brillo e irá quedando más y más opaco. Del mismo modo, es posible que no pequemos, pero vayamos quedando gradualmente más opacos, lo cual impide que brillemos. El Señor Jesucristo dijo a Pedro: «*Si no te lavo, no tendrás parte conmigo*» (Juan 13:8). ¿Por qué? Al decir el Señor, «*no tienes parte conmigo*», no se estaba refiriendo a la perdición, sino más bien, señalando que era posible perder la frescura de estar en constante comunicación con él. Si nuestros pies no son lavados a menudo, nos encontraremos separados del Señor, sin disfrutar la dulce vida de él, ni el recibir constante de su refrigerio. Por esa razón, nuestro Señor desea que nuestros pies sean lavados a menudo. Deberíamos desear que nuestros pies sean lavados más a menudo, para que podamos ser refrescados constantemente.

## Desear Lavar los Pies de Otros

Hay también otro punto de vista en esto: También deberíamos tener el deseo de lavar los pies del prójimo. Pero si nosotros mismos no tenemos esta vida victoriosa, ni tampoco la ayuda del Espíritu Santo, que nos capacita para vivir una vida de victoria, no estaremos capacitados para lavar los pies de otros. Por eso, hay aquellos que pueden lavar los pies de otros, pero también hay aquellos que son incapaces de lavar los pies de otros. Es muy posible que puedas vivir con otra persona por un año ente-

ro, y sin embargo esa persona no sea capaz de lavar tus pies. Se requiere una persona que esté viviendo la vida victoriosa ante Dios y que esté siempre fresca para lavar los pies de otros.

De modo que, ¿quién necesita tener lavados sus pies? ¿Y quién debería ser el que lave los pies de otros? El Señor nos dice: «*Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros*» (Juan 13:14b). Esto indica que todos necesitamos lavar nuestros pies unos a otros. Todo aquel que estaba espiritualmente fresco, cuyos pies han luego quedado sucios con polvo de la tierra, necesita que sus pies le sean lavados. Todos nosotros necesitamos que nuestros pies sean lavados y estar prontos a lavar los pies de los demás. Nuestro Señor Jesucristo nos dijo: «*Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros*» (Juan 13:14). En nuestro servicio entre cristianos, nada es tan importante, ni tan precioso, como nuestro mutuo lavarnos los pies los unos a los otros. «*Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis*» (Juan 13:17). Atesoro un dicho de un buen hermano en la fe, quien frecuentemente dice: «La Biblia que leo hoy me es más preciosa que la que leí ayer». Quiera Dios que cada día experimentemos la frescura espiritual. En la traducción Darby de Romanos 15:32, leemos que Pablo fue refrescado. Tal es el resultado del mutuo lavarnos los pies unos a otros.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Xiamen, el 10 de Octubre de 1936.



# 16

## LAVÁNDONOS LOS PIES (2)

### El Lavamiento de los Pies Es Absolutamente Necesario

En las Sagradas Escrituras el lavamiento espiritual de los pies no se refiere meramente a la humildad, ni tampoco significa lavarse los pies diariamente. El principal significado de lavar los pies apunta a mantener una constante frescura espiritual entre nosotros y Dios. Es absolutamente necesario que no permitamos ni la más mínima separación entre nosotros y Dios. No nos es posible entrar en nuestro aposento, cerrar la puerta y orar todo el día. Es necesario que salgamos afuera y estemos en contacto con la gente y las cosas que están en el mundo. Por eso, nuestros pies no pueden evitar quedar sucios del polvo de la tierra. Los pies sucios de polvo son el resultado de estar en contacto con el mundo. Como consecuencia se produce un distanciamiento entre nosotros y Dios. Por esa razón, el lavamiento de los pies es absolutamente necesario. El lavar los pies nada tiene que ver con la conciencia; porque la conciencia está relacionada con el pecado, y el pecado necesita ser lavado por la sangre del Señor Jesucristo. El lavamiento de los pies está relacionado con la espiritualidad; es para que seamos restaurados y estemos espiritualmente alertas. No es necesario que cada creyente peque, aunque

cada creyente tiene tiempos en que se siente espiritualmente opaco. De modo que cada uno de nosotros necesita que los pies le sean lavados para ser restaurado a la frescura espiritual.

## Descalzarnos Significa Contactar la Santidad de Dios

Antes de que uno lave sus pies, debe descalzarse. De acuerdo a la Escritura, quitarse el calzado representa nuestro contactar la santidad de Dios. Cuando Moisés quiso ver más de cerca la visión de la zarza ardiente en el monte de Horeb, Dios le dijo: «*No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que estás, tierra santa es*» (Éxodo 3:5). ¿Por qué dijo Dios a Moisés que se quitara las sandalias? Porque, a menos que Moisés así lo hiciera, no le era posible ponerse en contacto directo con la santidad de Dios.

Dos cosas nos separan de Dios. Una de éstas es el pecado, lo cual está relacionado con la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que nos limpia de todo pecado. La otra cosa es el mundo, y esto está relacionado con el lavamiento de los pies. Hoy, muchos desconocen cuán preciosa es la constante presencia del Señor Jesucristo. Tales personas necesitan que sus conciencias sean primeramente lavadas de pecado por medio de la sangre del Señor Jesucristo, para luego poder hablar del lavamiento de los pies. De modo que lo que ahora estamos considerando está dirigido a aquellos que ya tienen sus conciencias lavadas por la sangre de Cristo. ¿Acaso no es cierto que a menudo nuestra conciencia ya ha sido corregida por Dios y que, a pesar de eso, aún nos sentimos separados de Dios? Ese es el momento en el cual nuestros pies necesitan ser lavados. El lavamiento de los pies tiene por objetivo mantener una dulce relación con el Señor Jesús. El Señor nos amó y nos ama hasta el fin. Él se sacrificó a sí mismo, derramando su preciosa sangre para lavar nuestros pecados. Aun más que eso, debido a su gran amor por nosotros, él mismo viene a lavar nuestros pies, para que no exista ninguna separación entre él y nosotros. Esto nos permite acercarnos al único Dios santo y disfrutar de una íntima comunicación con él.



## Los Pies Sucios Se Refieren a Estar Separados de Dios Después de Contactar al Mundo

He notado que varios hermanos tienen el siguiente tipo de experiencia: Durante la mañana, al acercarse a Dios, disfrutan de tan buena relación con él que es como si pudiesen tocar el mismo cielo. Sin embargo, después de que salen a trabajar, en la tarde aún pueden repetir las palabras que han usado en la mañana durante su íntima conversación con el Señor, pero ya se les ha ido ese dulce sabor interno. Todos los que han andado en el sendero espiritual saben bien del dolor que esto nos produce. Aquellos que no han viajado en ese camino no pueden entender de qué estamos hablando. Hay una manera por la cual resolver el asunto del pecado. En cambio, es bastante difícil resolver esta otra situación. Que nuestros pies espirituales se hayan ensuciado no es pecado. El Señor Jesús no ha dicho que los pies nunca han de ensuciarse. Lo que Jesús dijo fue: *«El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio»* (Juan 13:10a). Para un cristiano, pecar es anormal, pero que nuestros pies vayan adquiriendo una capa del polvo de la tierra es la experiencia común de todos los cristianos. Nadie puede evitar que así suceda. Sentirse separado de Dios debido a nuestros pies sucios no es pecado, pero es el resultado de nuestro legítimo andar sobre la tierra. Es necesario lavar nuestros pies para resolver cada separación.

*«Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora,  
mas lo entenderás después».*

El Señor Jesús decidió lavar los pies de sus discípulos porque deseaba que los suyos disfrutasen continuamente su presencia. Cuando le llegó el turno a Pedro (Pedro tenía sus virtudes como también sus faltas: lo que él no entendía, no lo hacía; si no comprendía, abría su boca y preguntaba; por eso rehusó que el Señor le lavase los pies), preguntó a Jesús: *«Señor, ¿Tú me lavas los pies?»*. El Señor le respondió: *«Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, mas lo entenderás después»* (Juan 13:6,7). Este versículo nos puede resultar sumamente provechoso. ¿Por qué? Porque hoy hay muchas cosas que debemos hacer y no entendemos, pero que even-

tualmente entenderemos. Por esta razón, no es necesario que comprendamos todo antes de hacer o no hacer algo que al momento presente no entendemos. Es necesario que seamos humildes y flexibles, dispuestos a aceptar el obrar de Dios en nosotros. Es algo sumamente bendito que permitamos al Señor hacer en nosotros lo que aún no entendemos. «*Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás*» (Juan 13:8a). Con tal dicho quiso decir que, ya sea que entendiese esto o no lo entendiese, él no podía permitir que el Señor le lavase los pies. Juan mencionó especialmente este incidente del Señor lavando los pies de Pedro para darnos a conocer el significado del lavamiento espiritual de los pies. Aquí podemos aprender muchas lecciones preciosas. Porque muchas veces somos como Pedro. Lo que no comprendemos, no permitimos que el Señor lo haga. En cambio, si somos obedientes, permitiremos que el Señor haga su voluntad en nosotros, aún en aquellas cosas que nuestro cerebro es todavía incapaz de comprender, pero que eventualmente entenderemos. Seamos humildes y flexibles. No seamos como Pedro, cuando dijo obstinadamente: «*No me lavarás los pies jamás*».

**«Si no te lavare, no tendrás parte conmigo».**

Después que Pedro terminó de hablar, el Señor continuó diciéndole: «*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*» (Juan 13:8b). El Señor no le dijo: «Si yo no te lavo tus pies». ¿Por qué? Porque cada uno que tiene parte con el Señor ya ha sido lavado por él con la sangre que derramó por nosotros en la cruz. Sabemos que ese «*lavare*» aquí mencionado se refiere al lavamiento de los pies, porque el Señor estaba respondiendo a la pregunta de Pedro, que concernía específicamente al lavado de los pies. De modo que la palabra del Señor, por una parte, podría haber indicado que todo aquel que no había sido lavado con la sangre de Jesús no tenía parte con él, pero por otra parte, indicaba que todo aquel que no había recibido el lavado de sus pies era incapaz de mantener esa parte con él. Por ejemplo, si una lámpara eléctrica falla en irradiar luz, es posible que la lámpara esté rota, o que el interruptor tenga algún problema. De modo que uno procura examinar primeramente la lámpara para ver si está rota. Si allí no

hay problema, entonces se examinará el interruptor para ver si algo allí impide el libre fluir de la electricidad. Nuestra relación con el Señor es similar. A menudo pensamos que sólo los pecados graves podrían separarnos de Dios. En realidad, aun un pequeño bloqueo puede separarnos de Dios. ¿Tienes contacto con el Señor hoy? Al preguntar esto no me refiero a si eres salvo. En vez de eso, me refiero a si continúas comunicándote con el Señor. En días pasados habías dicho al Señor: «Cristo es mío»; sin embargo, ¿sigues hoy siendo capaz de decir esas mismas palabras? Supongo que muchos confesarán francamente que el sabor es diferente ahora. Si no somos capaces de mantener la frescura de nuestra intimidad con el Señor, entonces esto verifica que necesitamos que nuestro andar sea lavado espiritualmente; que necesitamos el lavamiento de nuestros pies. El lavado de los pies no tiene por objeto poseer una conducta exterior correcta, ni cierta moralidad, ni ser como Dios, etc.; más bien, busca preservar la dulzura y frescura de nuestra comunión con Dios.

*«El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies,  
pues está todo limpio».*

Después que Pedro oyó al Señor decirle: «*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*», cambió su actitud diciéndole: «*Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza*» (Juan 13:9). El hecho de que Pedro concordase o se opusiese, es su expresión exterior. Cuando Pedro concordó, quiso que no sólo sus pies, sino también sus manos y su cabeza, fuesen lavados por Jesús. Pero el Señor ya había lavado su cabeza y sus manos. Estas ya no necesitaban lavarse otra vez; una sola vez era suficiente. Pero los pies son un asunto diferente. Porque los pies andan diariamente sobre la tierra polvorienta y están en continuo contacto con este mundo. Se ensucian diariamente con el polvo de la tierra. Por eso, el Señor no accedió al pedido de Pedro. ¡Aleluya! El Señor fue crucificado sólo una vez. Su sangre fue vertida solamente una vez. Muchos quieren ser salvos otra vez. Si así pudiera ser, el asunto sería como dice en Hebreos 6: que es imposible renovarlos nuevamente para arrepentimiento, ya que eso sería crucificar al Señor Jesucristo otra vez (ver Hebreos 6:4-6).

A menudo pienso en lo que es la salvación. Tiempo atrás un predicador tuvo una conversación conmigo. Me preguntó si la salvación sucedía una sola vez o muchas veces. Respondiéndole, le pregunté: «¿Ya le ha sido dada a usted la gracia de Dios?». Me respondió: «Sí». De modo que continué preguntándole: «¿Es gratuita la gracia de Dios o requiere un precio?». «Es gratuita», me respondió. Entonces le pedí que recordase dos cosas: En primer lugar, la salvación es gratis, y gratis significa que no hay costo. No se requiere pago, ni se pide pago. Si se requiriese pago, la gracia no sería un regalo, sino que nos impondría una deuda. Hoy, la gracia no requiere pago; pero, si luego se requiere un pago, entonces la gracia sería una deuda, no un regalo gratuito. En segundo lugar, la salvación es dada. Durante el periodo del Antiguo Testamento, los judíos debían primero tener buenas obras y entonces obtenían salvación. Esto era más parecido a un intercambio. Pero hoy en día, recibimos primero gracia y luego producimos buenas obras. Nuestra salvación –el perdón de nuestros pecados– es por pura gracia; nada tiene que ver con nuestras obras. Una vez que somos salvos, somos salvos para siempre. Una vez que nuestros pecados han sido lavados por la sangre de Cristo, son lavados para siempre. Por eso, demandar que el Señor vuelva a perdonar nuestros pecados por segunda vez, sería hacer lo que hizo Pedro, lo cual fue rechazado por el Señor.

En la tipología bíblica, el bautismo es efectuado sólo una vez; lo cual significa que el lavado de nuestros pecados es efectuado sólo una vez y para siempre. En cambio, el lavamiento de nuestros pies es un asunto continuo, porque nuestros pies necesitan andar continuamente en el árido y polvoriento desierto de este mundo. La contaminación es inevitable. Por eso, lavar continuamente los pies nos da el gozo de la salvación.

***«Vosotros también debéis lavaros los pies  
los unos a los otros».***

*«Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros» (Juan 13:14).* En aquel día, el Señor lavó los pies de los discípulos. Hoy, el Señor quiere que continuemos haciendo lo que él hizo ese día. Lavar

pecados con la sangre de Cristo es obra exclusiva de Dios, sin ayuda nuestra. Pero lavar los pies con agua es obra humana, obra que hemos de practicar. El Señor no nos ha pedido que lavemos el cuerpo de otros. Él nos da agua para lavar pies humanos. No debemos procurar lavar el cuerpo del prójimo, porque nos es imposible expiar los pecados de otros para hacer que sean salvos o perezcan. Porque la obra de la salvación es exclusiva de Dios. Solo él puede salvar. Somos sólo responsables de predicar el Evangelio. Por otra parte, hoy el Señor lava aún los pies de las personas, aunque lo hace indirectamente por medio del lavamiento de pies efectuado a través de nosotros. ¿Qué se usa para el lavado de los pies? El Señor puso agua en una palangana. ¿Qué significado espiritual tiene el agua? Sabemos que cuando nuestro Señor murió, de su costado fluyó sangre y agua. La sangre simboliza su muerte expiatoria, y el agua representa su muerte no expiatoria. Tal como la sangre lava nuestros pecados, así también el agua es la fuente de nuestra nueva vida. En la Biblia, el agua a veces significa muerte, aunque otras veces apunta a la vida en el Espíritu Santo. Esa vida es la vida nueva que recibimos cuando somos salvos. Esa vida sale de la muerte. El agua en la palangana se refiere a la vida en el Espíritu Santo. Tenemos pecados, por eso necesitamos venir al Señor para recibir el lavamiento por medio de la sangre. Pero, después de eso, si nuestros pies se contaminan con el polvo de la tierra, necesitamos ir a nuestros hermanos para que nos laven los pies. El Señor nos ordena que nos lavemos los pies unos a otros. Esto indica que la obra de lavar los pies debe ser efectuada por los hermanos y las hermanas; es decir, por medio de la iglesia. Nadie puede decir que no tiene necesidad de que sus pies sean lavados. Las palabras «*los unos a los otros*» incluyen a todos los creyentes. No solo tú y yo, aun Pablo y Juan necesitan también que sus pies sean lavados. Mientras vivamos sobre la tierra, los pies de todos los creyentes sudan y se contaminan. Esto difiere de pecar después de la salvación, porque muchos creyentes pueden vencer al pecado; pero nadie en este mundo puede evitar que sus pies se contaminen con el polvo de la tierra.

## Cómo Lavarnos los Pies Unos a Otros

¿Cómo nos lavamos los pies unos a otros? Por ejemplo, después que terminas tu día de trabajo te sientes cansado. Te sientes incapaz de alabar al Señor con entusiasmo. A la puesta del sol, vas a la reunión de la iglesia. Alguien en la reunión te pide que ores. Cuando oras, te resulta algo forzado, como si estuvieses escribiendo una composición o un artículo. Te resulta difícil continuar orando. Cuando terminas tu oración, tal vez se levante a orar un hermano cuyo espíritu está fresco. La oración de este otro hermano te refresca y te retorna tu vida espiritual. Ahora bien, es precisamente esto lo que significa lavar los pies unos a otros. A menudo, asistimos a una reunión de la iglesia y los espíritus de todos los presentes están tan débiles, que no hay fuerzas para ascender espiritualmente. Incluso si uno ora y otro lee un pasaje de la palabra de Dios, no hay un revivir. Es porque todos los pies están contaminados. Ni siquiera hay una palangana para lavar los pies, por lo cual todos se sienten deprimidos. Pero supongamos que en ese momento hay alguien presente que puede lavar los pies del prójimo. Este se levanta y ora, o dice unas pocas palabras. Inmediatamente todos quedan reanimados y frescos. Sin esa palangana con agua, sin ese lavado de los pies, los espíritus de todos los presentes permanecerían pesados y deprimidos. Esto también es cierto en la vida familiar. Tal vez un hermano o una hermana llega a tu casa. Después de una breve conversación, se da un pequeño testimonio, y todos en la familia perciben la presencia de Dios. Desaparece todo ese sentirse separados de Dios. Tal persona es capaz de lavar los pies de otros. Para Dios, esto es precioso.

Deberíamos tener ante Dios la ambición de lavarnos los pies unos a otros. Para lograr esto, necesitamos agua; es decir, ser llenos del Espíritu Santo y mantener una constante comunión con el Señor. Por lo tanto, debemos vivir en el Espíritu Santo en nuestra vida diaria, para así tener agua viva con que lavarnos los pies unos a otros. Cada vez que llegamos a una reunión de la iglesia, deberíamos venir con agua viva para lavarnos los pies unos a otros. Nunca trates de lavar pies si no tienes agua, porque eso

sólo produce mayor contaminación en los pies del prójimo. Aquellos que son incapaces de lavar los pies tal vez mantengan su comunión con Dios, pero sus espíritus estarán definitivamente fríos. Hoy el Señor no lava los pies directamente. Pero usa a los creyentes para que se laven los pies unos a otros. Por eso, necesitamos aprender bien como ser personas capaces de lavarnos los pies unos a otros.

***«Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hicieréis».***

El Señor Jesús dijo: *«Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis»* (Juan 13:15). La palabra *«como»* significa *«de la misma manera»*. Lo que el Señor hizo, eso también debemos hacer. Hacerlo así es de mucha bendición. Lavar los pies no es solamente algo espiritual, también conlleva una acción exterior. El Señor tenía una palangana con agua cuando lavó los pies de sus discípulos. Nosotros también debemos tener una palangana con agua. Ya que el lavado que Jesús hizo fue muy práctico, nosotros también hemos de practicarlo. Nuestro Señor no estaba teatralizando en aquellos días antiguos, sino que realmente lavó pies con verdadera agua. No sólo hay un significado espiritual cuando efectuamos un bautismo, pues también practicamos un acto exterior de sumergir brevemente a una persona dentro de verdadera agua. Ese acto exterior nos ayuda a destacar vivamente el significado espiritual e interior. Por ello, por una parte hemos de mantener interiormente el significado espiritual, como también, por otra parte, utilizar agua verdadera. Lavar los pies es un asunto de familia. No ha de ser hecho durante una reunión de la iglesia. Es parecido a lo que Dios nos dice en 1<sup>a</sup> Timoteo 5:10 acerca de la viuda que lava los pies de los creyentes, pues esto es efectuado en un contexto de familia. De modo que sigamos el ejemplo del Señor, lavándonos los pies unos a otros con agua en una palangana, como también lavándonos espiritualmente, para ser refrescados en nuestro interior.

Hay otro punto que debemos mencionar aquí. No debemos olvidarnos de cuál fue la ocasión en que nuestro Señor lavó los pies de sus discípulos. Sabemos que la fiesta de la Pascua simboliza el partimiento del pan. ¿Por qué, a veces, nuestras reuniones

del partimiento del pan no son frescas ni vivientes? Se debe a que no nos hemos lavado los pies unos a otros antes de la Pascua. Si existen aquellos que están capacitados para traer a las personas a Dios en forma viva y fresca, entonces habrá una verdadera recordación del Señor durante las reuniones de partir el pan. De modo que, ¿cuál es el resultado de lavar los pies? «*Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hicieris*». El lavamiento de los pies es bendecido por el Señor. Es bien aceptado por Dios. Le agrada que lo practiquemos. Si así lo hacemos, somos bendecidos por Dios. Qué podamos hacerlo siguiendo el ejemplo de lo que nuestro Señor hizo.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup>Nota: Este mensaje fue predicado en Xiamen, el 15 de Octubre de 1936.



# 17

## LA SENTENCIA DE MUERTE (1)

*«Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera mas allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aun nos libraré, de tan gran muerte» (2ª Cor. 1:8-10).*

Deberíamos saber que todas las cosas que un cristiano recibe de Dios nos llegan después de que somos regenerados. En la regeneración, los cristianos obtienen una nueva vida. Porque Dios nunca va a mejorar la vida natural, ni va a reparar la vieja vida. La vida natural y la vida vieja pertenecen a la esfera del obrar de la cruz. Dios utilizará la cruz para tratar con la vida natural y la vida vieja de una vez para siempre.

También sabemos que Esaú era un pecador ético, mientras que Jacob era un hombre que temía a Dios, aunque al mismo tiempo era un hombre que agarraba todo lo que podía agarrar. Quería obtener bendiciones espirituales y la presencia de Dios, pero todo lo quería conseguir a su manera natural. No lograba librarse de su adquisitivo yo. Sus propias manipulaciones, fuerza y astucia nunca lo dejaron. Por eso, Dios tuvo que darle finalmente un toque drástico en Peniel. Tratar de reformar a alguien sin impedir que éste retorne a su modo de vida previo, no se puede considerar una reforma drástica.

Jacob procuró lograr que Dios lo bendijera; sin embargo, tuvo que huir porque su vida peligraba. Anhelaba los privilegios que pertenecen a un hijo primogénito, pero fue forzado a irse de su hogar paterno, y dejar a su padre y a su madre. Después de que Dios tocó y dislocó su muslo severamente en Peniel, quedó renco por el resto de su vida. Desde ese evento en Peniel, Jacob cojeaba dondequiera que iba. Dios mermó drásticamente la fuerza de su vida natural. Muchos reciben revelación y luz de Dios, pero si eso no causa el efecto deseado, Dios se ve forzado a disciplinarlos. En consecuencia, necesitamos que la luz de Dios exponga nuestro yo natural hasta el punto de que nuestro estado original nunca más vuelva a aparecer. Sólo esto puede ser considerado como disciplina drástica, de la cual ya no hay retorno.

## Sentencia de Muerte

La muerte es la manera en que todos terminamos. Tan pronto uno nace, ya está viajando hacia la muerte. No obstante, antes de que la muerte llegue a alguien, parece que no tiene poder sobre él. Tal vez no piense nunca en la muerte, excepto cuando el médico le notifica que tiene, por ejemplo, un caso irreversible e inoperable de cáncer. Sólo entonces siente de inmediato que la «*sentencia de muerte*» está sobre él.

Esto no quiere decir que la muerte no estaba presente antes; simplemente sugiere que ese paciente no comprendía que la muerte es algo tan real y que estaba ya tan cerca. Ahora, sin embargo, siente la muerte de cerca y percibe que se ha debilitado mucho. Ahora lo sabe y siente su debilidad.

Del mismo modo, muchos conocen la enseñanza de la cruz y hasta pueden predicar lo que la cruz significa. Sin embargo, su percepción de lo que realmente es su propia cruz personal es muy vaga y nebulosa. Permanecen envueltos en su bruma hasta que un día Dios les toca y se topan súbitamente con la sentencia de muerte. Sólo entonces la cruz llega a ser una realidad para ellos. Si alguien es tocado por Dios, quedará, sin ex-

cepción, inválido espiritualmente. Porque quedar espiritualmente inválido es señal de haber sido disciplinado drásticamente por Dios.

## La Palabra de Dios y la Luz de Dios

Hay una vasta diferencia entre la palabra de Dios y la luz de Dios. La pierna de Jacob quedó lisiada porque tuvo un encuentro drástico con Dios. Dios lo tocó y disciplinó. Es inútil que yo aprenda a fingirme lisiado con el fin de obtener el mismo resultado espiritual. Es como alguien que aparenta renguear, pero, al luchar con la muchedumbre para subirse al bus, se olvida por completo que había fingido ser cojo. Eso es apenas un comportamiento aparente, pero no un verdadero cambio de vida. Un verdadero cojo no puede evitar renguear. Aquellos que pueden correr rápido no han sido tocados por Dios. Aquellos que fingen renguear tampoco han sido tocados por Dios. Muchos de los hijos de Dios –aún entre los que ministran la palabra de Dios– están exteriormente llenos de buenas apariencias. Sus púlpitos están llenos de enseñanzas, y las enseñanzas producen simulación.

He visto a gente fuerte ser tocada por Dios y quedar inválida espiritualmente. Creo que Dios puede tocarte. El quitará tu confianza en ti mismo, haciendo que ya no confíes en ti. Es imposible lograr esto por medio de enseñanzas; sólo te llega por el toque de Dios. Cuando Dios te toca, quedas inválido. Esta es la sentencia de muerte. Debe haber una ocasión en tu vida durante la cual Dios se ve dramáticamente forzado a disciplinarte, poniéndote bajo sentencia de muerte. Esto hará que confieses que todo proviene de Dios. Negarte a ti mismo, juzgarte, ajusticiar tu egocéntrico *yo*, al final llega a ser algo natural para ti, y así, orar te resultará fácil. Alguien que ya ha sido tocado por Dios no necesita que le recuerden cómo debe conducirse. Un verdadero inválido tal vez se olvide de que es inválido, pero al dar su primer paso, comprende que ya no puede andar como una persona común. Tu cabeza posiblemente se olvide de que has quedado in-

válido. La cruz es el más grande instrumento de destrucción en el arsenal de Dios, porque destruye todo lo que es de la vieja creación. Tal destrucción es obra de la luz. Después de una obra tan drástica, no retornarás nunca más a tu antigua vida natural.

<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Hong Kong, el 18 de Noviembre de 1941.

## 18

### LA SENTENCIA DE MUERTE (2)

La sentencia de muerte que mencionamos aquí no se refiere a la muerte misma; sino que, más bien, indica la realidad de la obra de la muerte en la vida de una persona. Esta clase de muerte es segura e ineludible. Hace que uno no vuelvas a confiar en sí mismo, sino que, en adelante mires solo a Dios y esperes en él. Ahora, hay dos preguntas: La primera es: ¿Cómo sé que soy una persona iluminada? Y la segunda: ¿Cómo determino que en tal fecha Dios ha hecho esta clase de obra en mí?

Aquí se requiere que sepamos cuál es la diferencia entre lo que es mera enseñanza y lo que es verdadera iluminación. Si algo es enseñado y requiere que trabajes para realizarlo, es una enseñanza. ¿Entonces qué es revelación? ¿Qué es iluminación? Es cuando esa enseñanza viene a ti y funciona inmediatamente en ti. Por ejemplo, tu médico te dice que tienes cierta enfermedad e inmediatamente te lleva a la sala de cirugía para ser operado. La palabra de Dios es poderosa. Dios dijo: «Sea la luz», y fue la luz. ¡Instantáneamente! En contraste, no fue que Dios dijo: Sea la luz, y luego me mandó a buscar luz y a trabajar para obtener luz. ¡No fue así! Lo que caracteriza las cosas espirituales es que Dios lo dice y de inmediato queda hecho. No necesitamos preocuparnos de que Dios lo haga; solamente de estar seguros de que Dios lo dijo. No se trata de que, tras escuchar el oído, la mano se pondrá a trabajar. Después que Pablo cayó al suelo, cegado por la gran

luz de Dios, pudo preguntar: «*Señor, ¿qué que yo haga?*». No había escuchado ningún sermón de parte de Dios y, no obstante, pudo hacerle esta pregunta. Muchos de nuestros problemas yacen en lo que nosotros debemos hacer. No logramos encontrar ningún atajo. Las enseñanzas no son sustituto de la iluminación.

## Lo que Caracteriza el Ser Iluminado

Un hermano vino de Mongolia y permaneció en Shanghai ocho meses. Me pidió que pusiera mis manos sobre él y lo enviase a la obra de Dios. Rehusé hacerlo. Más tarde, fue a Tianjin y escribió una carta describiendo lo que vio y oyó en Shanghai. Me enojé bastante y destruí su carta. Pensé en mi corazón: «¡Este no sabe nada!». Era como si una persona que cayó de un séptimo piso pudiera describir cada segundo de su caída. Te das cuenta inmediatamente de que está mintiendo. La señal de que alguien es muy deficiente en el arte de mentir es que dice exactamente las mismas palabras cada vez que miente. Pablo mencionó tres veces su testimonio, pero, cada vez que lo hizo, su descripción varió, pues quedó confundido por la gran luz. Primero galopaba a caballo; después, tuvo que ser guiado por otros, porque había perdido su sentido de orientación. La característica distintiva de ser iluminado es quedar perplejo y asombrado. La grandeza de Abraham estaba cimentada en el hecho de que no sabía. Esto le obligaba a confiar en Dios. Tenía que esperar la guía de Dios. La primera cosa que acontece después de ser iluminado espiritualmente, es que uno queda preguntándose qué es lo que ha de hacer ahora. Esto es lo opuesto al árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el conocimiento te da confianza en ti mismo. Sin embargo, la perplejidad nos lleva a confiar en Dios.

## Realidad Espiritual

La espiritualidad se apoya en la realidad, no en la enseñanza *per se*. Las cosas espirituales no requieren entendimiento mental,

ni preocupación, porque se apoyan en hechos. La totalidad de nuestro problema gira en torno a la falta de realidad. Una persona que tiene muchas preguntas demuestra que está en la oscuridad. Mas, puede llegar a ver gracias a la luz. Después de que ve, ya no tiene más preguntas. Sin luz, habrá muchas preguntas. Preguntará qué color o forma tiene tal o cual cosa. Pero, para la persona que ha visto el asunto, ya no queda ninguna pregunta. La perplejidad espiritual no conlleva duda alguna. Solamente las enseñanzas crean más preguntas. Lo que necesitamos es un trato drástico, una única y definitiva experiencia de iluminación, y una severa disciplina de la cruz. Sólo el experimentar tal sentencia de muerte nos capacitara de veras para abandonarnos a nosotros mismos y depender de Dios, en vez de depender de nosotros mismos.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Hong Kong, el 20 de Noviembre de 1941.





## 19

### CONOCIENDO A CRISTO Y EL PODER DE SU RESURRECCIÓN

*«Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hech. 1:8).*

*«A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte» (Flp. 3:10).*

La efectividad de nuestro testificar de Cristo se mide por cuánto le conocemos. Es absolutamente imposible que testifiquemos al prójimo acerca de Cristo si nosotros mismos no le conocemos bien. La medida en que conozcamos a Cristo, será también la medida de efectividad de nuestro testimonio a otros acerca de él. El conocer bien a Cristo nos capacita para conocer el poder de su resurrección. Porque, en este asunto de conocer bien a Cristo, conocer el poder de su resurrección juega un rol principal. El poder del Espíritu Santo está basado en la resurrección del Señor Jesucristo. Sin la resurrección, no puede haber poder del Espíritu Santo. Pero, con el poder del Espíritu Santo y el poder de la resurrección, somos capacitados para testificar acerca de Cristo.

Aquí quiero hacer una pregunta fundamental: ¿Quién de nosotros está capacitado para ser un obrero de Cristo? ¿Quién es digno de testificar al prójimo acerca de Jesús? Hoy en día, el asunto yace en si uno conoce a Cristo y también en si uno cono-

ce el poder de su resurrección. El poder del Espíritu Santo puede hallar solución fácilmente, porque no es el objetivo principal. Mientras conozcamos y experimentemos vivamente el poder de la resurrección de Cristo, lo que sigue espontáneamente es la llenura a rebosar del Espíritu Santo. Porque el ser totalmente llenos del Espíritu Santo es el resultado de conocer y experimentar vivamente dentro de nosotros el poder de la resurrección de Cristo. De modo que no procuremos la llenura con el poder del Espíritu Santo, como si ese fuese nuestro objetivo principal. Aunque es bueno ser llenos del poder del Espíritu Santo, no deberíamos procurar que ese sea nuestro objetivo principal. Mientras conozcamos bien a Cristo y el poder de su resurrección, tendremos naturalmente un vivo testimonio para anunciar a los demás, y asimismo recibiremos el poder de testificarlo vivamente.

### **Tener el Poder del Espíritu Santo Depende de Conocer el Poder de la Resurrección de Cristo**

El testimonio no es una doctrina o el producto de un pensamiento arduo. El testimonio no es un asunto de teología, ni tampoco una mera interpretación del evangelio de acuerdo a las Sagradas Escrituras. El testificar acerca de Cristo se basa en nuestro conocimiento personal de Cristo. Nuestro testificar acerca de Cristo no puede exceder jamás nuestro conocimiento de Cristo. La medida en que uno conoce a Cristo íntimamente, es la medida en la cual uno está capacitado para proclamar a Cristo ante Dios y los hombres. Aquel que no conoce la realidad de Filipenses 3:10, no poseerá el poder de testificar que se describe en Hechos 1:8. Este es un principio inalterable. Si experimentas vivamente Filipenses 3:10, tendrás espontáneamente el poder de Hechos 1:8. ¿Conoces lo que es el poder de la resurrección? Si conoces íntimamente a Cristo, estás capacitado naturalmente para testificar de Cristo, y recibes simultáneamente el poder del Espíritu Santo.

## El Llegar a Ser Siervo de Dios Depende de Conocer a Cristo

Al sur de Fukien, unos pocos jóvenes deseaban salir y servir a Dios. Les pregunté qué es lo que deseaban decir a la gente; qué es lo que predicarían acerca de Cristo; cuánto había hecho él por ellos; cuántas veces había él obrado en ellos; y cuánto sabían acerca de él. ¿Conocían a Cristo sólo como Salvador y nada más? Si así fuera, entonces estaban descalificados y no podían servir al Señor. ¿Pensaban que tal vez podían guiar a la gente porque tenían una mente perspicaz? Lo que la gente necesita es vida, no conocimientos. Lo que le falta a la gente es el Espíritu Santo, no palabras persuasivas de humana sabiduría. Ya que la necesidad de la gente es la vida y el Espíritu Santo, sólo aquellos que realmente conocen a Cristo de manera íntima están capacitados para hacer que la gente viva, haciendo posible que reciban la vida y el Espíritu Santo,

Preguntemonos hoy: ¿Quién está capacitado para ser un obrero del Señor? ¿Cuáles son las condiciones necesarias para ser un siervo de Dios? Con frecuencia, se considera que la elocuencia, una mente clara y una buena exposición de las Sagradas Escrituras son calificaciones suficientes para ser un obrero del Señor. Pensamos que una persona de ese calibre puede servir al prójimo, y por lo tanto es una persona capacitada. Sin embargo, para que llegues a ser un verdadero obrero de Cristo, tu calificación no depende de tu elocuencia, conocimientos y exposición, sino que depende de tu historia con Cristo y de tu experiencia con él. Nunca deberíamos pensar que la habilidad de predicar y lograr que la gente se arrepienta es suficiente para ser un obrero del Señor. De modo que la cuestión primaria es: ¿Cuánto conoce uno al Señor? Después de que predicas un mensaje, ¿cuántos mensajes más hay aún dentro tuyo? Me dices que conoces a Cristo y que lo has proclamado; sin embargo, ¿cuánto más de Cristo queda aún en ti? Parece ser una experiencia común el que después de haber expresado al Cristo que uno conoce, nada queda dentro de nosotros. Después de haber predicado desde el púlpito, nada de Cristo queda en ti. Esta es una vida espiritual demasiado su-

perfidial; este no es el testimonio de conocer a Cristo de una manera viva. Ciertamente tú conoces a Cristo como tu Salvador, pero aparte de eso, ¿conoces algo más de él? Si alguno ha estado en la obra del Señor durante un tiempo y, sin embargo, tiene muy poco que compartir acerca de Cristo, entonces tal persona no es de mucha utilidad para Dios. Porque conocer a Cristo como Salvador es el conocimiento básico de todo cristiano; no es ninguna experiencia especial. Necesitamos seguir adelante. Debemos experimentar lo que a otros les falta. Sólo así podremos guiarles. ¿Qué valor tiene si solamente sabemos cómo predicar la Biblia y, sin embargo, nos falta un conocer a Cristo más profundo?

Cierta vez vino un hermano a Shanghai. Tenía la intención de servir al Señor, pero le dije que volviera a su ciudad. Me dijo: «Usted le dio la oportunidad de predicar a otros tres hermanos. Por favor, deme también a mí la oportunidad de predicar. ¿Por qué permitió predicar a los otros tres y a mí no? Óigame, yo puedo predicar tan bien como esos tres». Le respondí: «Es cierto, usted es más hábil que ellos, usted puede hablar mejor y ya está familiarizado con la palabra de Dios. A la gente le gusta oírle. Pero comparado con los otros tres, a usted le falta una cosa. Esos tres hombres conocen a Cristo más que usted. Esos tres tienen muchas experiencias con Cristo, pero usted sólo tiene una: la experiencia de su salvación. Por favor, recuerde que el asunto no estriba en su elocuencia, ni en su habilidad de predicar, ni en su familiaridad con la Biblia, ni en su capacidad de enseñar. No es eso lo que hace a uno ser obrero de Dios. Ser un obrero del Señor es algo basado en conocer íntimamente a Cristo. Usted es capaz de decir muchas cosas, pero esas cosas no dan testimonio de Cristo. Ser un testigo de Cristo es compartir con otros su conocimiento experiencial de Cristo».

He aquí un pastor que está predicando. No ha nacido de nuevo, sin embargo le habla a la gente de la doctrina de la regeneración. Ha ido al seminario y allí fue educado con muchas doctrinas bíblicas. De modo que se cree capacitado para predicar la doctrina de la salvación de los pecadores. Lo que él tiene es teología, pero no es Cristo. Cuando le piden que predique, puede predicar muchas doctrinas. Pero permíteme preguntarte, ¿qué

pasa dentro de ti cuando le oyes exponer? Tal vez estés pensando en qué bueno sería si ese hombre se salvase. El mensaje que da no es erróneo, pero no le es posible testificar que Cristo es su salvador. Tal persona es totalmente inútil para Dios.

No podemos decir que no existe este peligro entre nosotros. Predicar la cruz es apenas el comienzo. Necesitamos comprender que, para conocer bien el significado de la cruz de Cristo, es esencial que conozcamos a Cristo mismo experimentalmente en nuestro ser íntimo. Porque lo que la gente necesita no es la doctrina de la salvación, sino ser salva. No necesitan la enseñanza de lo que es la victoria espiritual, sino la vida victoriosa de Cristo expresándose a través de ellos. No necesitan ser instruidos en lo que es la humildad, sino la realidad de Cristo manifestándose como humildad en ellos. No necesitan información de la resurrección y ascensión de Cristo, sino al poder de su resurrección y ascensión obrando vivamente en ellos. Uno puede hablar de ser lleno del Espíritu Santo, de negarse a sí mismo, de controlarse a sí mismo, etc.; pero, ¿dónde está la realidad de tales cosas? Algunos sólo pueden predicar, pero hay otros que tienen además el vivir experimental de lo que predicán. Él uno es un mero teólogo, mientras que el otro es un testigo del Cristo viviente que mora en él. Si todo lo que alguno puede hacer es predicar varias doctrinas sin ser un testigo del Cristo vivo que se expresa libremente en él, poca ha de ser su utilidad espiritual.

Supongamos que un hermano viene a ti del campo. No tiene muchos conocimientos, su manera de pensar no es muy lógica, pero sabe cómo confiar en el Señor, y el Señor mismo es su vivir victorioso. Cuando conversas con este rústico hermano, tal vez le expliques el contexto del versículo que te cita, le interpretes el significado, incluso le instruyas en la verdad presente, le ilustres significado en el hebreo o griego original, y aun la diferencia entre la ley, la gracia y el reino de Dios. Pero, permíteme preguntarte si además de todas las palabras que le has dicho, ¿qué verdadera experiencia con Cristo puedes compartir con ese rústico hermano; qué guía adicional puedes ofrecerle, si él es un mucho mejor hermano que tú? Tal vez hasta le insistas que debe orar en el nombre del Señor, orar con fe y confesarse directamente a Dios.

¡Pero tal vez Dios ya ha estado oyendo las oraciones de tu rústico hermano cinco o diez veces al día! ¡Y eso acontece mientras tú has llegado a estar muy familiarizado con la enseñanza de la oración, y, sin embargo, todas las respuestas de Dios a tus oraciones durante todo un año son inferiores al número de respuestas a las oraciones que Dios concede a ese hermano en un solo día! ¿Pienzas, acaso, que tú eres un obrero de Dios más capacitado que tu rústico hermano del campo? ¡Tú conoces las doctrinas de Cristo, pero tu rústico hermano conoce al Cristo viviente, y tiene un discernimiento espiritual más profundo ante Dios del que tienes tú!

Ser un testigo de Cristo se basa en conocer a Cristo mismo. Sin ese conocimiento, uno no puede ser un testigo de Cristo. Al decir esto, no estoy sugiriendo que los conocimientos bíblicos, nuestros pensamientos y palabras, sean insignificantes. Tienen su utilidad. Pero la única cosa que necesitamos por sobre toda otra cosa es conocer a Cristo mismo como nuestro propósito principal. Si puedes, o no, hablar de la sangre de Cristo es menos importante que si tienes la experiencia de que tu conciencia ha sido lavada por la sangre de Cristo. Si puedes, o no, hablar de la enseñanza de la cruz es algo insignificante comparado con cuánto has experimentado la cruz. Porque nosotros hemos de ser los testigos de Cristo, no predicadores de doctrinas sobre Cristo.

## Teniendo una Historia Viva de Conocer a Cristo

El conocer a Cristo involucra una historia definitiva. Sin esa historia, uno no puede estar seguro de tener ese conocimiento de Cristo. Porque, cuando hablas a la gente de la enseñanza de cargar la cruz, ¿puedes hablarles también de tu propia experiencia de cargar la cruz? Cuando hablas del poder de la resurrección, ¿tienes un testimonio personal para darles acerca del poder de la resurrección? O si estás conversando sobre la humildad, ¿has recibido la humildad que viene del poder de la resurrección, en vez de lo que procede de tu vieja carne? O, al hablar de la paciencia, ¿puedes relatar como antes eras impaciente por naturaleza, pero que el poder de la resurrección te ha cambiado?

Tal vez puedas predicar acerca de las doctrinas de la resurrección y de la ascensión, ¿pero tiene un conocimiento personal de estar muy por encima de todas las cosas terrenas? Si careces de todas estas realidades, no estás capacitado para compartir esas enseñanzas. Porque sin conocer a Cristo, no eres digno de ser un verdadero testigo de Cristo.

Durante mi tiempo en Shanghai, muchos hermanos vinieron de varias ciudades para aprender cómo servir a Dios. Muchos de ellos pensaban que estarían capacitados para predicar después de retornar a sus localidades. Se imaginaban que, habiendo aprendido a organizar reuniones de iglesia, dirigir el partimiento del pan, hacer un bautismo y usar la imposición de las manos, estarían bastante bien equipados. Pensaban que podrían hablar de esos temas después de estudiar un poco la palabra de Dios. Por favor, comprendan que no es así. Porque, incluso si conocieses todas las doctrinas, ¿podrías hablar a la gente de las cosas entre tú y Cristo? ¿Podrías hablar de tus experiencias con Cristo? Debes ver que solamente tus momentos experienciales con Cristo pueden ayudar y suplir la necesidad de la gente.

Trescientos años atrás vivía en Escocia un teólogo muy conocido, cuyo nombre era Juan Alberto Bengel. Tenía pocos alumnos, porque en aquellos días las cosas eran diferentes al tiempo presente. En aquel entonces los teólogos aceptaban sólo a unos cuantos estudiantes. Había uno de ellos que estudiaba con Bengel la epístola de Pablo a los Romanos. Bengel quería que ese estudiante se especializase en Romanos. Un día el estudiante vino a Bengel y le dijo: «He encontrado la doctrina del pecado en la epístola a los Romanos». En ese momento Bengel estaba leyendo un libro. Cuando oyó lo que su estudiante dijo, Bengel súbitamente se levantó y le dijo: «Has encontrado la doctrina del pecado en la epístola a los Romanos, pero, ¿has encontrado en ti mismo –en tu propia vida– el hecho del pecado?». Si no encontramos pecado en nuestras propias vidas, pero sólo encontramos la doctrina del pecado en Romanos, ¿qué efecto producirá cuando le digas a la gente que odie el pecado, que con Cristo ataque sus pecados, y que no confíe en la carne? ¿Cómo podremos libertar a la gente del pecado si nosotros mismos no hemos sido liberados del poder del pecado?

Lo que estamos buscando es la realidad, no la doctrina de las cosas. Permíteme decirte un secreto: Si oyes predicar a un hombre y no hay resultados al terminar su enseñanza, no es necesario que vuelvas a oír otra vez a esa persona. Cada vez que nos levantamos a predicar, tenemos que dar a la gente algo sólido, darles realidad y no mera enseñanza. Solamente lo que está detrás de la enseñanza es útil. La enseñanza por sí sola no es provechosa.

## Vida que Procede de la Muerte

Pablo dijo: «*A fin de conocerle* (conocer a Cristo), *y el poder de su resurrección*» (Filipenses 3:10a). ¿Por qué no dijo Pablo «el poder de la cruz», sino, «*el poder de su resurrección*»? Porque la cruz es la muerte en el sentido negativo. Es algo negativo. Es una finalización, un término. Pero la resurrección es algo positivo. Es vida que sale de la muerte; es comenzar después de concluir; es ganancia después de la pérdida. Lo que sale de la muerte ya no es más la vida natural, sino que es la vida de resurrección. Porque la resurrección es lo que es obtenido a través de la muerte. Dime: ¿Tu elocuencia ha tenido ya la experiencia de la muerte? ¿Ha terminado la muerte con tus pensamientos y los ha luego restaurado Dios en resurrección? ¿Depende tu obra de ti o depende de la resurrección? Tu propia vida es natural, pero la vida de resurrección es obtenida después de la muerte. Tu vida natural te es dada por tu padre y madre, pero la vida de resurrección viene a ti de Dios.

¿Qué es la resurrección? La resurrección es lo que sale de la muerte. La resurrección es alcanzada por medio de la muerte y es recobrada para que podamos disfrutarla. Por ejemplo, tú tienes sabiduría, elocuencia y carisma natural; sin embargo te encuentras orando a Dios: «Oh Señor, no voy a usar mi propia sabiduría, mi elocuencia, ni mi carisma natural. Rehúso usar esos medios para lograr mi propia gloria. Prefiero morir y ser resucitado. Estoy dispuesto a perder todo eso en la muerte, para entonces recobrarlo de las manos del Señor». La experiencia de la



resurrección es tal, que estás dispuesto a permitir que todo lo que posees naturalmente sea concluido por la muerte, para que ya no confiar más en todo lo que eres naturalmente, ni consideres eso como tu gloria. Parece que tú has muerto; tus manos, tu elocuencia y tu carisma, todo eso ha muerto. Se te fue todo lo que antes poseías. ¡Todo! Ya no puedes usar más ninguna de esas cosas, ni vivir más por medio de ellas (ni sabes durante cuánto tiempo has de esperar; tal vez tres días y tres noches, tal vez tres meses o tres años). Ahora Dios ha venido a ti. Tu elocuencia retorna a tu boca. Tu sabiduría vuelve a ti y aún tu carisma te es restaurado. Sin embargo, aunque parece que aparentemente has recobrado tus posesiones pasadas, en realidad estas son ahora totalmente diferentes. Porque toda tu bondad natural, todo lo que naturalmente poseías antes, ya no es tuyo. Ahora hay una cruz que las separa de ti. Ya no te atreves a usarlas, ahora las has puesto en las manos de Dios para que él las use como él disponga. Ya no consideras esas cosas como si te pertenecieran, porque ahora pertenecen al Señor y le pertenecen por completo.

Aquello que había sido perdido en la muerte y luego recobrado es la resurrección. Esto es lo que leemos en Lucas 15:24, donde un padre dice: *«Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse»*. En la resurrección, lo que se había perdido es encontrado. ¿Cuántos de ustedes han estado perdidos? Yo no sé cuántos de ustedes quisieran salir ahora a servir al Señor. Permíteme preguntarte, y te ruego me respondas con toda franqueza: ¿Has estado perdido? ¿Cuánto de lo que consideras que en ti era útil para Dios ahora se ha perdido? Que se anuncie bien claramente que toda bondad natural no puede ser usada en la obra del Señor. Debes perder todo eso en la muerte. Absolutamente todo. Oh, bendita es la pérdida en la muerte, porque sólo entonces comienzas a experimentar la resurrección.

En tu vida diaria, se agrega un poquito más a tu historia personal de resurrección cada vez que vienes a la resurrección a través de la muerte. Esta experiencia de muerte y resurrección es cíclica. Por medio de tal experiencia de muerte y resurrección, todos los que están en Adán, buenos o malos, pasan a través de

la muerte y son luego recobrados en Cristo. De esta manera, eres plantado en el terreno de la resurrección. Esto te califica para que el poder del Espíritu Santo sea liberado en ti. Me deleito en la historia de Matías. Muchos piensan que esa historia sirve sólo para completar el número de los doce apóstoles. Lo opuesto es la realidad. Porque está registrado en el primer capítulo de Hechos que Judas resignó su ministerio de apostolado y se fue su propio lugar. De modo que: *«Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección»* (Hechos 1:21-22). Cronológicamente hablando, esto abarca desde el principio del ministerio del Señor Jesús hasta su muerte y resurrección. De entre aquellos que continuamente habían acompañado al Señor durante ese lapso de tiempo, uno fue elegido para ser un testigo junto con los otros apóstoles. No iban a lanzarse a la obra de inmediato. Iban a esperar juntos en Jerusalén para que pudiesen recibir el poder del Espíritu Santo. Estos apóstoles iban a esperar en Jerusalén porque tenían una historia con Cristo. Tenían el trasfondo necesario. Solamente aquellos que tienen una historia con Cristo y tienen el trasfondo espiritual correcto, pueden recibir el poder del Espíritu Santo y así ser capacitados para ser testigos de la resurrección de Cristo.

Sólo aquellos que conocen a Cristo y el poder de su resurrección pueden ser testigos de Cristo. Todos los que se proponen ser testigos de Cristo deben saber lo que significa perderse en muerte y ser recobrados en resurrección. Necesitamos tener una historia personal con Cristo. Necesitamos pasar a través de muerte y resurrección, para conocer el poder de la resurrección de Cristo. Sólo esto nos califica para ser testigos del Señor. Que él tenga misericordia de nosotros.<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> Nota: Mensaje predicado en Xiamen, el 16 de Octubre de 1936.

## 20

### LA MENTE DE JESUCRISTO (1)

*«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo; haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp. 2:5-11).*

El Señor Jesús es Dios. El existía en forma de Dios. Tenía la posición de Dios y compartía la gloria de Dios. Pero se despojó a sí mismo. No se despojó de la deidad, pero se despojó a sí mismo de su gloria y posición. Su igualdad con Dios no fue algo que procuró apresar, es decir, algo que intentó arrebatar o conseguir a la fuerza. Porque él es eternamente igual a Dios. Sin embargo, él puso voluntariamente a un lado su gloria y posición de Dios. Esto es lo que Pablo quiso decir en cuanto a tener la mente de Cristo. Esa mente, que antes estaba en Cristo, ha de estar ahora en ti y en mí. La mente de Jesucristo consiste en que, siendo él originalmente igual a Dios, renunció voluntariamente a lo que era suyo, se despojó a sí mismo de la gloria y posición de Dios, para colocarse en un nivel más bajo. No se aferró a lo que era originalmente su derecho, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo. Verdaderamente, esta es la mente de Jesucristo.

La vida y el vivir cristianos no están gobernados por lo que se debe o no debe hacer. Si una persona dice que la gente no debiera tratarlo de tal o cual manera, desconoce qué es la mente de Jesucristo. Porque la mente de Jesucristo es que, aunque me traten injustamente, puedo tragarme el maltrato y hasta regocijarme en ser maltratado.

Cristo era originalmente Dios; sin embargo, se despojó de su gloria y de su posición de Dios, que justamente le pertenecían, y se hizo un hombre muy por debajo de su rango, con el fin de ser nuestro salvador. En la Deidad nunca existe tal cosa como el «*aferrarse*».

## Dispuesto a Ser Defraudado

El principio conductor de la vida de los hijos de Dios es la misericordia. Porque lo que Dios desea es que seamos compasivos y no que ofrezcamos sacrificios. «*Misericordia quiero, y no sacrificio*» (Mateo 9:13). Por eso, como cristianos, no deberíamos esperar ser tratados con rectitud, justicia y consideración. Cuando la gente te hace sufrir alguna pérdida, tratándote de manera injusta, ¿te preguntas a ti mismo si puedes reaccionar con sincera sumisión? Cuando la gente te trata con una actitud injusta y ruda, ¿eres capaz de aguantar tal trato y, más aún, regocijarte en ello? Solamente así crecerá tu vida espiritual y comenzarás a vivir experimentalmente lo que significa cargar tu cruz. Frecuentemente, la gente viene a mí diciéndome: «Hermano Nee, tal hermano me hizo mucho mal. ¿Sabía usted eso?». Mi respuesta usual es: «Si, lo sé, lo sé, lo sé muy bien». ¿Qué es lo que yo sabía? Pues sabía que tu amor al prójimo era demasiado corto y que lo poco que había, se murió. Recordemos que «*el amor es sufrido*», pues tener amor es saber soportar. «*El amor todo lo sufre... todo lo soporta*» (1ª Corintios 13:4,7). Tener amor es saber soportar. Tener amor es sufrirlo todo.

Hoy, Dios no te ha levantado para examinar la conducta de tus hermanos. En vez de eso, Dios te ha llamado para que cargues tu cruz. Cada vez que eres incapaz de aguantar el ser trata-

do injustamente y tu corazón rebelde se halla murmurando, pierdes la oportunidad de cargar tu cruz y glorificar a Dios. Muchos cristianos se enojan al ver las faltas del prójimo. La otra persona tiene una mala actitud, pero tú tienes un mal corazón. La otra persona peca primero, pero de inmediato tú también pecas. La otra persona no será aprobada por Dios. Pero tú tampoco lo serás. ¿Qué significa cargar tu cruz? Cuando la primera persona está mal, tú mismo no debes ser afectado por ese mal, sino que debes ser capaz de mantenerte firme en Cristo, y no caer en el pecado de ser la segunda persona que está mal. Esto es lo que significa que cargues tu cruz.

### Se Humilló a Sí Mismo

*«El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* (Filipenses 2:6-8).

Los hijos de Dios debieran tener la mente de Cristo. Aun cuando en la Deidad no hay distinción de grande o pequeño, el Señor Jesucristo dijo: *«El Padre mayor es que yo»* (Juan 14:28b). Jesucristo se pone a sí mismo en una posición más humilde y más baja. Por eso, deberíamos aprender cómo permitir que nuestros hermanos sean exaltados, honrados y respetados, mientras que nosotros mismos somos despreciados y olvidados. ¿Cuál es la mente de Jesucristo? Es estar dispuesto a perder nuestra posición y gloria, tal como el salmista David dijo a Dios: *«Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza»* (Salmo 66:12a). Dios deja que cualquiera nos pisotee. Pero, si somos pisoteados, no tengamos celos, no nos preocupemos, ni siquiera nos irriteemos. Si tú puedes regocijarte cuando el otro es glorificado, esto verifica que tú no tienes un corazón celoso. Si tú te sientes infeliz en tales circunstancias, es cosa segura que estás pensando en ti mismo. El problema está en si soy capaz de permitir que la gente estime a mi hermano más que a mí, y en que me atreva a ser considerado

como inferior a mi hermano. Porque una persona como esa conoce bien su cruz y Dios pronto la va a exaltar: «*El que se humilla será enaltecido*» (Lucas 18:14b).

«*En cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros*» (Romanos 12:10b). Aquel que siempre piensa en pisotear al prójimo, no conoce la cruz, ni tiene la mente de Jesucristo. Tenemos que aprender ante Dios a permitir que otros sean honrados y glorificados, mientras que nosotros quizá seamos despreciados y olvidados. Lo que más nos hace falta es tener la mente de Jesucristo ¡Cuántos de nosotros nos creemos cristianos aceptablemente correctos en este mundo! Indudablemente, los tales no conocen la cruz, ni tienen la mente de Cristo. Que Dios tenga misericordia de nosotros, enseñándonos a tomar nuestro sitio en un plano inferior y permitir que otros sean enaltecidos, amados y exaltados más que nosotros.

## Cargar la Cruz

Otra cosa que hemos de considerar es si estamos contentos con ser rectos y justos sin que otros lo reconozcan y nos aprueben. Todo aquel que procura siempre explicarse y defenderse a sí mismo, no conoce la cruz, Es suficiente que tú seas recto y justo sin que los otros te digan que *eres* recto y justo. Siempre que tu propia actitud es correcta, la aprobación o desaprobación de los otros no es necesaria. Porque la norma y guía del vivir cristiano no es asunto de lo correcto y lo incorrecto; sino más bien, un asunto de cargar tu cruz. Este cargar nuestra cruz es la única norma que hemos de practicar en nuestra vida diaria. De modo que lo único que necesito es preguntarme a mí mismo: ¿Es mi conducta presente ejemplo de que cargo mi cruz? ¿Estoy dispuesto a ser una persona humilde ante Dios y vivir así?

El principio básico en cuanto al gobierno de la iglesia no estriba en juzgar entre lo correcto e incorrecto. En vez de eso, nuestra regla descansa en lo siguiente: Que cualquiera que carga su cruz está correcto, y cualquiera que rechaza la cruz está equivocado. No enfatices lo correcto y lo incorrecto; más bien,

procura cargar tu cruz. Indudablemente, la cruz de Jesucristo es la mayor injusticia perpetrada en toda la historia de este mundo. No hay nada más injusto que la crucifixión de Jesucristo. El Hijo de Dios no tenía pecado; sin embargo fue crucificado en el Calvario. Tú y yo éramos los primeros de los pecadores, y sin embargo, debido a Jesucristo, no tuvimos que morir, ni verter nuestra sangre, ni ser ejecutados con la pena capital. Hemos recibido el perdón gratuito y fuimos salvos ¿Podemos ver ahora que lo que Jesucristo sufrió fue la más grande injusticia? Si hablamos de lo bueno y lo malo, entonces nosotros necesitamos ser crucificados. Nada puede ser más justo que esto, porque hemos pecado y merecemos la muerte. Por esa razón, cargar nuestra cruz es aceptar todas las injusticias que sufrimos sin quejarnos, y aceptarlas con un corazón gozoso. La gente del mundo tal vez pueda aguantar, pero no puede regocijarse. Sin embargo, nosotros podemos aceptar gozosamente todo tratamiento injusto.

## Dejarlo Todo

Aquí nos es necesario mencionar otro punto: Tener la mente de Jesucristo es abandonar todo. Quiera Dios darnos gracia para que estemos dispuestos a perderlo todo. Los cristianos debieran dar lugar que a otros se les adelanten. Esto puede parecerse a la ofrenda de expiación por robo o hurto mencionada en Levítico: *«Lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte»* (Levítico 6:5b). Necesitamos aprender a ser defraudados y pisoteados. Jesucristo no tenía necesidad de ser un esclavo; sin embargo, se despojo a sí mismo y tomó la forma de un esclavo, abandonando todo lo que legítimamente le pertenecía, y aceptando todas nuestras culpas, aunque no era culpable de ningún pecado. Nos alienta la esperanza de aprender (y practicar experimentalmente) a estar gozosos bajo circunstancias adversas e injustas de aquí en adelante. Si a Dios le place ponerme en tal situación, la recibiré gozoso, porque cargar la cruz es algo más allá de toda otra gloria y posición ¿Qué es, pues, cargar la

cruz? «*A sí mismo no se puede salvar*» (Mateo 27:42b). Todo aquel que rehúse salvarse a sí mismo –y su gloria, rehusando en especial salvar sus propios sentimientos– es uno que verdaderamente carga la cruz. Dios ciertamente bendecirá a tales personas.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Penang, el 3 de Abril de 1938.



## 21

### LA MENTE DE JESUCRISTO (2)

*«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Flp. 2:5-7).*

Continuaremos meditando en la mente de Cristo. Ante todo, veremos cómo Cristo tomó para sí la forma de un sirviente o esclavo; y luego, veremos como él fue hecho semejante a los hombres.

En sus dos pasos de despojamiento, el Señor Jesucristo se despojó primeramente de su posición divina tomando forma de siervo. Haciéndose esclavo, se puso en un nivel mucho más bajo que su rango original, y aceptó toda clase de maltratos que realmente no merecía.

#### Aceptar Restricciones y Abandonar la Libertad

¿Qué es lo que significa el hecho de que el Señor fue *«hecho semejante a los hombres»*? Para poder ser hecho hombre, él fue vestido con la carne y la sangre del hombre. Exteriormente, fue hombre, pero interiormente era Dios. Originalmente era Dios omnisciente, omnipotente y omnipresente. Era el Espíritu que llena el

universo entero. Pero, cuando llegó a ser hombre, su espíritu quedó restringido por un cuerpo humano. El Dios omnipresente fue confinado dentro de un cuerpo. Donde estaba su carne, allí estaba la Deidad dentro de él. Al ser hecho semejante a los hombres, sufrió la más grande restricción. Era omnipotente, su poder era ilimitadamente grande; sin embargo, sufrió gran limitación durante sus días como hombre sobre la tierra. Aunque hizo muchos milagros en aquellos días, esos milagros estaban limitados por lo que su carne humana permitía. Él podría haber hecho muchos milagros más, pero estaba restringido por su cuerpo de carne. Estaba circunscrito por la debilidad de la carne. Se cansaba, tenía hambre, tenía sed, tenía que dormir y podía sufrir. No tenía la libertad de Dios. Mientras vivía en la carne, tenía que obedecer las leyes de la carne. Nosotros los seres humanos disfrutamos de poder dormir, pero él, como el Dios que nunca duerme, ni siquiera dormita, estaba ahora obligado a dormir como tú y yo. Su sueño era una restricción. No sólo eso, pues desde su niñez hasta su edad adulta, él creció como crece todo hombre ordinario. ¡El omnisciente Dios también podía crecer! Como esclavo, nuestro Señor abandonó su gloria, y como hombre, abandonó su libertad.

Todos anhelamos ser como el Señor; hondamente deseamos tener la mente de Jesucristo. ¿Pero estamos dispuestos a deponer nuestra gloria y libertad? Todas las restricciones son espiritualmente provechosas, así como también el ser privado de todo. Dios pone sobre ti una mano restrictiva, de modo que, en vez de resistir, aceptas gustosamente sus restricciones. ¡Oh, cuánto anhelan los seres humanos la libertad! Sin embargo, es sumamente importante que nos sometamos a las restricciones que Dios nos impone; y aun más, ¡que las recibamos con verdadero gozo! Cuando Dios pone sobre ti su mano restrictiva y te quita tu libertad, él no se detiene, a menos que aprendas la lección. Pero, tan pronto como la aprendes, él te pone en libertad. Cuando te llega la cruz, estarás alejándote de Dios si procuras escaparte o rechazarla.

Hoy los cristianos luchan normalmente contra sus circunstancias adversas, su medio ambiente, tratando de sacudirse las restricciones de Dios y recobrar su libertad. Sin embargo, la vida

de Cristo es manifestada en esas circunstancias adversas. Cuando las circunstancias son apacibles, la vida de Cristo dentro de nosotros se encuentra restringida y no revela su poder. Porque sólo tenemos la tendencia natural a rebelarnos bajo circunstancias adversas. Sin embargo, como Jesucristo ahora está dentro de nosotros, estamos dispuestos a abandonar nuestra libertad y aceptar las restricciones. Mala cosa es para un cristiano no someterse a las circunstancias providenciales que Dios prepara para nosotros. No deberíamos resistir la divina y soberana disposición de nuestras circunstancias. Tal como Jesucristo aceptó gozosamente las restricciones, deberíamos también hacer nosotros. Nuestro medio ambiente restringido, y el cómo reaccionamos hacia él, verifica si realmente estamos creciendo espiritualmente, o si hemos fracasado ¡Bendito es todo aquel que, cuando sufre restricciones, puede aún alabar a Dios sin murmurar ni quejarse! Porque su corazón está en armonía con Dios.

Cuando viene la cruz, no sólo te quita tu gloria, sino también tu libertad. Hoy, la mayoría de los cristianos tratan de evitar un encuentro con la cruz y toma un desvío, un escape, para aminorar su dolor. Por esta razón, les falta la marca de la cruz en sus vidas. Crecen altos y gordos. Es cierto que tienen menos dolores, pero también tienen menos marcas de la cruz. Todo depende de si estás dispuesto; de si decides aceptar el dolor para hacer la voluntad de Dios. Nuestra vida natural necesita ser herida para que podamos crecer espiritualmente. En el hogar, en el trabajo o en la iglesia, Dios nos da restricciones que nos proveen de oportunidades para limar las aristas ásperas de nuestro ser. A veces, Dios pone en la iglesia ciertos hermanos y hermanas que solamente nos causan dificultades en lugar de ayudarnos. Nos preguntamos por qué Dios pone tales personas en la iglesia. El propósito divino es usarlas para que sean nuestras restricciones. Por esa razón, no deberíamos tratar de librarnos, porque ese tipo de libertad no nos edificará. Toda edificación espiritual viene a nosotros por medio de las restricciones en nuestro medio ambiente.

David eligió para sí cuatro piedras pulidas del arroyo (ver 1 Samuel 17:40a), porque la fuerza de esas piedras pulidas estaba

bien equilibrada. El poder estaba en la mano de David, pero solamente esas piedras pulidas podían ser usadas para proyectar el poder de David. Del mismo modo, también Dios usa piedras pulidas. Hablando naturalmente, tú y yo somos incisivos y cortantes. No obstante, Dios te pone en la iglesia. Luego viene la tormenta. Porque entre los hermanos y hermanas todos estamos en contacto con otros y nos pulimos unos a otros. Después de tres a cinco años, estás tan pulido que ya tienes una superficie suave. Durante los años de pulimiento, ¡qué doloroso es! Pero sin ese pulir, ¿cómo pueden ellos y tú quedar tan suaves? A menudo sientes cuán bueno sería si esa persona no estuviese en la iglesia ¿Sin embargo, sin el pulir de esa clase de personas como llegarías a ser algo suave? ¡Ah, muchos prefieren hacer un rodeo! Luchan para liberarse cuando viene la cruz. El dolor disminuye, pero la lección divina nunca se aprende. Siempre que Dios te da la cruz, quiere que te sometas a su gobierno soberano y seas una persona obediente que ya no resiste a Dios, con el objetivo de que seas alguien bajo restricción.

## Los Restringidos de Dios

Madame Guyon vino de una familia de nobles franceses. Era una mujer hermosa y de noble alcurnia. Muchos la adoraban. Sin embargo, Dios puso su mano sobre ella. Dentro de dos años, ella ya había aprendido las lecciones que Dios le dio. No mucho tiempo después, fue atacada por la viruela. Le enviaron pomadas para restaurar los estragos que la viruela hizo en su rostro y tapar las perforaciones que desfiguraban su cara. Su primer impulso fue probar los méritos de los remedios que le enviaron. Pero había algo en su corazón que le decía: «Si yo hubiese querido que fueras hermosa, te hubiera dejado ser como eras antes». Escuche lo que ella respondió: «Con temor de ofender a Dios poniéndome en contra del propósito de su providencia, arrojé fuera los remedios que la gente me había traído. Tuve necesidad de salir al aire libre, lo que empeoró las marcas de la viruela en mi rostro. Tan pronto como me fue posible, no vacilé en ir a la calle y a los luga-

res adonde iba antes, para que mi humillación pudiese triunfar en el mismo sitio donde mi orgullo impuro había sido antes exaltado». <sup>22</sup>

Es como si ella hubiese orado así: «Oh Señor, si te place que ahora yo tenga una cara tan desfigurada por la viruela, ¿para qué quiero tener un rostro terso? Si tú quieres que yo tenga mi rostro desfigurado, entonces, hasta quisiera tener mi rostro incluso más desfigurado».

Veán ustedes como la belleza más adorada de todo París estaba dispuesta a abandonar su belleza y quedar desfigurada por el resto de su vida, a fin de obedecer a Dios. Esto es conocer a Dios. Esto es conocer la cruz. Fue Madame Guyon quien dijo: «Si Dios me castigase con latigazos o con palos, yo besaría la mano divina que me hiera». Ciertamente, ella era una persona que conocía la cruz y se sometía totalmente bajo la poderosa mano de Dios. Muchos de los que están lisiados no pueden obedecer a Dios, y están, más bien, llenos de murmuraciones y quejas contra Dios ¡Qué pena! ¡Cuán lamentable! Pero hay otros lisiados que se rinden a la soberana autoridad de Dios y aceptan gozosamente su voluntad. Estos son los que conocen a Dios y conocen la cruz.

Me deleito en Job, quien dijo: «*Aunque él me matare, en él confiaré*» (Job 13:15a Darby). Él también dijo lo siguiente: «*Cercó de vallado mi camino, y no pasaré*» (Job 19:8a). Gracias a Dios, hay un cerco. Aunque hay una valla, un muro que nos impide el paso y limita nuestra libertad, ese muro evita también que Satanás cruce la restricción que Dios le ha puesto y nos ataque. Por lo tanto, necesitamos estar dentro del redil de Dios, aprendiendo a aceptar las restricciones y la lección de la cruz. <sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Cita de T.C.Upham, «*La Vida de Madame Guyon*» (Londres: Allenson & Co., 1961 reimpresso), p.80.

<sup>23</sup> Nota: Este mensaje fue predicado en Penang, el 4 de Abril de 1938.

OTRAS PUBLICACIONES  
DE EDICIONES «AGUAS VIVAS»

*Stephen Kaung*

Discipulados a Cristo

*Christian Chen*

El Misterio de Su Voluntad  
El Eterno Consejo de Dios  
Entrando en las Riquezas de la Palabra  
En Busca de la Excelencia Espiritual  
La Sabiduría Edifica Su Casa  
El Dedo de Dios  
Qué es el Hombre

*Eliseo Apablaza*

Conforme al Modelo  
Consagración y Servicio  
Las Riquezas de Su Gracia  
Los Amigos También Tienen que Morir  
La Buena Tierra

*Rodrigo Abarca*

Regresando a la Iglesia

*Rubén Chacón*

El Poder de la Gracia  
El Discipulado de Jesús

*Claudio Ramírez*

Del Cielo hasta la Tierra (poemas)  
Como el Rocío de Hermón (poemas)  
Bajo la Sombra del Deseado (poemas)

*Varios autores*

La Visión Celestial  
Mensajes a la Iglesia